

se



**Leslie Charteris**

**La intrusión  
del "SAN..."**

Lectulandia

Una aventura inconcebible de «El Santo», tensa y brutal, desarrollada en el marco cosmopolita de Washington, en momentos críticos.

Simón Templar nuevo, audaz y suicida, hace rodar por tierra los manejos soterrados de toda una bien constituida red de espionaje.

**Lectulandia**

Leslie Charteris

# **La intromisión del Santo**

**El Santo - 24**

ePub r1.0

Titivillus 25.05.2019

Título original: *The Saint Steps In*  
Leslie Charteris, 1942  
Traducción: José María Cañas  
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Capítulo I

# DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR CENÓ EN WASHINGTON Y SILVESTER ANGERT HABLÓ DE SU NERVIOSIDAD

### I

**E**lla era joven y delgada; tenía ojos pardos y sonrientes, y el cabello del color de la vieja caoba. Con gracia suma se movió al lado de Simón Templar en la pequeña mesa del salón «Cocktail» de Shoreham, y le dijo:

—Usted es el Santo.

Simón sonrió, porque era fácil sonreír a una mujer así; pero no toda la sonrisa se reflejó en sus claros ojos azules, que siempre tenían un ligero brillo de mofa detrás de ellos, como un divertido espectador sentado un tanto alejado de un público respetable.

—¿Lo soy? —preguntó.

—Le he reconocido —dijo ella.

Él dejó escapar un suspiro. Los días de feliz anonimato que en algún tiempo hicieron que su carrera ilegal fuera relativamente simple, parecían haberse ido para siempre. Desde luego, no era tan funestamente reconocible como Clark Gable: todavía existían varios millones de personas para quienes su cara, sino su nombre, no significaba nada en absoluto; pero aun así, era reconocido lo bastante a menudo como para no sentir ningún placer en ello.

—Temo que no reciba ningún premio por ello —dijo—. Que yo sepa, ni siquiera hay recompensa alguna.

No siempre fue así. Hubo un tiempo en que la mitad de los departamentos policiales del mundo tenían en sus archivos activos un *dossier* relacionado con el Santo, cuando apenas pasaba un mes sin que algún titular de periódico encabezara una nueva historia sobre el famoso bandido, al que bautizaron el

Robin Hood del crimen, y cuando sus compañeros veían que su cara delgada y tostada se contraía en nuevas líneas de desfachatez pirata, y su larga y nervuda armazón se volvía perezosa y flexible como el agazapamiento de un animal de la jungla. Esos días podían volver en algún momento, y probablemente volverían; pero justamente ahora era casi temiblemente respetable. Eran muchas las cosas que había cambiado la guerra.

—Quería hablarle —dijo la joven.

—Me parece que ya lo está haciendo —repuso él, mirando hacia su vaso vacío—. ¿Quiere tomar algo?

—Bueno, un «Sack» seco.

Consiguió llamar la atención de uno de los atareados mozos que se veían en el atestado local, y lo logró con una facilidad que pareció ridículamente simple. El mozo no hizo caso de las miradas de varios congresistas que le llamaban haciendo sonar sus dedos, ni de las negras miradas de algunos jóvenes tenientes y militares con insignias que, debido a que pelearon sin pestañear en la «batalla del Avenida Constitución», creían merecer una prioridad en el servicio, la cosa más escasa de Washington. Simón le pidió un «Sack» seco y para él otro *whisky* «Peter Dawson».

—¿Acerca de qué vamos a hablar? —preguntó—. No puedo relatarle la historia de mi vida, porque una tercera parte de ella es imposible de referir, otra tercera es demasiado acusadora y el resto de ella no llegaría a creerla.

Los ojos de la joven miraron en torno al local, bullicioso y lleno de humo, y Simón sintió que en su interior algo se agitaba; algo que instintivamente entraba en acción cuando él tenía la sensación de una posibilidad de excitación. Y la conducta de la joven parecía como el comienzo de cualquier aventura.

—He venido a pedirle que me ayude —dijo con una voz tan baja que apenas se oyó.

—¿De verdad? —repuso él, y vio cómo sus ojos se volvían nuevamente hacia el mostrador del bar como si estuviera esperando ver a alguien cuya aparición sería decididamente poco grata.

La muchacha sintió su mirada e hizo un esfuerzo para suavizar la dureza de su expresión. Su voz fue casi normal al volver a hablar.

—No sé por qué —dijo—, pero me había imaginado que vestiría usted uniforme.

Simón no pareció fastidiado, porque eso mismo lo había oído otras veces. Tenía varias respuestas para ello, todas ellas inciertas. La pura verdad era que la mayoría de las cosas que hacía mejor no las hacía con uniforme... tal como

el interesante episodio que había llegado a un final satisfactorio apenas doce horas atrás, y que era la razón por la que todavía se encontraba en Washington, saboreando una bebida por vez primera en siete días afanosos. Pero cosas como ésa no podían ser mencionadas aún.

—Fui despedido, y mi uniforme resultó quedar muy bien al nuevo portero —dijo. Aguardó a que el mozo hubiera dejado los vasos sobre la mesa—. ¿Por qué ha pensado usted que yo podría ayudarla?

—Tal vez me crea usted estúpida —contestó ella—, pero lo cierto es que me hallo algo asustada.

El ligero arco de las cejas de Simón Templar no fue muy visible.

—A veces es estúpido no asustarse —dijo—. Todo depende. Excuse mi simpleza, pero me gustaría saber qué es lo que desea.

—¿Cree usted que en Washington le puede suceder algo a cualquier persona?

—Todo le puede suceder a cualquiera en Washington —respondió el Santo con convicción—. Y la mayor parte de las veces es así. Por eso es que aquí hay tantas personas que tienen úlceras.

—¿Podría ser asesinada alguna persona aquí?

Él se encogió de hombros.

—No hace mucho murió un hombre llamado Stavisky —explicó—, pero desde luego eso fue calificado oficialmente como suicidio. Naturalmente no parece difícil que alguien sea asesinado aquí. Si es ésa la proposición, ¿a quién quiere usted que mate yo?

La muchacha hizo girar el pie de su vaso en los dedos, inclinó la cabeza y apartó los ojos.

—Lo siento —dijo—. No creí que fuera usted así.

—También lo siento yo —replicó él con frialdad—. Pero, después de todo, se ha iniciado usted en forma muy singular. Sólo había leído de estas cosas en los magazines. Parece como si conociera algo acerca de mí. Yo nada sé de usted, excepto que prefiero estar mirándola en vez de contemplar a un obeso senador. Comencemos por el principio. Ni siquiera sé cómo se llama usted.

—Madeline Gray.

—Un bonito nombre. ¿Hay que hacer sonar campanillas?

—No.

—¿Trabaja usted para algún periódico?

—No.

—¿No será acaso una Mata Hari singular?



—Yo... es claro que no.

—Entonces, sin duda tiene usted un interés académico en sacar de en medio a alguien en esta localidad.

—No es exactamente académico —contestó ella.

El Santo sacó un cigarrillo del paquete que tenía ante sí sobre la mesa.

—Lo siento también —dijo—. Pero usted parecía muy animada y conversadora acerca de...

—Animada y conversadora —le interrumpió ella, volviendo a poner cara seria—, porque no quiero que quien me observe pueda saber de qué le estoy hablando. He creído que sería lo bastante listo para comprenderlo. Pero no he pensado en quitar a nadie de en medio, como usted ha dicho.

El Santo acercó un fósforo a su cigarrillo. Algo en su interior se hizo de pronto quieto y sereno, como esa tranquilidad que se produce después de parar un reloj y que no se nota hasta haber estallado un silencio repentino.

—¿Se refiere a usted misma? —preguntó con soltura.

Ella estaba removiendo su bolso en busca de un lápiz *rouge*. Lo halló. El mismo movimiento de su mano extrajo un trozo de papel de entre sus cosas y lo empujó en dirección a él. El papel quedó debajo de sus ojos.

En toscas mayúsculas decía así:

“ NO INTENTE VER A IMBERLINE

—Nunca he querido verlo —dijo el Santo.

—No necesita hacerlo. Pero yo tengo una cita con él a las ocho.

—¿Quién es Imberline?

—Está en el W. P. B. [1].

El nombre comenzó a parecerle conocido; aunque Simón Templar no tenía sino un ligero conocimiento del enorme personal de las diversas oficinas de Washington.

—¿Es que no se ha enterado de cómo hacer libre al mundo mediante la semana de cuarenta y ocho horas?

—Tal vez no.

—Y alguien no quiere que usted le ilustre.

—No podría decirlo exactamente. Todo cuanto sé es que esa nota que usted está mirando ha sido arrojada sobre mis faldas hace veinte minutos.

Simón miró de nuevo el papel. Estaba ajado y arrugado como si hubiesen hecho una bola con él.

—¿No ha visto usted de qué parte provenía? —preguntó.

—En absoluto.



Él lo comprendió. Era una cosa que pudo haber sido hecha muy fácilmente. Y también comprendió la fealdad de aquellos dedos espectrales que se deslizaban sobre su espina dorsal. Era justo e inevitable, como siempre lo había sido, que la aventura le alcanzara apenas volvía a estar «en libertad» otra vez. Pero, aunque demasiado fácil y automático, también podía tener otros ángulos... Se sentía tan laxo y receptivo como un guerrillero al penetrar en un pacífico valle.

—Dígame —murmuró—, ¿es la primera vez que ha oído hablar de esta conspiración para mantener alejado a Imberline de su impresionante hermosura?

—¡Oh, no! —contestó ella. Había reaccionado ya y su voz sonó casi blanda—. Esta mañana he tenido una llamada telefónica que ha sido mucho más explícita. En verdad, el hombre ha dicho que, si deseaba vivir para llegar a ser abuela, sería mejor que me marchara en seguida a casa y me quedara en ella.

—Eso suena como un método algo tonto —comentó el Santo.

—Por eso mismo le he hablado.

El movimiento de los labios de Simón fue francamente humorista.

—¿Como abuelo en potencia?

—He pensado que usted podría hacerme ver a Imberline sin correr riesgos.

Simón se volvió en su silla y miró a su alrededor.

Pudo ver a una gran parte de personas del mundo oficial de Washington: senadores, representantes, burócratas, hombres con influencias y capaces de mover títeres. Sobre el rumor de las conversaciones, los secretos oficiales resonaban en el aire en ensordecedores *sotto voces* que habrían alegrado los corazones de todo un ejército de quintacolumnistas y espías, y que probablemente lo hacían. Pero todos ellos tenían aspecto de hombres con autoridad y seguridad, y se movían bravamente por debajo de sus preocupaciones acerca de dónde les llegaría el próximo billete de a cien. Ninguno de ellos tenía la tradicional apariencia de hombres que pudiesen gastar su tiempo en destrozarse en añicos a una hermosa joven.

El diálogo habría sonado perfecto en el vacío; pero, en cierto modo, desde donde se sentaba el Santo, nada del mismo parecía correcto. Se volvió a mirar a Madeline Gray.

—Esto puede parecer fuera de lugar —hizo notar—, pero me gusta conocer siempre las cosas por adelantado. ¿No se trata de que usted tiene

respecto a Imberline algún interés sentimental al que pudiera oponerse su esposa o una amiga íntima?

La muchacha movió con energía la cabeza.

—¡Cielos, no!

—¿Entonces por qué desea verlo usted? —preguntó Simón, tratando de no parecer muy interesado.

—Ignoro si debiera decírselo o no.

El Santo se mostraba todavía muy pacífico. De pronto empezó a reír para sus adentros. El asunto le parecía gracioso, y la muchacha era realmente digna de ser mirada; después de todo, él era un hombre.

Un tipo obeso y que en su tiempo pudo ser un vendedor de puerta en puerta, avanzó pesadamente más allá de su mesa en dirección a una silla desocupada no distante y se puso a gritar al más próximo de los mozos. Simón lo miró, se dijo que podía objetársele algo, y consultó su reloj.

—Dispone todavía usted de una hora —dijo—. Comamos juntos y hablemos sobre la cuestión.

Comieron. Él pidió langosta «Cardenal» y una botella de «Château Olivier». El tiempo transcurrió con suma rapidez. Ella era buena conversadora, aun cuando nada dijo que valiese la pena de ser recordado. Simón disfrutó mucho más de lo que hubiese podido disfrutar comiendo a solas, de forma que casi se lamentó cuando les trajeron el café y fue necesario llegar a concretar las cosas.

—Querida —dijo—, he disfrutado hasta este instante, y todo se lo perdono; pero, si realmente quiere que la ayude, es preciso que tenga alguna idea acerca de cuál será mi ayuda. Terminemos, pues, la historia acerca de Imberline y del misterioso lanzador de notas. Puesto que me ha dicho usted que el romance no es lo que preocupa a su adorable cabeza, que no es una reportera ni tampoco espía, la verdad es que me siento un poco perplejo.

Los negros ojos de la muchacha le miraron con serenidad por unos instantes.

Luego volvió a hurgar de nuevo en su bolso.

—Un sistema de archivo —murmuró Simón— sería indicado ahora.

La mano de la muchacha salió con algo de unas seis pulgadas de largo, como un grueso rollito de papel y con una especie de color transparente anaranjado. Lo tendió por encima de la mesa.

Simón lo tomó y lo pulsó experimentalmente. Era blando pero resistente, incluso contra la presión de la uña del pulgar. Algo flexible y... elástico. Lo

desenvolvió y arrolló varias veces y luego sus ojos se volvieron hacia la joven.

—¿Goma? —preguntó.

—Sintética.

Sus cejas apenas se movieron.

—¿De qué especie?

—Algo más bien nuevo. En su mayor parte está hecha de serrín, vinagre, leche... además, desde luego, de dos o tres cosas importantes. Pero no es un derivado de la *butadienne*.

—¿Se puede saber qué es la *butadienne*? —preguntó Simón.

La solemnidad no afectada de ella habría podido ser cómica, si no hubiese parecido completamente natural.

—Yo creía que todo el mundo lo sabía —contestó—. La *butadienne* es algo que se saca del petróleo, o alcohol grueso. Es la base de las gomas sintéticas buna. Naturalmente, comprendo que esto debe parecerle algo técnico.

—Tal vez —confesó él. Se preguntaba si ella habría notado la expresión de sorpresa de sus ojos. Casi creyó que no.

—Lo que importa —continuó la muchacha—, es que la producción de la buna es muy experimental todavía, y en todo caso exige una fabricación costosa y muy elaborada. Esta materia puede ser mezclada en una bañera. Mi padre la inventó. Su nombre es Calvin Gray. Posiblemente no habrá oído mencionarle, pero se le considera como uno de los mejores químicos investigadores del país.

—¿Y usted desea que Imberline se interese... para obtener la sanción oficial?

Ella asintió con la cabeza.

—Usted hace todo sumamente fácil. Pero no lo ha sido hasta ahora... Mi padre comenzó a trabajar hace años con su idea, pero luego la goma natural se hizo tan barata que ya no valía la pena ocuparse de ella. Cuando estalló la guerra y los japoneses comenzaron a moverse sobre Thailandia, él vio lo que se avecinaba y reanudó sus trabajos.

—Supongo que tiene cientos de operarios trabajando para él.

—¿Eso es lo que se imagina? Después de publicar sus primeros resultados, su laboratorio fue incendiado una vez y volado dos más. Desde luego, accidentes. Pero tanto él como yo sabemos que estos accidentes... fueron preparados. Y luego, cuando tuvo perfeccionado el proceso y vino aquí

para tratar de entregarlo al Gobierno... usted debiera haber visto las vueltas que le hicieron dar.

—Puedo imaginarlo.

—Claro que parte de los inconvenientes con que tropezó aquí fueron por su culpa. Es casi un individualista, y no ha leído nada acerca de esos libros que hablan de conquistar amigos e influenciar a las personas. Al mismo tiempo, aunque parezca paradójica, es un hombre que se desalienta muy fácilmente. Terminó mandando el mundo al demonio y regresando a casa.

—¿Y entonces?

—Yo vine aquí a reemplazarle.

Simón devolvió la muestra a la joven con un sentimiento de pesar. Se trataba de un asunto amoroso, y él no creía una palabra. Deseaba que alguna impresionable y adorable muchacha tuviera algún día la ultrajante honestidad de acercarse a él y decirle simplemente: «Creo que es usted maravilloso y daría cualquier cosa por verlo en acción», sin tratar de querer engañarlo con un complot ficticio. Lo lamentaba profundamente, porque esta joven parecía adorable y sin duda se habría dejado impresionar por ella.

—Si cree usted que está en un grave aprieto, debiera ir a hablar con los de la Oficina Federal de Investigaciones —dijo—. O si se ve obstaculizada en sus gestiones, comuníquese con uno de los periódicos. Si da con el que es debido, ellos serán capaces de hacer una publicidad beneficiosa.

La muchacha se puso en pie con tal celeridad, que parte de su café se volcó en el platillo. Él denotó sentirse afectado.

—Lo siento —se apresuró a decir ella—. ¿No es cierto que ha sido un pésimo proceder? Pero, de todas maneras, considero muy agradable haber comido con usted.

Y mientras ella se alejaba, él quedó mirándola con simpatía.

El salón comedor pareció soberanamente triste después que ella partió. Simón pensó que tal vez se había conducido con demasiada prisa. Después de todo, no podía negarse que se había divertido bastante. Bien podía haberle seguido la corriente.

¡Pero la vida era tan corta y tenía tantas cosas más importantes!

Continuaba sentado allí, preguntándose acerca de asuntos más positivos, cuando un grupo de hombres avanzó abriéndose paso por entre el angosto espacio que dejaban las mesas. A la cabeza del grupo avanzaba un hombre grandote con aire dominante, y Simón tuvo la impresión de que sería empujado tal como ya le había sucedido estando en el bar.

Se sentía cansado de ser empujado de un lado a otro por personas que parecían tener la idea de que las letras «D. C.»<sup>[2]</sup> que se ponen después de Washington, significaban «desechar cortesía».

Y se preparó para el inevitable encuentro.

El hombrón no le engañó. Simón sintió la presión sobre el respaldo de su silla, y una manga de americana rozó los cabellos de su nuca. Llevó hacia atrás la silla con rapidez y se alegró internamente al oír el involuntario «uff» que dejó escapar el sujeto en cuestión, cuando el respaldo se hundió en su estómago. Simón Templar se irguió cuan alto era y se volvió hacia el que acababa de golpear.

—Lo siento mucho —dijo con toda afabilidad.

El hombrón le miró. Tenía la cara rojiza de una persona que saborea buenas viandas, buenos licores y buenos cigarros, y que además tiene abundancia de todo eso. Sus ojos pequeños miraron especulativamente a Simón por un momento, y detrás de ellos pareció brillar un destello antes que en su cara apareciera una sonrisa.

—Está bien —dijo—. Siempre hay accidentes, ¿no es así, señor?

—Sí, ciertamente —murmuró Simón.

Los acompañantes estaban esperando respetuosos, casi reverentes, a que prosiguiera el hombre grandote. Éste echó al Santo otra mirada enigmática y luego se volvió. Sus acompañantes lo siguieron.

—Pero, míster Imberline —exclamó uno de ellos en una voz que parecía un quejido—. Piense en la inconveniencia que este programa significará para ciertas personas.

—Por lo menos así se dice —anunció el que iba en la delantera—. Estamos en guerra, y a cada uno de nosotros nos toca poner hombro con hombro para mover la rueda. No perder tiempo, no malgastar nada, tal es mi lema, y en este caso hay muchas manos en un plato.

«Increíble —se dijo el Santo, mirando hacia el grupo que avanzaba hacia una mesa larga que estaba reservada al otro extremo del salón—. Ése debe ser el propio Imberline».

Se llevó un cigarrillo a los labios y hurgó en busca de un fósforo.

No lo halló, pero sus dedos encontraron algo más que antes no había estado allí. Era un trozo de papel doblado que, por supuesto, él jamás había puesto en su bolsillo. Lo sacó y lo abrió.

En el mismo estilo de toscas letras mayúsculas que viera no hacía mucho, decía:

“ OCÚPESE DE SUS COSAS

Al mirarlo experimentó una curiosa sensación, como si estuviera saliendo de un extraño lugar bullicioso a una silenciosa noche nevosa. Porque en todo el tiempo que estuviera antes en el bar, Madeline Gray había estado a su izquierda y él nunca se había vuelto hacia ella, de modo que el bolsillo de la derecha había quedado casi contra la mesa, y era imposible que hubiese podido dejar el papel en su bolsillo mientras estuvieron ambos allí. Y, aparte del hecho de que se hubiera visto rodeado por los satélites de Imberline unos segundos atrás, no pudo haber habido ninguna posibilidad desde que...

## II

—Sí, ha tomado ese rumbo, señor —le informó el portero—. Iba caminando —agregó. El hombre guardó el billete de dólar que le entregó Simón y volvió a decir—: Me ha preguntado cuál era el camino hacia Scott Circle.

Simón volvió al *hall*, y encontrando una cabina de teléfono, se introdujo en ella. En la guía halló la dirección de Frank Imberline. Quedaba en una de las numeraciones bajas de Scott Circle.

Simón Templar frunció pensativamente el ceño.

Por la dirección, era evidente que míster Imberline debía ser un caballero de alguna importancia, porque Scott Circle es el centro de uno de los barrios más suntuosos de Washington y la lista de sus moradores haría las delicias de una ama de casa *snob*.

Madeline Gray habíale dicho que tenía una cita con Imberline a las ocho de la noche. Observó su reloj de pulsera y vio que faltaban algunos minutos, Pero Imberline... al menos «un» Imberline... acababa de entrar en el salón comedor del hotel, evidentemente para comer allí. Además, un burócrata de categoría no suele olvidar una cita; por lo tanto, ésa podía ser la respuesta. Claro que también podía darse el caso de que Frank Imberline tuviera un hermano o un primo o alguien que ocupara algún cargo en el Gobierno y poseyera su correspondiente séquito de satélites también.

Sin embargo... Simón lamentó no haber interrogado a Madeline acerca de la cita, y en qué forma estaba dispuesta. Tratándose de un funcionario del Gobierno, eso de convenir una cita en su casa, y por la noche, le pareció un poco extraño.

Salió del hotel y consiguió un taxímetro por el sencillo expediente de sobornar a un conductor que pretendió estar esperando a un cliente que había bajado por un momento en el hotel. Una vez en marcha el vehículo, Simón se inclinó en el asiento y se puso a observar el camino con una impaciencia cada vez mayor, que se trocó en una sensación de vacío cuando empezó a darse cuenta de que se aproximaba la hora en que debían haber alcanzado a la joven. A menos que ella hubiera tomado otro camino diferente, o encontrado un taxi en el trayecto...

Llegaron al Scott Circle y el taxi se detuvo ante el número que él diera al conductor. No vio coche alguno a la puerta, ni tampoco en las cercanías.

Descendió a la acera y pagó el viaje. La parte delantera de la casa parecía muy oscura, fuera de una luz que brillaba por el tragaluz que había encima de la puerta. Se dijo que eso era explicable si realmente se trataba de algo romántico, si existía otro Imberline aparte del que estaba en el salón comedor del hotel, pero le pareció que era una extraña serie de circunstancias bajo las cuales un burócrata iba a tener una conferencia acerca de una goma sintética.

Para él la acción directa era mejor que cualquier especulación. Hizo sonar el timbre.

—No, señor —dijo el mayordomo—. Míster Imberline no está en casa.

—Lo está para mí —repuso animosamente el Santo—. Tengo una cita con él. Me llamo Gray.

—Lo siento, señor, pero míster Imberline no está. No ha vuelto desde que ha salido por la mañana, y ha dicho a la cocinera que comería fuera.

Simón contrajo los labios.

—Posiblemente habrá olvidado la cita —dijo—. Como es un hombre muy ocupado, no tiene nada de extraño que se olvide de muchas cosas.

—¡No, señor! —contestó lealmente el mayordomo—. No míster Imberline, señor. Cuando da una cita sabe cumplirla. Tal vez no haya sido para esta noche, señor. Quizá sea para mañana.

—Quizá —repitió el Santo con naturalidad—. Es posible que esté confundido. Dígame —agregó—, ¿no ha estado esta noche aquí una joven llamada Gray? He pensado que la encontraría aquí.

La canosa cabeza del mayordomo se movió negativamente.

—Nadie ha estado aquí, señor —respondió.

—De nuevo he vuelto a equivocarme —murmuró el Santo.

Se apartó de la puerta, diciéndose cosas por lo bajo. Se acusó con una serie de reproches mudos que habrían llegado a significar mucho, si hubiesen sido hechos por otra persona en su contra.



No había taxi alguno a la vista.

Dobló sobre el lado sur de la calle 23, y al llegar a la intersección de la calle Q empezó a preguntarse qué rumbo tomaría o qué podía hacer. Se detuvo indeciso en la esquina y miró hacia el puente sobre Rock Creek Park. Una docena de soluciones bulleron en su mente, pero pensó que todas ellas podían ser equivocadas o poco útiles.

Fue entonces cuando vio a la muchacha dando la vuelta por el puente, caminando con su paso ágil, y todo cuanto él imaginara volvió a parecerle tonto. Por unos cinco o seis segundos solamente.

De pronto apareció un vehículo avanzando detrás de ella, pasó adelante, se detuvo y retrocedió a una calleja, en donde dobló diagonalmente desde el lado norte de la calle. Instintivamente él se había detenido y confundido entre la sombra de un árbol, de modo que los dos hombres que emergieron de la calleja un momento más tarde debieron pensar que la manzana estaba desierta, con excepción de ellos y la joven. Llevaban la parte inferior de la cara cubierta con pañuelos, y avanzaron hacia ella uno a cada lado, muy profesionalmente. Simón se encontraba demasiado lejos como para poder oír qué dijeron, pero los vio conducirla hacia la calleja y en el acto echó a correr hacia ellos sin hacer el menor ruido.

Llegó allí con un silencio tal, que a los desconocidos debió parecerles como si una sombra se hubiera materializado ante sus ojos.

—¡Hola, Madeline! —murmuró—. Estaba temeroso de haberla perdido.

La cara de la muchacha se mostraba pálida y vaga en la penumbra.

El enmascarado de su izquierda habló con voz velada. Era alto y de anchas espaldas, y parecía ser del tipo de los que nunca perdieron una pelea en sus días escolares.

—Será mejor que te hagas a un lado, compañero, si no quieres verte metido en líos.

Su voz era gruesa, porque se oía por detrás de su máscara. Parecía un hombre que podía provocar líos y salir airoso. El que estaba al otro lado denotaba el mismo aire, pero era algo más bajo y no se movía con la misma facilidad que el otro.

—Me gustan los líos —dijo el Santo con soltura—. ¿De qué clase es el de ustedes?

—De la Oficina Federal —contestó en el acto el hombre alto—. Esta joven... bueno... está detenida para ser interrogada. Vamos, andando.

—¿Detenida? —preguntó el Santo—. ¿Por qué causa?

—¡Lárgate! —dijo el sujeto—. De lo contrario, también te llevaremos con nosotros.

—Son ustedes —repuso el Santo con serenidad— los primeros agentes de la Oficina Federal que se tapan con pañuelos la cara y que se han olvidado de su cortesía, pues ellos jamás dicen «¡Lárgate!» ni llaman a nadie «compañero». Si están simulando ser *G-men*, creo que se han confundido. De modo que, si me muestran sus credenciales, tendré mucho gusto en acompañarlos junto con esta dama. Pero dudo que puedan hacerlo.

Cuando el hombre alto le descargó el golpe, supo esquivarse a tiempo y en el espacio debido, de forma que sintió el viento junto a su mejilla. Luego volvió su peso hacia delante y avanzó con su derecha a la altura de la cintura del otro. La sacudida del impacto lo estremeció. El hombre alto gimió dolorido y se dobló en dos. Entonces la izquierda del Santo arremetió hacia la mandíbula del adversario con una violencia que habría derribado a cualquiera. El hombrón era algo más recio que el término medio. Tambaleó, pero cuando ya apenas se sostenía sobre sus pies, la mayor parte del peso de su compañero cayó sobre el cuello y los hombros del Santo.

Los ojos de Simón se velaron por un instante en un estallido de luces de pirotecnia, y sus rodillas comenzaron a flaquear; luego sintió sus manos apretadas detrás de la cabeza del sujeto y dejó que sus rodillas cedieran un poco más antes de levantarse de nuevo. El hombre saltó sobre su hombro y chocó contra el suelo produciendo un ruido que incluso un sordo hubiera podido oír. Rodó en una furia salvaje y, doblando los brazos alrededor de las pantorrillas del Santo, se las juntó.

Simón se dio cuenta de que con un apretón como éste no tendría ninguna posibilidad, y trató de caer tan verticalmente como le fuera posible, a fin de quedar sobre el adversario e intentar apretarlo con su peso mientras al mismo tiempo atacaba con la izquierda.

Pero no fue así. Más tarde tuvo la impresión de que alguien corría y que Madeline Gray gritaba algo incoherente; y luego un peso considerable cayó sobre él.

Parpadeó y tendió ciegamente una mano para asirse mientras el hombre que le aferraba lo hacía con más fuerza. Apenas podía pensar, de modo que pasó más de un minuto antes que se diera cuenta de que no era la réplica de su antagonista. La silueta del hombre que ahora tenía ante sí era diferente. Antes que pudiera pensar en más, la joven golpeó a su atacante y le castigó inútilmente en la espalda con sus puños; pero fue una interrupción suficiente para anular la desventaja del Santo, que pudo hundir su rodilla en el estómago

del hombre, y luego un pie que pareció más que una coza. Se sintió nuevamente libre y en pie, y miró prestamente en torno suyo para ver qué sucedía.

Alcanzó a ver la espalda del sujeto cuando se introducía en el automóvil estacionado a poca distancia. El otro, el alto, había desaparecido. Por lo visto estaba en el volante, porque el motor rugió antes de haberse cerrado la portezuela, y el coche se alejó en medio de un chirriar de gomas que habría hecho parpadear a un motorista de tiempos de guerra. El ruido se perdió por la calleja cuando Simón se volvió a mirar al tercer interventor en la refriega.

Éste se apretó una mano sobre la cintura y murmuró con voz ahogada:

—¡Cielo santo... si usted es miss Gray! ¿No es así?

Simón avanzó hacia él y le oyó decir:

—Lo siento. Al parecer me he equivocado. Venía conduciendo cuando...

—¿Tiene usted un coche? —preguntó Simón, interrumpiéndole.

—Sí. Tengo uno...

Simón cogió la mano de la joven y corrió por la calle. Se veía un coche convertible, pero estaba situado en sentido contrario al que había tomado el automóvil que acababa de huir. Y este coche ya estaba fuera de la vista.

El Santo se encogió de hombros y sacó un cigarrillo.

—Ciertamente, lo siento mucho —dijo el otro hombre, acercándose a ellos, sin dejar de apretarse el estómago—. He visto la pelea, y me ha parecido que alguien estaba en apuros. Naturalmente, he pensado que la víctima era el hombre que se hallaba en el suelo. Hasta que miss Gray ha comenzado a golpearme... Mucho me temo que con mi intervención les he ayudado a huir...

—¿Se conocen ustedes? —preguntó el Santo.

Ella le miró azorada.

—Yo le he visto a usted en alguna parte, pero...

—Soy Walter Devan —dijo el hombre—. Yo estaba en la oficina de míster Quennel. Usted estuvo allí con su padre.

Simón acercó un fósforo a su cigarrillo, y con ayuda de la llama pudo contemplar mejor la cara del hombre. Una cara de mentón cuadrado, potente, con el aspecto de un boxeador.

—¡Oh, sí! —exclamó la muchacha—. Míster Devan... éste es míster Templar.

Simón tendió una mano.

—El suyo ha sido un buen golpe de *rugby* —dijo.

Devan sonrió.

—Naturalmente. En mi juventud jugué como profesional. Pero usted es buen jugador también.

—Hemos malogrado nuestro talento —comentó el Santo.

—Tal vez haya sido mejor —dijo Devan—. De todas maneras, nos hemos desembarazado de esos pillastres. Últimamente ha habido una serie de atracos en este barrio. Los asaltantes se ocultan en el parque y salen al obscurecer.

Simón pensó en mencionar el hecho de que tales sujetos poseían un automóvil, pero se le ocurrió que por el momento no valía la pena. Y antes de que ella pudiera hacer ningún comentario, dijo:

—¿Le importaría a usted llevarnos en su coche?

—Con mucho gusto; a cualquier parte.

Subieron. Madeline Gray se colocó en el centro. Simón la miró cuando Devan apretó el arranque.

—Me parece que podríamos volver al Shoreham y beber otro trago.

—¡Pero yo tengo que ver a míster Imberline!

—Míster Imberline no está en su casa, querida. Acabo de estar allí. No la he encontrado a usted en el camino. Luego he retrocedido para buscarla.

—Pero yo tenía una cita.

—¿Se refiere a Frank Imberline? —preguntó Devan.

—Sí —contestó ella.

—Míster Templar tiene razón. No está en su casa. Lo sé porque míster Quennel ha estado tratando de ponerse al habla con míster Imberline.

—¿Cómo consiguió usted la cita? —inquirió Simón.

—Estuve intentando verlo en la oficina —explicó ella—, pero no conseguí nada. Dejé mi nombre y dirección, y creí que ellos se comunicarían conmigo. Esta tarde he recibido una llamada para que esta noche me pasara por su casa.

—De alguien que ha querido mofarse —dijo el Santo.

Ella le miró con ojos de azoramiento.

El brazo de Simón estaba pasado sobre el respaldo del asiento. Su mano izquierda se movió sobre su hombro con una presión significativa. Hasta que él supiera algo más de las cosas, no tenía prisa alguna por hablar ante desconocidos.

Especialmente delante de este que se llamaba Walter Devan.

Porque, a menos que estuviera equivocado, Devan era el hombre corpulento que le empujó en el bar del Hotel Shoreham. Y los ojos del más alto de los dos supuestos agentes del F. B. I. se parecían mucho a los de uno

del grupo que había seguido a Frank Imberline más tarde al salón comedor... cuando recibió el segundo empujón.

### III

Devan no pareció notar nada extraño. Con extrema naturalidad, inquirió:

—A propósito, miss Gray, ¿cómo le va a su padre con su nuevo procedimiento sintético?

—El procedimiento anda bien —respondió ella con franqueza—, pero todavía estamos tratando de darlo a conocer.

Devan movió la cabeza.

—Esas cosas llevan mucho tiempo. Imberline podría ayudarla —dijo—. Es una lástima que nosotros no podamos hacer nada en ese sentido —agregó, y volviéndose hacia Simón, prosiguió—: Míster Gray tiene algo muy interesante acerca del problema de la goma sintética. Lo quiso presentar a míster Quennel, pero desgraciadamente no tenía nada que ver con nuestra especialidad.

—Lo supongo —repuso el Santo—. Pero ¿cuál es exactamente esa especialidad?

—La *Quennel Chemical Corporation*. Los *Quenco Products*. Posiblemente usted habrá oído mencionar el nombre. Es muy conocido.

Su voz denotaba orgullo. Sí, Simón había oído el nombre. Cuando lo oyó por primera vez le pareció conocido, pero no supo a qué atribuirlo.

—¿Qué piensa usted de la fórmula de míster Gray? —preguntó.

—He de confesar que no soy químico —contestó Devan como excusándose—. No soy sino el gerente del personal. Por lo que he oído decir, parece muy prometedor. Pero Quennel tiene ya un gran contrato con el Gobierno respecto a la buna. Se han invertido ya dos millones de dólares en una fábrica que se está construyendo ahora, de modo que tenemos las manos ocupadas. Posiblemente ésa es nuestra mala suerte.

El Santo chupó pensativamente su cigarrillo.

—Pero si el invento de míster Gray es llevado a la producción, ¿no significará eso que su método estará en competencia con el de ustedes? —indagó.

Devan rió.

—Teóricamente creo que sí —respondió—. Pero, estando el mundo ansioso por la goma, por toda la que se pueda conseguir, no puede decirse que

hubiera competencia alguna. Más bien sería como si dos firmas estuvieran ofreciendo dos clases distintas de salvavidas; yo creo que no puede haber vacilación alguna cuando se trata de saber cuál arrojar al hombre que se está ahogando.

El Santo terminó su cigarrillo en silencio y con un gesto pensativo. Después de todo, en el mundo había algo de justicia. Ese encuentro violento y accidental había venido a ser como una inesperada compensación por la pérdida de dos hombres musculosos, posiblemente sin importancia. Ahora tenía la confirmación de que la historia que pareciera sin fundamento era cierta... que, después de todo, Madeline Gray no era una tonta buscadora de sensacionalismos, sino que el invento de Calvin Gray —su padre— podía ser ciertamente uno de esos raros aciertos que pueden causar sensación... tal como las cosas que a él tanto le gustaban. Ahora experimentaba cierto pesar por su incredulidad; y, sin embargo, al mirar nuevamente al perfil de la joven que estaba a su lado, no pudo por menos de sentirse apenado. Ella era demasiado real...

Habían llegado al Shoreham, y Walter Devan fue quien dijo:

—Espero que volveremos a vernos.

—Yo me hospedo aquí —contestó el Santo.

—Y yo también —afirmó la joven.

El Santo la miró y sus cejas se enarcaron. Ella se rió y dijo:

—Creo que tal vez haría mejor si actuara como la hija de un inventor con hambre, pero el caso es que todavía no padecemos hambre.

El Santo miró el traje de tela escocesa que cubría su perfección y el sombrero en la cabeza, y en silencio calculó su coste. No, Madeline Gray parecía muy alejada de la pobreza.

—Hágame saber si puedo ser de ayuda —dijo Devan—. Quizá me sea posible hacer algo por usted. Es posible que míster Quennel pueda llegar a Imberline y preparar una entrevista. Me hospedo en el Raleigh, si es que me necesita para cualquier cosa.

Partió luego de un breve cambio de palabras con Templar. Simón quedó observando por un momento la luz roja trasera de su automóvil, y luego, tomando a la joven por el brazo, la condujo al *hall*. Madeline hizo ademán de caminar hacia el salón, pero él la condujo hacia los ascensores.

—Subamos a mi departamento —dijo—. Parece que en los vestíbulos y comedores ocurren cosas raras.

Sintió que sus ojos le miraban de pronto, pero su cara se mantuvo tan impasible como antes. Madeline penetró en el ascensor sin hablar, y se

mantuvo callada hasta que se encontraron en el *living-room*.

En una época en que un reducido espacio y una manta podían ser alquilados en Washington como un dormitorio lujoso, era muy natural que Simón Templar tuviera para sí un albergue cómodo. Sentía gran aprecio por los refinamientos más costosos de la vida cuando era posible obtenerlos, y tenía maneras de conseguirlos que habrían resultado incomprensibles para hombres menos emprendedores. Se quitó el abrigo y se encaminó a una mesita, en donde sirvió *whisky* en dos vasos, tras de lo cual agregó hielo de un recipiente-termo.

—Ahora —preguntó ella—, ¿quiere explicarme exactamente qué ha querido decir con que ocurren cosas curiosas en los vestíbulos y comedores de hotel?

El Santo se sirvió una de las bebidas preparadas, y luego, con su mano libre, le mostró la notita que hallara en su bolsillo.

—He encontrado esto después que se ha marchado usted —explicó—. Por eso he salido en su busca. Lo siento. Retiro todo lo dicho. He sido bastante estúpido al pensar que usted era tonta. Lo he pensado en cierto momento. ¿Podemos comenzar de nuevo?

Ella lo miró sonriente, con una expresión tan amistosa como él había esperado. Sin embargo, bueno fue notarlo.

—Ciertamente —repuso Madeline—. ¿Me ayudará usted con Imberline cuando me haya puesto en contacto con él?

Bebió con lentitud y la miró por encima del borde del cristal. Una vez que hubo bebido, preguntó:

—¿Se ha encontrado alguna vez con ese fantasma de Imberline, con quien parece que todo el mundo trata de encontrarse?

—Lo he visto un par de veces —dijo brevemente.

—¿Qué tipo tiene y qué es lo que hace?

—Bueno —repuso ella, moviendo expresivamente las manos—, no tiene mala presencia, pero es tonto y creo que nada brillante. Honesto, políticamente ambicioso quizá, gusta de hacerse amigos...

—¿Cuál es justamente su posición? —preguntó el Santo.

—Está en el Departamento de Obras Públicas, como ya le he dicho. Tiene algo que ver con la sección de goma sintética. No es el más importante allí, pero goza de cierta importancia. Es el que decide acerca del dinero que ha de gastarse para el desenvolvimiento de los procedimientos.

El hielo tintineó en el vaso de Simón cuando éste volvió a beber.

—¿Qué puesto ocupaba antes de eso? —inquirió.



—¿No ha oído hablar usted de Frank Imberline? —preguntó ella con los ojos un poco más grandes al mirarlo—. Imberline, de la *Consolidated Rubber*. Desde luego fue su padre el que creó la empresa, pero al menos este Imberline no ha hecho nada para debilitar su poderío industrial. Hay indicios, corren rumores...

Calló de pronto y se mordió el labio.

—Continúe —dijo él con frialdad—. Me interesa eso de la firma Imberline.

—¡Oh —murmuró ella, moviendo de nuevo las manos—, no es sino sobre el comercio de gomas! Algo en lo que usted no podría interesarse.

—Me gustaría estar enterado para poder luego decidir.

—Bueno... A mi padre no le gusta Imberline. Acaso esté dejándose llevar de prejuicios... y probablemente es así. Pero sostiene que Imberline no es más que un instrumento de un sindicato de hombres sin escrúpulos que prepararon su nombramiento con objeto de beneficiarse con sus planes. Ya le he dicho que mi padre es un individualista. Supongo que es una buena forma de decir que es casi un excéntrico. Algunos inventores lo son. Se muestra muy receloso contra las gentes de Washington que le han hecho perder tiempo, e insiste que ciertos intereses están tratando de anular sus procedimientos para poder hacer buenos negocios durante la guerra y mucho más egoístamente después de su terminación.

—Y su padre —inquirió el Santo—, ¿no tiene sino la bondad de los hombres buenos?

Ella miró a su vaso y el Santo agregó prestamente:

—Lo siento. Con unos pocos días en Washington, también yo me sentiría afectado de cinismo.

—Está bien —murmuró Madeline—. Después de todo, ha sido una pregunta lógica.

Levantó sus ojos y le miró derechamente.

—Si —dijo con firmeza—. Es un hombre bondadoso. Ofreció su invento al Gobierno, gratis y abiertamente, pero su oferta jamás llegó a los hombres a quienes estaba destinada. En su lugar, fue entrevistado por desconocidos con quienes no simpatizaba ni tenía confianza. Cuando se negó a darles su fórmula, cuando insistió en ser llevado al principal, empezaron a ocurrir los misteriosos accidentes.

—¿Sabe Imberline todo esto?

—¿Quién podría decirlo? —contestó ella con un encogimiento de hombros—. Ya le he dicho que no es exactamente un intelectual. Puede ser

que abrigue la creencia popular de que todos los inventores son especímenes patológicos empeñados en hacerle perder el tiempo. ¡Dios sabe a cuántos inventores tendrá que recibir! Pero también puede ser que alguien de su oficina esté trabajando para otros intereses, como dice mi padre, y que jamás deje que él vea nada o a nadie que dicha persona no quiere dejarle ver.

Se inclinó ansiosa hacia delante.

—Pero estoy segura de que, si yo pudiera verlo, sabría interesarlo —dijo, ruborizándose ligeramente—. Frank Imberline es uno de esos hombres «puedo ser el padre de usted». Sí... creo que, cuando menos, me otorgaría una audiencia.

Los ojos de Simón se hicieron sombríos de pronto.

—Sé en qué está pensando usted —murmuró ella—. Pero pasaría eso por alto si pudiera ayudar a mi padre y... sí... ayudar también en el esfuerzo de la guerra. Podrá parecer tonto, lo sé, pero realmente es eso lo que quiero decir.

Sus ojos le miraron con ansiedad.

—¿Podría ayudarme usted a que viera a Imberline? —preguntó al fin.

El Santo la contempló con fijeza. No era estúpida en la forma que él había pensado y parecía como si hubiera ciertos hechos de la vida que ella no había podido aún apreciar debidamente.

—Naturalmente que sí —respondió con bondad—. Pero acaso lleve algún tiempo conseguir una audiencia con el pontífice. No estoy muy habituado con las rutinas de llegar a los rincones privados de Washington...

El Santo tenía la facultad de oír las cosas sin estar escuchándolas, y de correlacionarlas con la eficacia instantánea de una máquina distribuidora, de modo que se clasificaban netamente en su mente casi antes de que la parte mecánica de su sentido auditivo hubiese terminado su proceso.

Aquel sonido particular no fue más que el asomo de un ligero golpecillo. Pero le dijo, sencilla y claramente, que alguien o algo acababa de tocar la puerta detrás de él.

Se movió sin hacer ruido, mientras su voz continuaba sin el menor cambio:

—... creo que si toma usted la litera plegadiza y una estufa de campana y se instala por el lado de afuera de su oficina durante algunos días, tal vez llegue a tener a veces alguna palabra con la secretaria de su secretaria...

Las manos de Simón tocaron el picaporte y abrió la puerta con una celeridad suma. Con otro movimiento que siguió al primero con la precisión de una máquina, extendió otra mano para asir por el cuello al hombre que se

agazapaba al otro lado con un objeto parecido a una pequeña trompetilla acústica en el oído.

—Pase, amigo —le dijo cordialmente—. Pase y dese a conocer. ¿Es acaso el detective del hotel o es que se sentía solitario?

## IV

El que estaba escuchando afuera se sintió empujado hacia la pieza, moviendo vanamente sus manos en el aire para poder recuperar el equilibrio; pero, antes de haberlo logrado, uno de sus brazos fue llevado dolorosamente hacia atrás y se encontró impotente.

—No grite, hermosa —advirtió Simón a la muchacha—. No es sino una visita de alguien que quería estar seguro de que no molestaba antes de ponerse a llamar.

Su mano libre revisó rápidamente las ropas del sujeto, pero no halló arma alguna. De un tirón hizo que quedara dándole frente. Luego soltó su garra. El otro se arregló las ropas y empezó a frotarse el brazo dolorido.

—¿Lo conoce usted? —preguntó el Santo a la muchacha.

Madeline Gray movió la cabeza sin decir palabra.

—No es exactamente el tipo —hizo notar Simón, inclinando su cabeza hacia un costado—. Más bien me parece el de un tenedor de libros que debe ser jubilado y recibir un hermoso reloj de oro después de cincuenta años de servicios ininterrumpidos y sin tener nunca una vacación ni haber faltado jamás por enfermedad.

El desconocido continuaba frotándose el brazo y gimiendo. Parecía como una rata, con ropas que le sentaban mal, con ojos como cuentas y dos dientes que le sobresalían por encima del labio inferior. Al ir desapareciendo el dolor de su brazo, puso una cara de ultrajada inocencia.

—¡Señor! —exclamó.

—¡Si hasta habla como una rata! —observó fríamente el Santo.

—Pediré explicaciones por esto —dijo el hombrecillo—. ¡Esto... es... escandaloso! Cuando un hombre es atacado en el pasillo de un hotel de categoría por un sujeto que casi le quiebra un brazo, creo que es momento de...

—Está bien, amiguito —le interrumpió el Santo con afabilidad—. Podemos dejar eso de lado. ¿Quién es usted y para quién trabaja?

El hombrecillo se irguió cuan alto era... no gran cosa.

—Podría hacerle la misma pregunta —replicó—. ¿Quién es usted y a quién cree haber atacado?

—Mire —repuso el Santo—. No dispongo de mucho tiempo; y, aunque habitualmente soy muy paciente, suelo mostrarme algo brusco con las personas que escuchan a mi puerta con trompetillas en el oído. ¿Quién le ha enviado y qué esperaba hallar aquí?

—Mi nombre —respondió el hombrecillo— es Sylvester Angert. Y no me hallaba escuchando a su puerta. Estaba tratando de hallar mi propia habitación. He creído que era ésta. Y estaba a punto de introducir la llave cuando usted me ha atacado.

—Ya veo —dijo pensativamente el Santo—. Naturalmente, no ha verificado el número de mi pieza con la de su llave antes de... prepararse a probar la cerradura. Además, siempre se pone a escuchar antes para saber qué pasa en el interior de su pieza, ¿verdad?

Los ojos del hombrecillo miraron con fijeza a Simón por un instante y luego se desviaron.

—Si quiere saberlo —respondió con un destello de desafío—, eso es exactamente lo que hago. Escuchar. Lo hago desde que tuve una ingrata experiencia en Milwaukee. En el momento de penetrar en mi cuarto fui atacado por dos bandidos que me esperaban ocultos. Entonces decidí procurarme este pequeño instrumento para resguardarme a mí mismo contra una repetición de tal cosa.

—¡Oh, señor! —exclamó el Santo—. ¡Ahora lo sabemos todo!

—Lo crea o no —insistió Sylvester Angert—, es la pura verdad.

—¿Quiere mostrarme su llave? —preguntó Simón.

Míster Angert hurgó en sus bolsillos y sacó una con chapita indicadora. Se la entregó al Santo. Simón verificó el número y frunció el ceño, pensativo. Los dos últimos números correspondían con el número de la pieza. Míster Angert ocupaba el departamento situado inmediatamente encima.

Simón le devolvió la llave y sonrió ligeramente.

—Todo concuerda muy bien, ¿no le parece? —dijo—. ¿Por qué no se sienta usted, Sylvester, y bebe un vaso mientras hablamos?

Con muy pocas ganas, el hombrecillo se sentó en una silla al otro lado de la puerta. Simón sirvió un vaso con *whisky* y soda e hizo una indicación en dirección a la muchacha.

—Creo que se imponen las presentaciones. Míster Angert, le presentó a miss Van Ess. Miss Van Ess, le presento a míster Angert.

Sus ojos miraron con suavidad, pero no por eso habrían dejado de ver el cambio en la expresión de Angert, si hubiera tenido alguna reacción ante el alias con que había calificado a Madeline Gray. Pero no vio ninguna reacción.

El hombrecillo saludó a la muchacha y murmuró algo que bien pudo ser: «¿Cómo está usted?». Luego tomó el vaso que le tendía Simón y bebió con cierta avidez.

Los largos dedos de Simón se tendieron en busca de un cigarrillo.

—Ahora bien, míster Angert —dijo—. Estoy seguro que convendrá en que las explicaciones están en su lugar... posiblemente de los dos lados. ¿Se puede saber en qué se ocupa usted?

El *whisky* pareció dar cierto coraje al hombrecillo, o tal vez fue la certidumbre de que no iba a ser torturado... al menos por ahora. Por encima del borde del vaso contestó:

—Yo no conozco su nombre, señor.

—Lo siento. Soy Templar, Simón Templar.

—¡Me parece haber oído hablar de usted! —dijo Angert con una voz bastante serena—. ¿No es usted ése a quien llaman el Santo, o algo parecido?

Simón asintió con modestia.

—Mi esposa, es decir, la señora Angert, se interesa mucho por las noticias de crímenes que aparecen en los periódicos, y la he oído mencionar su nombre. Yo, por mi parte, no presto ninguna atención a tales cosas —agregó, mirando como excusándose—. No es que tenga nada contra el crimen, pero...

Simón levantó una mano.

—Nada de excusas, por favor —dijo—. Yo prefiero mucho más las historietas, los chistes y las noticias de Bolsa. Y usted, ¿qué es lo que prefiere, aparte de no leer las noticias criminales?

El hombrecillo hurgó en un bolsillo del chaleco y sacó una tarjeta. Simón leyó que Sylvester Angert era gerente de ventas de la *Choctaw Pipe and The Company*, de Cleveland.

—Me hallo en Washington tratando de ver a alguien con quien tengo que hablar acerca de un contrato, pero no he podido conseguir «nada». No hacen sino mandarme de una oficina a la otra y luego volver al primer lugar.

Con toda naturalidad, Simón deslizó la tarjeta en su bolsillo y chupó su cigarrillo.

—Por lo que veo, hermano, fabrica usted cañerías y tubos —dijo.

—Los hacíamos hasta la guerra —explicó Sylvester—. Luego nos dedicamos a productos más directamente convenientes para la guerra. Desde

luego, no puedo explicar qué hacemos ahora, pero es algo importante. Sí, señor, muy importante.

—Estoy seguro que es así —murmuró Simón.

Y luego lanzó su siguiente pregunta con un tono tan penetrante que cortó la complacencia que Sylvester parecía estar empezando a sentir.

—¿Acaso tiene algo que ver su fábrica con la goma? —preguntó.

Esta vez pareció que los ojos de míster Angert se alteraban. Estaba preparado para otras preguntas, pero ésta le llegó no supo cómo y hubo un ligero intervalo antes que reaccionase.

—¿Cómo? ¡Oh, no! Estamos en la producción metálica. No, no tenemos nada que ver con la goma.

Simón medio se volvió para llenar su vaso.

—Naturalmente que no —dijo—. Ha sido una pregunta tonta la mía.

Sylvester Angert terminó su bebida y abandonó la silla. Rió algo forzosamente.

—Siento haber sido... tan rudo al llegar aquí, pero la sorpresa... Creo que le debo una excusa por ello. Tal vez podamos reunirnos mañana para tomar un trago.

—Tal vez —contestó el Santo sin entusiasmo.

—Ahora será mejor que me retire a mi habitación. Se hace tarde y he tenido un día muy atareado. Buenas noches, miss Van Ess, y míster Templar.

Hizo un saludo con la cabeza y abandonó la pieza.

—Un hombre curioso —comentó miss Gray.

—Mucho. ¿Me permite usted un instante? Tengo que hacer un par de llamadas.

Pasó al dormitorio y cerró la puerta. Después llamó a un número local que no figuraba en la guía, y habló brevemente con un hombre llamado Hamilton, al que conocían muy pocas personas. Luego se comunicó con la oficina de informes del hotel. Por último regresó al *living-room* sonriendo con satisfacción.

—Ciertamente, un hombrecillo curioso —dijo—. Pero en Cleveland no hay nada parecido a la *Choctaw Pipe and The Company*. Y el departamento que hay encima del mío está ocupado por un senador que ha vivido ahí desde que sus electores se confabularon para hacerlo salir de su Estado.

—¿Entonces...?

—¡Oh, es inofensivo! —se apresuró a interrumpirle el Santo—. No creo que vuelva a molestarnos. Probablemente será alguien muy diferente de Sylvester Angert el que reciba la nueva misión.

—Pero ¿para quién está trabajando ese caballero?

—Para la misma gente, querida, que parece estar determinada a que el invento de su padre desaparezca en el olvido. Por el bien de usted, sólo espero que de aquí en adelante limiten sus actividades a cosas tales como visitas por Sylvester Angert. Pero temo que no sea así.

—¿Qué diferencia puede haber en eso? —protestó—. Si realmente quiere ayudarme... y si en realidad es como se dice en algunas de las cosas que he leído acerca de usted... debiera estar en condiciones de conseguirme una audiencia con Imberline para dentro de unos días a lo sumo.

El Santo se mesó los cabellos. La expresión maliciosa de su cara era significativa.

—Lo sé, querida —dijo—. Pero no es ése el problema. La tarea que me va a tener ocupado es la de tratar de lograr que tanto usted como su padre puedan seguir viviendo hasta entonces.



## Capítulo II

# DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR ENTREVISTÓ A MÍSTER IMBERLINE, Y DE CÓMO, A SU VEZ, FUE ENTREVISTADO

### I

**E**n la cara de Madeline apareció un cambio de expresión que comenzó con una semisonrisa y acabó en un semifruncimiento de cejas, pero, a pesar de este semifruncimiento, sus ojos pardos le miraron serenos y firmes.

—Va a darme usted lo que ha creído que yo le pedía, ¿verdad?

—Piénselo por usted misma —contestó él con paciencia—. Alguna persona ha estado lo suficientemente interesada para hacer a su padre el regalo de dos explosiones y un incendio... según lo que usted misma me ha dicho. Alguien la siguió luego lo bastante como para enterarse que deseaba ver a Imberline. Alguien también ha pensado que valía la pena llamarla y darle una falsa cita por teléfono, y enviarle luego una nota amenazadora para ver si era fácil asustarla o no. Y alguien más ha considerado que valía la pena dejarme otra nota a mí después de habernos visto hablando.

—¿No sabe usted cómo ha llegado a su bolsillo?

—No más de lo que usted de la que ha caído en su falda. Pero yo he sido empujado fuertemente en dos ocasiones, de modo que ha debido ser en una de ellas cuando me han dejado la nota. —La cara de Walter Devan y la del hombre alto que acompañaba a Imberline pasaron por la mente del Santo—. De todas maneras, usted no se ha asustado, han preparado una emboscada para atacarla en el camino. De haber tomado usted un taxi, es casi seguro que habría tenido un serio accidente en el camino.

Ella no estaba asustada ni tampoco era una tonta. Simplemente le contempló con fijeza la cara.

—¿Qué cree usted que piensan hacer ahora?

—Su suposición puede ser tan buena como la mía. Tal vez se les haya dicho que se muestren un poco bruscos para tratar de atemorizarla. Acaso no haya sido sino un rapto en debida forma. Es posible también que hayan pensado que usted podría ser usada como arma para mantener sosegado a su padre. O también que hayan pensado que usted podría decirles algo acerca del proceso industrial, si les era posible persuadirla a hacerlo. A propósito, ¿podría hacerlo?

Ella asintió.

—Es muy sencillo una vez que se conoce; y yo he estado ayudando a mi padre en su laboratorio desde que comenzó a trabajar de nuevo.

—Entonces no necesita usted preguntarme acerca de lo que esa gente puede tener planeado.

—¿No le parece que es tonto? —inquirió Madeline, mirando su vaso—. No había pensado en eso.

—Será mejor que lo piense ahora. En tiempos como estos, toda persona que pueda echar en la bañera un poco de serrín, viejos cordones de zapato, salsa de tomate y tónico para el cabello y preparar goma con ello, es cosa de vitalísima importancia. Lo único que no puedo comprender es por qué causa los del F. B. I. no les han encerrado a ustedes desde hace tiempo en una cámara a prueba de incendios.

—Puedo contestar a eso —dijo ella—. ¿Tiene usted alguna idea de cuántos inventores de goma sintética están molestando a diario a los funcionarios de Washington? Alrededor de una docena.

—Pero si la reputación de su padre es tan buena como dice...

—Todos los inventores tienen también una clase de reputación. Y para el término medio de los altos funcionarios, todo hombre de ciencia tiene algo de loco o maniático.

—¿Es que ellos no pueden comprobar la calidad de ese material de ustedes?

—Sí. Pero llevaría mucho tiempo y largos expedientes. Y, a lo mejor, no probarían nada.

—¿Por qué?

—El resultado podría ser cualquier otra clase de goma ya conocida.

—¡Pero podría ser reconocida!

—¿Cómo?

—Analizándola.

Ella rió al oírlo.

—Usted no es químico. Cualquier conocimiento orgánico o semiorgánico... como éste... es casi imposible de analizar. ¿Cómo podría explicárselo? Mire, usted podría moler las cenizas de un brazo humano y analizarlas luego. Naturalmente, encontraría una cantidad de ingredientes, pero eso no probaría si usted comenzó o no con un hombre. Sé que estoy hablando muy superficialmente, pero...

El Santo encendió un cigarrillo y lo apretó entre los labios. Éstas eran las ramificaciones en las que no tenía tiempo para pensar. Pero dentro de los límites de sus conocimientos podía comprenderlas.

Volvió a pensar en lo que entendía mejor.

—¿Patentó su padre la fórmula?

—No. Eso habría significado discutirla con abogados, funcionarios de segunda categoría y personas de todas clases. Y le repito que es algo tan simple que, si la conociera una persona indebida, todas las personas indebidas podrían conocerla. Después de todo... nos hallamos en plena guerra.

—¿No quería él ninguna protección comercial?

—Ya se lo he dicho una vez. Mi padre no necesita de dinero; no lo quiere. En realidad, tenemos una posición desahogada. Mi abuelo compró una mina de oro en California por dos mulas y una lata de carne envasada. Todo lo que mi padre trata de hacer es entregar el procedimiento a la gente debida. Pero se ha aburrido a causa de sus experiencias aquí, en Washington, y desde luego no puede ponerse a escribir una carta o llenar un formulario y hablar de ello, porque con toda seguridad habría filtraciones y llegaría a manos de malas personas.

—Yo diría que ya se ha filtrado algo —observó el Santo.

—Es posible que algunas personas tengan más imaginación que otras.

—¿No tiene usted pensado nada especial?

—Los nazis —sugirió ella, moviendo las manos—. Pero no sé cómo han podido enterarse... O los japoneses. O cualquier otra gente...

—Cualquiera, es una suposición. Ciertamente no necesitan andar con sus svásticas bordadas en su ropa interior y con órdenes de la Gestapo ocultas en sus mangas. Cualquiera que no tenga buen corazón como su padre, pero que crea en él, puede sentirse contento de tener su fórmula... acaso por el dinero. Lo que haría que la proposición resultara codiciosa —terminó con una sonrisa, y agregó—: Aun incluyendo a ese míster Sylvester Angert... el que nos ha visitado.

Dejó su vaso y se puso a caminar por la pieza, con las manos en los bolsillos y los ojos mirando por entre el humo del cigarrillo sostenido en sus

labios.

Empezaba a parecerle que la situación mejoraba. Los del F.B.I. no tendrían jurisdicción en la cosa, a menos que alguien de más arriba... acaso Frank Imberline, hiciera llamar la atención de míster Hoover<sup>[3]</sup> acerca de que la protección de Calvin Gray y su hija era un asunto de importancia nacional. Imberline podría hacerlo, agregando algo así: «Una puntada a tiempo ahorra nueve». Pero ¿lo haría? Ese personaje, que era el jefe de la *Consolidated Rubber*, ¿llegaría hasta el extremo de proteger la vida de un inventor de un procedimiento que con desperdicios podía producir goma sintética? ¿No sería posible que Imberline, como tantos otros en Washington, estuviera pensando en el final de la guerra? Walter Devan había dicho algo acerca de salvavidas, pero ¿acaso no era un hecho que cuando terminara la guerra podría comenzar la vieja lucha de antes, la lucha entre los viejos y los recién nacidos de la guerra?

Mirándolo así, Imberline constituía una incógnita y, por tanto, probablemente habría que recurrir a la policía local. Simón no sabía nada acerca de ellos; pero, aun cuando fueran extremadamente eficientes, sospechaba que también ellos se hallaban muy atareados. No sabía por cuánto tiempo podrían disponer de tres hábiles oficiales para la simple tarea de prestar guardia a Madeline Gray. En todo caso, no podrían acompañarla si salía de la ciudad.

—¿En dónde está ahora su padre? —preguntó.

—En nuestra casa... en Connecticut.

—¿En qué parte?

—Cerca de Stanford.

La policía del D. C. nada podría hacer al respecto. Y los policías de Stanford era casi seguro que dispondrían de menos agentes de que echar mano para una guardia indefinida.

—Tal vez debiera contratar usted algunos guardias de una agencia de detectives —sugirió—. Creo que ustedes podrían costearse eso.

—Sí —asintió ella, mirándolo a los ojos—. Podríamos pagar esa vigilancia.

Simón había hecho una sugerencia razonable y ella la consideraba en la misma forma. Ni siquiera su mirada fija le acusaba de estar tratando de evadirse. Él se decía que no le asistía ningún derecho de hacerlo. Era su propia conciencia. Él nada le debía. Tenía muchas otras cosas en qué pensar. Ciertamente, debía existir alguna autoridad legal ante quien ella pudiese presentar sus quejas... que él aún no conocía. De todas maneras, ¿qué base

real tenía para pensar que el invento de Calvin Gray era práctico e importante? En las oficinas del Gobierno había un sinfín de peritos altamente eficientes que eran mucho más competentes que él para juzgar sobre tales asuntos. Pero también sabía que estaba evadiéndose y se sentía exasperado consigo mismo.

—¿Cuál era su idea cuando fue usted a ver a Imberline? —preguntó.

—Llevarlo yo al laboratorio o que enviara a alguien que fuese de toda confianza. Ellos no hubieran hecho sino observar cómo preparamos la goma, todas las cantidades que quisieran para sus pruebas, y entonces hubieran podido estar seguros de que era sintética genuina.

—Pero otras personas tendrán que saberlo... si es que debe ser manufacturada en cantidades.

—Mi padre lo tiene todo bien pensado. Se podría enviar a la fábrica una docena de ingredientes guardados en tanques. Tres de ellos serían la parte vital de la fórmula. Los otros nueve nada significarían. Pero todos serían llevados a la sala de mezclas, en la que no entraría sino un hombre. Los ingredientes innecesarios serían destruidos por ácidos y dejados salir por el desagüe, de modo que no pudiera hacerse una verificación. La verdadera fórmula sería sacada por cañerías desde el cuarto de mezcla directamente a los recipientes. Un hombre podría controlar toda una fábrica trabajando sólo dos o tres horas diarias. Yo misma podría hacerlo. Pero, aun en el caso de que alguien de afuera conociera cada uno de los productos químicos llevados y usados, necesitaría años para conocer cada una de las combinaciones, proporciones y tratamiento a seguir hasta dar con lo verdadero.

Era una respuesta razonable. Pero tenía también un algo de insuficiente. Como si hubiese sido ensayado muchas veces con cuidado para contestar a preguntas indiscretas.

Aunque tal vez no era sino una consecuencia de su propio escepticismo.

Con repentina brusquedad, adoptó una decisión.

—Supongamos que se va usted a su cuarto, que se encierra con llave y no vuelve a abrir a nadie, excepto a mí.

Acercóse al escritorio, escribió una palabra sobre un trozo de papel, lo dobló y se lo entregó. Ella lo miró y asintió. Luego retiró el papel y le acercó un fósforo. Cuando se convirtió en cenizas, se sintió seguro de que nadie conocería la palabra que él diría cuando la llamase.

Existía el riesgo de que un primo de míster Sylvester Angert andase en busca de su cuarto por el pasillo de afuera, provisto también de una trompetilla para escuchar.

—¿Tardará usted mucho? —preguntó ella.

—Espero que no. Si no se opone, la acompañaré hasta su puerta.

—Se lo agradeceré mucho.

Fue con ella hasta los ascensores, subieron juntos cinco pisos y la dejó debidamente encerrada en la habitación. Aguardó hasta oír el ruido que hizo la llave al cerrar, y entonces regresó a los ascensores. Bajó al *hall* principal y durante algunos minutos estuvo mirando hacia el salón-comedor. Estaba virtualmente desierto y el hombre al que buscaba no se hallaba allí.

Luego salió del hotel y, subiendo a un taxi, se alejó por segunda vez a través de la noche.

Recostado contra los almohadones, hundió la mano en busca de cigarrillos.

—Lléveme a una calle que entre al Scott Circle —dijo al chófer—. Una que corte el círculo cerca de la numeración baja.

—¿Tiene algún número especial, patrón?

—Sí, compañero. Tengo uno en la mente, pero ¿quiere hacer como le he dicho?

—Está bien, está bien. Sólo deseaba saberlo.

Encendió su cigarrillo, preguntándose si su tosco interlocutor convencería a un director de radio en una entrevista. Se dijo que no.

El taxi llegó hasta una esquina en el borde del llamado «círculo» y el chófer se volvió.

—¿Qué le parece aquí, capitán? —preguntó.

—Está bien.

Pagó el viaje, esperó a que el vehículo se alejara y aguardó unos minutos más para estar seguro de que el hombre no era demasiado curioso. Observó las casas débilmente iluminadas del círculo y eligió una que ya había visitado esa misma noche.

Brillaba una luz en el *hall* de abajo, y otra en una del otro piso que podía ser un dormitorio. Mientras observaba, vio pasar una voluminosa sombra al otro lado de la cortina corrida. Era de tales proporciones que difícilmente podría pertenecer a nadie que no fuera Frank Imberline.

Se apagaron las luces de abajo. El Santo avanzó por la vereda hasta llegar a ver una minúscula ventana iluminada en la parte del fondo de la casa. Eso podía significar que el mayordomo negro iba a acostarse.

Moviéndose entre las sombras, Simón Templar llegó hasta la puerta del frente de la mansión, que sin duda debió ser construida como morada de

embajadores. Durante un minuto trabajó en la cerradura con un instrumento sacado del bolsillo, y la obstrucción desapareció.

«Ahora —se dijo—, si no hay timbre de alarma ni cerrojo interno, podremos ver al camarada Imberline en persona».

La casa carecía de timbre de alarma y la puerta no tenía cerrojo. Una escalera circular ascendía al piso de arriba. No se oyó el menor crujido de tablas flojas cuando empezó a subirla. Un rayo de luz que se filtraba por debajo de una puerta bastó para indicarle que Frank Imberline estaba todavía despierto.

Empujó el batiente y el Santo entró tranquilamente en el dormitorio.

Imberline estaba sentado ante un escritorio, revisando papeles. Vestía un pijama marrón dorado que por un momento hizo parpadear al Santo. Cuando penetró, el ruido de su pisada hizo volver su pesada cabeza hacia él y sus ojos se abrieron desmesuradamente. Su cara rojiza palideció visiblemente.

—¿Quién es usted? —preguntó con voz quebrada.

—No se alarme, míster Imberline —contestó el Santo con suavidad—. No soy un asaltante, ni tampoco un indignado contribuyente que llega con malas intenciones.

—¿Quién demonios es entonces y qué busca aquí?

—Mi nombre es Simón Templar y he venido a hablarle un momento.

—¿Cómo ha entrado?

—Entrando, simplemente —respondió el Santo—. Por la puerta del frente.

—¡La ha violentado!

Simón meneó la cabeza.

—No he violentado nada —dijo con candidez—. He utilizado una de mis pequeñas tretas en la cerradura. Realmente no he causado el menor daño.

Imberline dejó escapar un ronco gruñido.

—¡Esto es... esto es...!

—Lo sé —le interrumpió el Santo—. Lo sé. Hubiera tenido que solicitar una audiencia por los medios habituales y llenar media docena de formularios en quintuplicado. Pero, después de todo, estamos en guerra... para repetir la frase... y se me ha ocurrido que, procediendo así, nos ahorraríamos unos cuantos meses antes de encontrarnos el uno con el otro.

La cara de Imberline volvió a su color. El colorido pijama le daba un aspecto singular.

—Tiene usted que saber —dijo en tono medio ahuecado— que tácticas tan arteras como la suya deben ser puestas en conocimiento de las

autoridades. ¡No estoy dispuesto a dejarme intimidar por un hombre solo!...

—Ya lo ha dicho antes —le recordó cortésmente el Santo.

—Bueno... ¿qué demonios quiere?

—Hablarle acerca de un hombre que ha inventado un proceso para goma sintética. Un tal Calvin Gray.

Imberline enarcó las cejas sobre sus pequeños ojos.

—¿Qué hay acerca de Calvin Gray? —preguntó.

—Me hallo interesado en el proceso de míster Gray —contestó el Santo—, y me pregunto por qué causa ese caballero no logra ser escuchado por usted.

Imberline movió una carnosa mano en un gesto desdeñoso.

—Es un tonto, míster... Templar —dijo—. Un iluso, pura y simplemente. Por lo que he oído, dice que puede fabricar goma con ruibarbo o algo parecido. Desde luego, eso es imposible. Espero, señor, que no haya invertido usted dinero en tal invento.

—Un tonto y su dinero pronto quedan separados —repuso sabiamente Simón.

—Sí —murmuró Imberline—. Ciertamente. ¡Pero esta audaz entrada a mi casa, la casa de un hombre es su castillo, usted lo sabe, no tiene ninguna excusa!

Abandonó su silla junto al escritorio y se inclinó sobre el mueble. Retiró un grueso cigarro de una caja y lo hundió en su boca. Los ojos de Simón le miraron con atención. Pero la mano de Imberline no se movió hacia cajón alguno en donde pudiera tener un arma. Caminó por la estancia y fue a dejarse caer sobre un sillón.

—Bien —dijo sin quitarse el cigarro de la boca—. ¿De modo que ha violentado usted la entrada para venir a hablarme del invento de Gray? Podría hacerlo arrojar o hacerlo arrestar, pero en lugar de ello escucharé lo que me diga.

—Muy amable de su parte —murmuró Simón—. Una buena respuesta siempre suaviza las asperezas.

—¿Qué es lo que quiere saber? —preguntó Imberline con rudeza—. Soy un hombre ocupado y los minutos cuentan.

—Mientras que ni el tiempo ni la marea esperan a hombre alguno.

—Entre en materia. ¿Por qué ha venido aquí?

Simón se llevó un cigarrillo a los labios y accionó su encendedor. No podía dejar de notar los ojos vivos de Imberline observando cada uno de sus



movimientos. Lanzó una gran bocanada de humo y se sentó sobre el borde de la cama.

—¿Ha visto usted alguna vez el producto de Gray? —inquirió.

—Una... o dos veces.

—¿Cuál es su opinión?

Si hubiera sido posible que los voluminosos hombros de Frank Imberline se encogiesen, así lo habrían hecho.

—Se trata de algo que puede ser sintético... aunque más bien creo que es algo que podría estar hecho con goma, hábilmente disimulada.

—Supongo que usted lo habrá investigado detenidamente.

—Mandé que mi personal lo hiciera. Sus informes han sido malos. Ese Gray estuvo semanas enteras tratando de verme, hasta que finalmente se cansó. He sabido que su hija está en la ciudad, intentando hacerme perder más tiempo.

—¿No ha tenido usted una entrevista con ella?

—Ciertamente que no. El día no tiene sino muy pocas horas...

—Y la semana siete días.

—Joven —dijo míster Imberline imperiosamente—, soy un servidor público. Tengo el más humilde respeto por la confianza que se me ha otorgado, y mi responsabilidad diaria consiste en estar seguro de que ni una sola hora... ni un solo minuto de mi tiempo van a ser malogrados en cosas por las cuales la comunidad no puede beneficiarse.

—Por casualidad, ¿no se había citado usted con ella para esta noche y ha llegado a olvidarse? —preguntó Simón, sin parecer afectado por las palabras que estaba oyendo.

—¡Desde luego que no! Jamás olvido una cita. La puntualidad es don de los príncipes...

—Realmente debiera verla. Es algo que vale la pena de mirar.

Pareció asomar un destello de interés en los ojos de Imberline.

Luego sonrió ligeramente.

—Conque agradable a los ojos, ¿eh?

—Mucho. Pero, volviendo al invento de Gray... tengo entendido que usted no ha visto ninguna demostración...

Imberline sacudió la cabeza.

—No. Soy un hombre ocupado. No puedo moverme de un lado al otro del país para asistir a las manipulaciones de cualquier loco iluso. Vi su muestra y dije a mi personal que la analizara. Eso es todo lo que me fue posible hacer. Hasta usted mismo debe comprenderlo.

Los ojos de Simón se quedaron mirándolo pensativo por entre las nubes de humo. Empezaba a sentir una extraña sensación acerca de esta entrevista, que en nada se parecía a lo que había esperado. Frank Imberline resultaba tan pomposo y extraño como un sapo con un megáfono. Su manera de pensar parecía estar hecha de resonantes clisés, y los pronunciaba en todo momento como si estuviera hablando ante un público numeroso en una plaza. Sin embargo, desde el comienzo su reacción ante la presencia de Simón había sido de positiva indignación y no de temor. Claro que la mano del Santo no había blandido un cuchillo debajo de sus narices ni tampoco había hecho ruidos amenazadores. Pero el Santo había confesado con toda calma haber cometido un acto técnico de delincuencia, y cualquier ciudadano normal habría considerado a tal intruso por lo menos como una cosa peligrosa. Bueno, tal vez Imberline era uno de esos hombres demasiado obtusos para estar sujetos al temor ordinario. Pero, en tal caso, ¿por qué no pedía ayuda para hacer arrestar a Simón?

¿Porque estaba hondamente temeroso de que el Santo tuviera ocultas intenciones? ¿O bien era otra la razón?

Ahora estaba observándolo detenidamente. Se quitó el cigarro de la boca y le mordió la punta.

—Me ha dicho usted que esa miss... Gray, es una joven muy atractiva, ¿verdad?

—Lo es.

—Oiga, joven, le voy a hacer una pregunta.

—Hable.

—¿Existe alguna razón romántica para que usted muestre ese interés?

El Santo movió negativamente la cabeza.

—Ninguna.

—¿Ha invertido usted dinero en ese supuesto invento?

—No.

Imberline rascó un fósforo y lo acercó al cigarro.

—Entonces —dijo, después de arrojar una densa bocanada de humo—, ¿con qué objeto ha venido aquí?

—Es una pregunta correcta —contestó el Santo—. Tengo ciertas razones propias para creer que ese invento puede tener en sí algo más de lo que usted imagina. Si es así, me hallo tan interesado como cualquier otro ciudadano en desear que se haga algo al respecto. Si hubiera alguna engañifa en la cosa, entonces tendría también mi interés... pero desde otro punto de vista.

Y desde dicho punto, me sentiría mayormente interesado si el invento fuera realmente bueno y existiera una potente y bien organizada campaña con el propósito de impedir su materialización.

—¿Por qué?

—Ya le he dicho mi nombre. Acaso me conozca mejor si le digo que soy... el Santo.

El cigarro de Imberline se movió en su boca al ser mordido con fuerza por sus dientes. Sus ojos miraron nuevamente hacia arriba. Pero no se notó cambio en el color de su florida cara. No... Frank Imberline, con o sin conciencia culpable, no se atemorizaba por las sombras. Miró francamente al Santo, sin parpadear y arrojando el humo por un costado de la boca.

—Es usted un delincuente —dijo.

—Si pone tal cosa por escrito —replicó el Santo con toda calma—, tendré sumo placer en demandarlo por calumnia. No existe ni un solo cargo legal que me pueda ser hecho... fuera de este pequeño asunto de introducirme esta noche en su casa.

Imberline hizo un breve gesto de impaciencia.

—Sí, tengo entendido que ha sido usted muy hábil. Y también he leído algo acerca de sus motivos como Robin Hood. Pero sus métodos, señor, no son los aprobados por nuestra constitución democrática. El fin no justifica los medios. Ninguna persona tiene derecho a aplicar la ley con sus propias manos. El mantenimiento de nuestras instituciones y nuestra manera de vida, señor, se apoyan sobre la subordinación del prejuicio privado a los procedimientos autorizados de nuestros tribunales.

Dio a sus palabras una bella rotundidad oratoria, deteniéndose como para dejar que se apagara el aplauso de la invisible audiencia.

—Sin embargo —continuó—, su sugerencia respecto a que mi Departamento pueda hallarse influenciado por algo que no sea en pro de los mejores intereses del país, resulta insultante e intolerable. Voy a demostrarle que habla usted sin saber.

—Bien.

—Traiga a esa miss Gray a verme, y le probaré a usted que, si en realidad el asunto merece la pena, tendrá una oportunidad para presentarlo.

Simón apenas pudo dar crédito a sus oídos.

—¿Es verdad lo que me dice?

—¿Por qué demonios lo pone en duda? ¡Naturalmente que lo es! No es que esté condenando su conducta, pero sé cómo poner punto final a la especie de rumor que ha mencionado usted.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—No. Mañana por la mañana saldré para Nueva York y Akron por asuntos del Gobierno. Venga en cuanto esté de regreso. Dentro de un par de días. Esté en contacto con mi oficina.

El Santo continuaba mirándole con una sensación de incredulidad, como si en su mente bulleran mil preguntas encontradas. Sus ojos azules se mostraban fríos e inescrutables, pero por detrás de la máscara de su cara pensaría esa extraña perplejidad. Si era una treta para alejarlo y mantenerlo tranquilo por un par de días, mientras se aceleraban algunas otras maquinaciones, la cosa continuaba siendo de interés. Sin embargo, no le quedaba más remedio que esperar. Imberline parecía haber arriado sus velas. Pero, si no se trataba de una treta... Simón encontró que le dolía la cabeza ante la nueva situación... pues no atinaba a saber si era un engaño o no.

—¡Ahora salga usted de aquí! —dijo Imberline desafiante.

No quedaba otra cosa que hacer.

Simón se puso de pie y apretó su colilla en el cenicero, confiando en que su impasibilidad tuviera la suficiente sugerencia de amenaza pospuesta y de mangas con cosas ocultas. De ese modo esperaba que pasara inadvertida la impotente confusión de su mente. Por vez primera en su vida, sentía que no tenía una sola respuesta al enigma.

—Gracias —dijo, y acto seguido abandonó la habitación.

Salió por la puerta del frente y cruzó el césped en sentido diagonal en dirección a la calle. Avanzó silenciosamente por entre las negras sombras arrojadas por los árboles.

Acababa de salir de las sombras más espesas cuando tropezó contra alguien a quien cogió desprevenido a causa de haberse acercado como un felino. El hombre se irguió, chilló y desapareció como un conejo asustado. Pero, aunque se esfumó en el tiempo de un parpadear de ojos, el Santo supo de quién se trataba. Era el curioso hombrecillo llamado Sylvester Angert.

## II

Simón Templar regresó a pie al Shoreham, consciente siempre del movimiento de las sombras que le rodeaban. Sabía que se hallaba más que expuesto a un disparo, pero tenía la idea de que no había nadie que deseara matarlo... todavía. Podían asesinar a Madeline Gray y a su padre, pero no antes de obtener la fórmula por medio de alguno de los dos. Él mismo era un

estorbo, pero no totalmente justipreciado aún; y era muy difícil que las fuerzas que estaban actuando contra los Gray complicaran su problema con una investigación policial, hasta que no se hallaran convencidas de que no les quedaba otra alternativa.

Sus cálculos eran un tanto optimistas, como muy pronto había de quedar demostrado.

Madeline Gray le abrió la puerta cuando él pronunció la palabra convenida, y casi se rió ante la expresión de sus ojos.

—No soy un fantasma que vuelve —dijo—. Vayamos abajo, que la invitaré a tomar otro trago.

Bajaron a su piso y esperó hasta que ella se acomodó en el sofá con los pies hacia atrás y el vaso de *whisky* en la mano.

—Acabo de ver a Imberline —dijo entonces sin ningún preámbulo.

Madeline abrió la boca y se le quedó abierta en un gesto de asombro e incredulidad. Simón tuvo tiempo de encender un cigarrillo antes de que la hubiese cerrado.

—¿Cómo?

—Me he introducido en su casa, simplemente. Tal vez en forma ilegal, pero de pronto me ha parecido que era la mejor manera de ahorrarse tiempo y antesalas —explicó el Santo con una ligera sonrisa al recordar su descaro. Luego, sin cambiar de expresión, agregó—: Me ha dicho que su padre es un iluso maniático.

Sus ojos se clavaron en los de ella, y en el acto notó en ellos el resentimiento. Al mismo tiempo, una expresión de furia ensombreció su bella cara.

—Ya le he dicho que míster Imberline jamás ha visto una demostración del procedimiento de mi padre. No se ha atrevido debido a lo que nuestro invento puede llegar a significar para el negocio de goma natural una vez terminada la guerra.

—Según él, ordenó a su personal que investigara eso.

—¡Su personal! —replicó ella con ironía—. ¡Sus secuaces! O acaso algunos otros hombres con sus propias hachas que afilar. Mi padre estuvo con ellos y no quiso hablarles después que le pidieron ver la fórmula antes de disponerse a presenciar una demostración. Ya le he dicho a usted que es una persona de muy poco tacto. Desde el principio sospechó de los hombres de Imberline, y no se anduvo con miramientos para arrojarlos del laboratorio cuando llegaron a Stanford.

—Por otra parte, Imberline ha prometido recibirla, si yo la acompaño.

Nuevamente volvió a aparecer la expresión de incredulidad en sus ojos.

—¿De verdad le ha dicho eso?

—Sí. Para dentro de un par de días. En cuanto regrese de un viaje que emprenderá mañana.

Madeline respiró con rapidez dos veces, y luego preguntó:

—¿Cree que es eso lo que ha pensado?

—Es posible. No tenía por qué decirlo. Hubiera podido ponerse a gritar pretextando un asalto. También hubiera podido amenazarme con apelar a la policía o decirme que me fuera al mismísimo infierno. Pero ni siquiera lo ha intentado.

Madeline depositó su vaso sobre la mesa baja que tenía ante sí y se frotó las manos como si las sintiera entumecidas. Sus labios temblaron, y la voz que salió de ellos tuvo un temblor parecido.

—Yo... yo no sé qué decir. Ha sido usted tan maravilloso... es tanto lo que ha hecho... para que todo parezca tan fácil. Me siento una estúpida. Yo... yo no sé si debo besarle o ponerme a llorar o qué hacer. Ni siquiera sé en qué forma creerle.

Simón asintió con la cabeza.

—Ése —dijo llanamente— es mi problema.

—¿Qué ha hecho usted para persuadirlo?

—Muy poco. Ha sido demasiado fácil.

—Bueno, ¿por qué cree que lo ha hecho?

—Quisiera saberlo —contestó él mirando al cigarrillo—. Ha podido temer un revuelo... pero no me ha parecido asustado de nada. También puede que sea muy hábil y astuto y haya pensado en prepararse para asestar un golpe en contestación. Igualmente está dentro de lo posible que se halle bajo las órdenes de alguien más, y haya querido ir a ver a su jefe para recibir órdenes acerca de lo que debe hacer. También cabe que tenga un complejo de califa y haya procedido así para crear una ficción y demostrar lo gran demócrata que es. Todo ello parece posible. Y al mismo tiempo ninguna de tales excusas logra convencerme. Por eso me siento intrigado; y he de agregar otra cosa más.

—¿Cuál?

—¿Cuánto de esa persecución contra usted y su padre es real? —preguntó él entonces—. ¿Cuánto hay de imaginación... cuánto de verdad y de falso?

La expresión de los ojos de ella denotó que se sentía realmente herida.

—Después de todo esto... ¿aún puede usted estar pensando en eso?

La miró con naturalidad, tratando de persuadirse que él habría podido tomar la misma decisión si ella hubiese sido obesa, hubiese contado cincuenta años y hubiese tenido dientes cariados y una nariz abultada.

Luego dejó de mirarla. Se aproximó a la ventana y contempló el panorama de luces que parpadeaban más allá de los jardines y el Park... «¡Ping!»

El cristal quedó convertido inmediatamente en una telaraña alrededor de un orificio redondo, y casi en el mismo instante se oyó el golpe de la bala al chocar contra la pared un poco por encima de su cabeza.

Probablemente ya estaba en movimiento cuando lo oyó, porque sus impresiones parecieron notarlo un poco más tarde. Y para entonces ya había dado la vuelta y estaba con la espalda contra la pared que había entre las dos ventanas, mirando la cara pálida de Madeline con aquella incorregible sonrisa de sus ojos.

—¡Cielos! —exclamó—. ¡Si hasta los mosquitos de Washington sienten la fiebre de la guerra! Deben estar entrenándose para ser bombarderos en picado.

Madeline Gray miró a la pared opuesta, hacia donde la mirada de él se había vuelto también en busca del rastro del impacto. Después de un par de segundos, ella pudo hallar nuevamente su voz.

—Alguien le ha hecho un disparo —dijo, y sus palabras parecieron como si supiera que era la única cosa tonta que podía ser dicha en aquellos momentos.

—Ésa sería otra teoría —confesó él.

—Pero ¿desde qué parte?

—Desde los jardines o el Park. Desde luego, han debido estar vigilando mi ventana. Me temo que con los años esté volviéndome descuidado.

Se movió cautelosamente hacia el borde de la cortinilla y la bajó todo lo que le fue posible. Luego hizo lo mismo en la otra ventana. Después de eso, se sintió libre para moverse.

—¿No va a ir a buscarlos... o a hacer algo?

—No soy un superhombre, querida —contestó él con una sonrisa—. Para cuando llegara abajo, ellos estarían ya a muchas manzanas de distancia. Debía haber... cuando menos he sido advertido una vez —agregó y su cara se serenó—. Pero me parece que los enemigos están ofreciendo una contestación. Si todo esto es una locura, ciertamente que se trata de un juego muy complicado.

Los ojos de Madeline se encontraron con los suyos y en su mente bulleron mil pensamientos encontrados.

Luego, en el silencio que se produjo, se oyó sonar el timbre del teléfono. Simón se acercó al aparato y lo descolgó.

—Soy miss Brown, de la *Associated Press* —dijo—. He sabido que estaba usted en la ciudad y me he preguntado si no se molestaría al pedirle una entrevista.

La voz que hablaba era suave y atrayente, muy agradable, pero Simón Templar había oído en otras ocasiones muchas voces especializadas.

—No sé por qué causa podría entrevistarme usted —contestó—. Tengo treinta y cinco años y pienso que Edgar J. Hoover<sup>[4]</sup> es maravilloso. Creo que aquí se bebe bien, me gustaría que todo el mundo comprara Bonos de Guerra, y soy alérgico a las vitaminas. Aparte de ello, nada tengo que decir al mundo.

—Sólo le entretendré unos pocos minutos; y, si no quiere, no necesita contestar mis preguntas.

—Llámemme usted mañana y veré qué se puede hacer —sugirió él, diciéndose para sus adentros que mandaría que su teléfono fuera incomunicado.

—¿Es que está ya en la cama?

Las cejas del Santo se arquearon ligeramente, pero volvieron a su estado normal casi en seguida.

—Cuando yo era una jovencita, ésa habría sido considerada una pregunta bastante personal —respondió.

—Me hallo en el *hall* de abajo —dijo la voz—. ¿Por qué no terminamos esta noche con la entrevista? Le prometo que podrá arrojarme de su habitación en cuanto haya tenido bastante.

Y fue entonces cuando la última vacilación del Santo hizo reventar una serie de burbujas. En el mismo momento se preguntó cómo podía haber estado perdiendo tanto tiempo con ellas.

Porque las jóvenes reporteras de la vida real no llegan tan presurosas hasta el *hall* del hotel de su víctima antes de haber pedido con anticipación una entrevista. Ni tampoco los periodistas insisten en celebrar una entrevista común a mitad de la noche. Ni utilizan una voz agradable y ligeramente sugestiva para llegar a la presencia de una persona de poca voluntad.

La sublime certidumbre de su intuición creció en torno suyo con la grandeza sinfónica de una buena orquesta. La decisión le fue quitada de las manos. Había podido resistir la tentación durante un cierto tiempo, pero había un límite hasta el cual podría ser llevado. La nota hallada en su bolsillo había sido bastante. El encuentro con los raptores un poco peor. Los episodios de mister Angert y mister Imberline habían sido en sí una agravación más. El ser



tiroteado estando junto a la ventana, resultaba casi una gruesa provocación, aunque él fuese de mente tan abierta como para confesar que había cometido una falta al ofrecerse como blanco. Pero esto... esto era ir demasiado lejos.

—Está bien —dijo con tono que denotaba resignación—. Puede usted subir.

Colgó el aparato con suma suavidad y, sonriendo, se volvió a mirar hacia la muchacha.

—Vuelva nuevamente a su cuarto, Madeline —dijo; y por vez primera en la noche el alegre abandono de su vida pareció revivir y sonreír en el tono de su voz—. Prepare sus cosas. Esta misma noche partiremos hacia Connecticut.

Ella le miró con ojos azorados.

—¡Pero yo tengo que ver a míster Imberline!

—La traeré aquí en cuanto hayamos concertado una cita genuina. Pero eso no será mañana. Mientras tanto, no puedo estar al mismo tiempo en dos partes. Y es posible también que su padre necesite ser cuidado —agregó—. No se moleste por esos detectives privados. Yo estoy en venta... si todavía quiere comprarme usted.

Madeline rió por entre sus labios entreabiertos.

—¿Es usted muy caro?

—No, si usted compra el *whisky* al por mayor. Y ahora, no pierda tiempo. La misma palabra de contraseña está en vigor. En cuanto haya terminado con esta inoportuna visita, volveré a su lado.

Tomándola por el brazo la condujo hasta la puerta.

—¿Qué llamada ha sido ésa? —preguntó ella—. ¿Cómo sabe que no le va a pasar nada?

—Eso mismo es lo que quiero saber —contestó él—. De nada valdría ocultarla a usted en un sótano. Pero estoy firmemente convencido de que no me hallo destinado a morir en Washington. Al menos, no esta semana... Bueno, nos veremos pronto, querida.

Por un momento Madeline se mantuvo en la entrada, mirándole; y luego, repentina y rápidamente, le besó.

Acto seguido se retiró.

Simón volvió al dormitorio, abrió una maleta y retiró de ella una automática. Se estiró ligeramente y regresó al *living-room*, en donde se puso nuevamente la chaqueta. Parecía una rutina ligeramente melodramática; pero la única razón por la que Simón Templar había llegado a vivir hasta convertirse en una leyenda y no ser un nombre sobre una lápida mortuoria, se debía a que nunca había descuidado el tomar precauciones ligeramente

melodramáticas. Y en el mundo complejo y pecaminoso en donde pasara la mayor parte de su vida, no existían garantías de que, cuando una agradable voz femenina hablaba por teléfono, no sería una persona femenina la que apareciera en el umbral al sonar el timbre de la puerta.

Tuvo justamente tiempo para encender otro cigarrillo y servirse un nuevo trago antes de que llegara la crisis en potencia.

Abrió la puerta con la mano izquierda, colocándose a un costado al hacerlo. Pero no era sino una mujer joven que parecía estar de acuerdo con la voz agradable oída poco antes por teléfono.

Tendió un brazo por la abertura y cerró la puerta detrás de ella. Acto seguido hizo girar prestamente la llave en la cerradura.

Después de eso, la siguió cautamente al *living-room* y allí se detuvo a observarla con mayor detenimiento. Era alta, con la grácil curvatura que denota que difícilmente hay margen entre la perfección y el exceso. Hasta ahora se hallaba dentro del precario límite de ese estrecho margen, de modo que su silueta resultaba grata de contemplar. Su cara era clásicamente bella, sin defecto alguno en su tez de color aterciopelado. Sus cabellos eran rubios, y sus ojos, ligeramente azules, le daban una expresión de apasionada vaguedad.

—Muy bien, hermosa —dijo el Santo—. Como tengo prisa, será mejor que hagamos fáciles las cosas. ¿Quién la ha enviado aquí y de qué se trata?

### III

La cara de ella denotaba inocencia.

—No comprendo. Se me ha dicho que consiguiera una entrevista...

—Ahorremos tiempo —la interrumpió él con paciencia—. Sé que no es usted de la *Associated Press*, y que posiblemente tampoco se llama Brown... pero ése es un detalle menor. Puede fingir lo que quiera y hablar desde ahora hasta el desayuno, pero no avanzará mucho. Por eso le digo que comencemos por el principio.

Ella le miró con una calma absoluta.

—Parece que tiene usted métodos directos, ¿no es cierto?

—¿No cree usted que el infierno se presenta de improvviso?

Ella miró serenamente en torno suyo y observó las provisiones alcohólicas que había sobre la mesa. El Santo tuvo la sensación de que no había escapado a su mirada el vaso medio vacío dejado por Madeline Gray.

—Supongo que no le agrada­rá ofrecerme un vaso.

Sin con­te­starle, sirvió un vaso y se lo ofreció.

—¿Y un cigarrillo?

Le tendió uno y luego lo encendió.

—Ahora —dijo— ha tenido usted bastante tiempo para preparar su historia, de modo que ha de ser buena.

—Puesto que es usted tan listo... debería estar en condiciones de decírmelo.

—Muy posiblemente —con­te­stó. Encendió otro cigarrillo y añadió—: Es usted un agente del Eje, una delincuente privada o una poca cosa cualquiera. Puedo imaginar los nombres que quiera, pero será lo mismo. De vez en cuando lle­go a pensar en una tercera posibilidad, pero últimamente me he vuelto escéptico.

—Su modo de enfocar las cosas me resulta muy interesante. ¿De modo que me hallo aquí... por ser agente del Eje o una delincuente privada?

—Eso es más difícil de saber. Pero siempre puedo pensar en las posibilidades. Ha venido aquí para eliminarme... con o sin cooperación externa... o para obtener de mí algunos informes. Es cierto que hay ángulos agradables en ambas ideas, así como también algunos más rudos. Podíamos estar aquí toda la noche haciendo preguntas y combinaciones. El hecho es que tengo curiosidad por saber qué plan se trae usted.

—¿Y si no se lo dijese?

—Tendríamos que imaginarlo —repuso él con cierto cansancio—. Hable usted. Deme algo en que basarme.

La muchacha echó la cabeza hacia atrás, mostrando unos dientes tan regulares como una sarta de perlas.

—Creo que es usted hermoso —dijo.

—Gracias.

—Habla como me imaginaba que lo haría.

—Eso debe ser un gran alivio.

—Me parece sumamente excitante.

—Bien.

—Pero me temo que le voy a resultar una gran desilusión.

—¿De veras?

—Temo no ser sino una persona sin grandes condiciones.

Simón continuaba mirándola desapasionadamente.

—Le adoro —dijo ella.

—También yo me adoro —repuso él—. Pero, hábleme de usted.

—Mi nombre es Andrea Quennel.

El nombre le hizo el efecto de una reacción química; sintió como un repentino enfriamiento. Con un descuido casi irreal observó la mano izquierda de la muchacha. No lucía anillos. Tendió la mano hacia ella y, arrebatándole el bolso, lo abrió. Encontró un estuche con sus iniciales, y no siguió buscando.

—¿Satisfecho? —inquirió Andrea.

—Debe ser usted la hija de Hobart Quennel —dijo Simón.

—Justamente. Hemos llegado cuando míster Devan estaba a punto de partir después de haberlos dejado aquí. Nos ha hablado de lo que ha ocurrido. No había pensado nada acerca de su nombre; pero, como yo soy un alma romántica, me he preguntado casi en el acto si no se trataría de usted. He indagado en conserjería y he comprobado que estaba en lo cierto.

Parecía sentirse muy satisfecha consigo misma, y a la vez muy cómoda.

—Pero eso no me dice por qué causa tenía que verme en esta forma.

—Deseaba conocerle. Porque desde hace años estoy loca por usted.

—¿Por qué ha fingido ser una reportera?

Ella se encogió de hombros.

—¿Acaso no lo ha dicho usted mismo? Soy una mediana nulidad. Por eso es por lo que no he querido que todo el mundo supiera lo insignificante que soy. Creo que hubiera podido pedir a míster Devan que lo llamase con alguna excusa y así habría podido conocerle, pero he querido dejarle ver que no he perdido del todo la cabeza, ya que, después de todo, él trabaja para mi padre. Y si yo le hubiese llamado diciéndole que me moría de ganas de verle, estoy segura de que usted habría enviado al detective del hotel. Por eso he pensado que no era tan tonta —agregó con cara completamente inexpresiva—. Ahora ya no lo creo así. Y lo siento.

Sus vagos ojos claros le miraron un momento más; y luego se puso de pie.

—De todas maneras, le he conocido. Es algo que valía la pena... Ahora lo dejaré tranquilo.

Simón la miraba. La curiosa inmovilidad interna que se había apoderado de él al decirle ella su nombre, habíase esfumado por entero, pero en forma imperceptible, de modo que apenas había notado el cambio. Su cerebro volvía a estar vívido ahora, como si todas sus células hubiesen estado funcionando como sujetos coordinados, como abejas en un panal.

—Siéntese, Andrea, y termine de beber su vaso.

Ella se sentó con expresión de sorpresa, como si alguien la hubiera empujado. El Santo sonrió.

—Después de todo —murmuró— es usted audaz, de modo que la excusaré. Además, se me ha ocurrido que quizá alguno de estos días podrá hacer usted algo por mí.

—¿De veras? —preguntó, abriendo mucho los ojos—. Haría cualquier cosa. ¡Pero usted se mofa! ¡Jamás podría suceder nada tan maravilloso!

—¡No esté tan segura!

—¿Sucede eso con frecuencia?... Quiero decir que perfectos desconocidos hagan algo por usted.

—No a menudo. Pero sí a veces. De todas maneras, puede que para entonces no seamos desconocidos.

—Espero que no —dijo ella con suavidad, y parpadeó—. No lo lamentaría —agregó.

—¿Qué hace usted... trabajar también para la *Quenco*?

—¡Oh, no! Soy muy estúpida. No hago nada. Realmente, soy una persona muy inútil. ¿Qué es lo que quiere que haga por usted?

—Se lo diré cuando llegue el momento.

—Espero que se trate de algo excitante.

—Tal vez lo sea.

Andrea se inclinó hacia delante y le observó con atención.

—Dígame... ¿por qué ha pensado que podía ser una agente del Eje? ¿Acaso estaba esperando a uno?

—No es improbable —contestó él cuidadosamente.

—¿Trabaja acaso en algo del Servicio Secreto? Y esos hombres con los que ha tenido que luchar esta noche... No, espere —agregó, frunciendo el ceño. En cierto modo, aun cuando dijera que era estúpida, parecía como si fuera inteligente y pensara— Míster Devan no ha pensado sino en un atraco. Pero él conocía a esa joven a quien ha salvado usted. Me refiero a Madeline Gray. Como verá, tengo una memoria como un loro. Su padre es un farsante. ¡Goma sintética! ¿De modo que la Gestapo o alguna otra entidad quiere hacerse cargo de eso? Pero, como usted los cuida, nada conseguirán. ¿De manera que ha pensado que ellos enviaban a alguien para quitarle de en medio? ¿Qué me dice ahora?

Simón arrojó al aire un anillo de humo.

—No está del todo mal.

—¿Le parece?

—No puedo contestar a todo eso. Madeline Gray, sí. El padre fabrica goma sintética, sí. Han tratado de raptar a la hija, sí. Pero quién y por qué... eso constituye algo como para pensarlo lentamente.

—¿Ha sido por eso por lo que me ha preguntado si era un agente del Eje o una delincuente común? —preguntó ella maliciosamente.

La contracción de sus labios y sus cejas decía mucho.

—¡Hermoso tiempo el que tenemos! —exclamó él.

—Pero usted se cuida de ella.

—Sí, la cuida —respondió Simón, sin el menor asomo de énfasis o cambio de tono.

—Está bien —repuso ella—. No debo beber —agregó mirando el vaso vacío—. ¿No podríamos ir a bailar a alguna parte? —preguntó de pronto.

—No —contestó el Santo, apartándose de la silla contra la cual se apoyaba—. Lo siento, pero debo preparar algunas cosas. Tengo que viajar.

—¿Quiere decir que sale de Washington?

—Sí.

—¿Cómo nos vamos a conocer mejor el uno al otro?

—¿Cómo podría encontrarla a usted?

—Llamando a la oficina de mi padre en Nueva York. Su secretaria siempre sabe en qué parte estoy, pues él habla con ella todos los días. Yo misma le pediré que se lo diga a usted.

—En tal caso, será muy sencillo.

—¿A qué parte marcha usted?

Simón pensó un momento antes de contestar.

—Iré a ver a Calvin Gray, y llevaré conmigo a Madeline. Ya le he dicho que estoy cuidándome de ellos. Iría a bailar con gusto con usted, Andrea, pero esto es cuestión de negocios.

—¿En qué parte vive él?

—Cerca de Stanford, en Connecticut.

—Nosotros tenemos una propiedad en Westport —dijo ella con lentitud.

—En tal caso, podemos encontrarnos alguna vez —sonrió el Santo.

La condujo hasta la puerta, y cuando ella se fue volvió al interior, se sirvió otro vaso y lo vació antes de acercarse al teléfono. Tuvo que llamar a tres o cuatro números antes de dar con el hombre que deseaba.

—¡Hola, Ham! —dijo—. Habla Simón. Siento molestarte, pero parto de viaje por unos días. Deseo un avión particular para aterrizar en el campo más próximo a Stanford. ¿Puedes hacerlo? Estaré en el aeropuerto dentro de una hora.

—¿No te parece que quieres mucho?

—Nada más que uno de esos hermosos aparatos de que dispones, camarada... ¡Ah, otra cosa más!

—Supongo que también quisieras que fuera Eleanor a verte partir.

—Necesito algunos prontuarios. Todos los que puedas conseguir... incluso algunos malos. Me los remites por correo a Lista de Correos, Stanford. Anota los nombres: Calvin Gray, químico investigador; un sujeto llamado Walter Devan, que trabaja para la *Quenco*. —Encendió un cigarrillo y añadió—: También Hobart Quennel, y su hija Andrea.

Colgó el aparato y durante algunos momentos permaneció sentado fumando en silencio y observando cómo el humo ascendía desde sus labios.

Poco después entró en el dormitorio y se puso a arreglar su maleta, canturreando por lo bajo mientras se movía de un lado a otro. Casi había terminado, cuando volvió a oírse el timbre del teléfono y descolgó sin demora el aparato.

—*Washington Ping Pong y Priority Club* —dijo.

—Soy Madeline Gray —contestó ella—. ¿Sigue aún ocupado?

—No.

—¿Puede venir a verme o debo bajar yo?

No necesitaba ser tan sensitivo como para notar el tono poco natural de su voz.

—¿Ocurre algo? —preguntó con suavidad—. ¿O no puede hablar ahora? Diga únicamente «Sí» o «No».

—¡Oh, sí, puedo hablar! No hay nadie aquí. Tal vez soy demasiado tonta. Pero... —La pausa fue demasiado prolongada. Luego añadió, con voz nuevamente fría—: He estado tratando de telefonar a mi padre para hacerle saber nuestra ida. Pero me informan que no contesta.

Simón se tendió sobre la cama y dejó caer sobre la alfombra la ceniza de su cigarrillo.

—Puede que haya ido a un cine o haya salido con algunos amigos a analizar el alcohol en alguno de los bares locales.

—Jamás sale por las noches. Odia hacerlo. Además, él sabía que yo le telefonaría esta noche. Iba a hablarle en cuanto hubiera visto a Imberline. Nada en el mundo hubiera podido hacerle salir hasta haberse enterado de ello. ¿O cree usted que me he llegado a asustar demasiado?

El Santo estaba tendido de espaldas y miró el cielo raso, sintiendo un ligero escalofrío en la espina dorsal y un cosquilleo en la base de la nuca.

## IV

Simón Templar controló mecánicamente la hora de su reloj cuando el avión Beechcraft descendía sobre la pista en el aeródromo de Armonk. Una hora y quince minutos desde Washington era un buen tiempo, aun con un viento favorable de cola. Confiaba en que su apresuramiento no habría exigido demasiado desgaste a la maquinaria.

El piloto que debía conducir de regreso el avión, y que durante todo el viaje no había hecho ninguna pregunta tonta porque se le había enseñado a obrar así, dijo: «Buena suerte». Simón sonrió y le estrechó la mano. Luego condujo a Madeline Gray hacia el automóvil que él había pedido fuera a esperarles.

Al doblar al Este en dirección a Stanford, iba pensando todavía en horarios. Podía estar en casa de Calvin Gray dentro de veinte minutos, con lo cual todo el viaje llegaría a un total de una hora y treinta y cinco minutos. Únicamente unos pocos minutos más que lo que una de las líneas regulares aéreas habría empleado para llegar a Nueva York, aun en el caso de que los aviones hubieran partido al mismo tiempo. Por otra parte, no dejaba resquicio para que los enemigos sabotearan el viaje, o para que le molestasen de alguna forma antes de haber llegado a su destino. No podrían interceptarle en ningún punto, porque sin duda no habían descubierto su ruta hasta ser ya demasiado tarde.

En cuanto a toda otra ruta que el adversario pudiera haber usado, le habría llevado una hora para llegar desde Nueva York a Stanford... sin contar el retraso debido a las llamadas telefónicas para iniciar el movimiento y a la tarea de conseguir un vehículo para viajar. Luego había que tener en cuenta la inconsiderada tendencia de los ferrocarriles a tener trenes en los apartaderos listos para partir en cualquier momento como si fueran taxis en una fila.

Había tratado de explicar algo de esto a la joven mientras iban en avión.

—Si a mi padre le ha ocurrido algo —dijo ella ahora—, es porque ellos estaban ya allí.

—Entonces, cualquier cosa que le haya pasado, ha pasado ya —repuso él— y nadie en la tierra hubiera podido impedirlo. He pensado en telefonar a alguien para que partiese de Nueva York, pero no habría podido llegar aquí antes que nosotros. También he podido telefonar a la policía local de Stanford, pero ¿qué hubiera podido decirles? Además, usted ha dicho que el teléfono no contestaba, de modo que habrían tenido la misma contestación. Para cuando hubiésemos terminado toda la palabrería, habría sido casi tan tarde como ahora.

—Tal vez yo esté imaginando demasiado —dijo ella.



Simón no podía saberlo. Además, también él podía imaginar muchas cosas. Era mucho el tiempo que había pasado tratando de poner su mente en debidas condiciones.

—Lo malo es —dijo— que ni siquiera sabemos quiénes son los enemigos, ni con qué fin están trabajando... Supongamos que son bandidos particulares. Un invento como éste les valdría una fortuna. Es natural que deseen poseer la fórmula... sólo por el dinero. Muy bien. Podrían raptarla a usted con objeto de utilizarla para asustar a su padre y obligarle de ese modo a entregarles el secreto. También podrían raptarle a él y arrancarle el secreto por medio de torturas.

Sintió que el cuerpo de Madeline se ponía tenso a su lado.

—Pero también hay que tener en cuenta esos accidentes de que me ha hablado. Destrozo del laboratorio. Sabotaje. Una palabra significativa. Pero ¿adónde los habría llevado al final?

—Si son espías... —dijo ella.

—Si fueran espías no habrían hecho volar el laboratorio. Se habrían introducido allí para ver lo que fuera posible. Pero no lo habrían destruido, porque les interesaría más que los trabajos continuaran. Lo que debe importarles son los resultados. Y si hubieran querido raptar a usted o a su padre para obtener la fórmula por medio de látigos o hierros candentes... lo habrían intentado mucho antes de ahora. No les habría costado mucho trabajo.

—En tal caso —dijo ella—, debieron ser simples saboteadores. Ya me advirtieron que no intentara ver a míster Imberline. Posiblemente no quieren que obtengamos ningún resultado.

—Si fuera así, ustedes ya haría tiempo que se encontrarían bajo tierra —repuso él con toda frialdad—. El matar es mucho más fácil que el rapto, y cuando se empieza a hablar de la clase de asesinos políticos y filosóficos es como hablar de un grupo de criaturas que nunca asistieron a la escuela dominical. Eso es todo lo que hace pensar.

Continuaba hurgando su mente con esas ideas mientras el vehículo doblaba por el Merritt Parkway. Poco después torció nuevamente a la derecha y tomó un callejón que, a través de un portón de piedra y un camino de acceso, los llevó hasta una mansión confortablemente espaciosa del tipo de las de Nueva Inglaterra. Simón tuvo una visión de sus paredes blancas y techos verdes cuando los faros del automóvil iluminaron la escena. También vio que brillaban luces por detrás de algunas de las cortinas. Por un momento, la mano de Madeline se posó en su brazo, y él puso encima la suya, sin que ninguno de los dos dijese una palabra.

Madeline abrió la puerta mientras él pagaba al conductor. Luego tomó las maletas y ascendió el tramo de escalones para reunirse con ella.

—¡Padre! —la oyó llamar.

A sus oídos llegó el ruido de las ruedas del automóvil alejándose por el camino de grava y luego el zumbido del motor apagándose poco a poco por el callejón, hasta dejarlos sumidos en un profundo silencio.

—¡Padre! —volvió a llamar ella.

Traspuso una puerta y llegó al *living-room*. Simón dejó las maletas en el suelo y la siguió. La habitación se hallaba vacía; una lámpara ardía junto al piano.

Madeline volvió a salir con presteza.

Él se quedó allí, y mientras encendía un cigarrillo, contempló la escena. Era una estancia agradable, con estantes para libros, algunos ceniceros y forros de cretona en las sillas, todo ello como destinado a la comodidad masculina. No se notaban signos de violencia o desorden, pero sí algunas arrugas en varios almohadones en donde alguien debió estar sentado la última vez que fue arreglada la estancia. En uno de los ceniceros que había junto a la chimenea, se veía una pipa. Se acercó, palpó la cazoleta y la encontró bien fría. Se preguntó cuánto tiempo podía haber tardado en enfriarse después de ser dejada la pipa.

Sobre la misma mesa había un aparato de teléfono. Para cerciorarse, marcó un número al azar y lo oyó sonar al otro extremo. Luego escuchó el *click* de la conexión y una voz adormecida de hombre que murmuró: «¿Sí?»

—Habla Joe —dijo el Santo en el acto—. Será mejor que empiece a pensar usted con rapidez. Su esposa lo ha descubierto todo.

Colgó el aparato y se volvió hacia Madeline, que acababa de regresar a la habitación.

—El teléfono funciona —le informó con naturalidad—. No hay nada estropeado en la línea.

—Venga conmigo —repuso ella.

Él la tomó por el brazo y la siguió hasta el *hall*. Miraron en el salón comedor, silencioso y vacío como todo comedor entre una comida y otra. Pasaron a la cocina, en donde sólo se oía el tictac de un reloj colocado en la repisa.

—Ha estado aquí —anunció ella.

—¿Sabe si ha cenado?

—No podría decirlo.

—¿Y la servidumbre?

—Desde hace un par de semanas no tenemos a nadie que viva aquí, y no íbamos a hacer nada hasta que yo regresara de Washington. Mi padre no podía ser molestado en su tarea de tratar con esa gente. Yo le conseguí una joven que solía trabajar para nosotros. Se casó y vive cerca de aquí. Ha podido servirle la cena y haberse marchado más tarde después de haberlo limpiado todo.

Pasaron a un despacho con voluminosos estantes atestados de libros, así como también un mueble-archivo y un gran escritorio lleno de papeles. Todo aparecía algo confuso.

Simón se aproximó a uno de los archivadores y abrió al azar uno de los cajones. Las carpetas parecían bastante normales para cualquiera que no estuviera al tanto de su sistema.

De allí se acercó a mirar sobre el escritorio. Sólo pudo ver una cantidad de cartas, circulares, memorándums, panfletos y diversos manuscritos.

—¿Qué impresión le causa esto? —preguntó.

—Más o menos como la de siempre.

—Usted debe haber andado con estas cosas. ¿Observa en alguna de ellas algo fuera de lo corriente?

Madeline hurgó en el cajón del archivador y luego se volvió a examinar algunos de los papeles del escritorio. Después de hacerlo, su cara se mantuvo sin expresión ilustrativa.

—No puedo decirle nada en concreto. Mi padre es muy desarreglado cuando no se pasa al otro extremo y se muestra fanáticamente ordenado.

Simón volvió su vista al escritorio. No conocía las costumbres de Calvin Gray ni nada respecto a su trabajo e intereses. Sabía que era perfectamente posible buscar archivadores y papeles sin dejar que una habitación pareciera como si acabara de pasar por ella un ciclón.

De todas maneras, ¿qué podía haber andado buscando alguien aquí? Nadie habría podido esperar que se guardara una preciosa fórmula en un archivador abierto o entre formularios de contribución y catálogos de semillas colocados sobre un escritorio.

Y con todo tenía la exasperante sensación de algo que estaba fuera de lugar. Había un factor que no se explicaba de por sí o no encajaba bien, como si estuviera tratando de forzar todo en una o dos teorías erróneas, cuando todavía quedaba una verdadera que todo lo habría explicado, salvo en el caso de que fuera lo suficiente ciego para no verla todavía.

—Veámoslo todo —dijo.

Subieron al piso alto y recorrieron los dormitorios. El de Madeline Gray. El de Calvin Gray. Un par de habitaciones para huéspedes. Los cuartos de baño. Todo parecía ordenado y como siempre. La casa estaba mantenida en perfecto estado de arreglo e higiene.

—No, él no está aquí —dijo el Santo—. No se ve sangre ni hay ventanas fracturadas ni cadáveres en los armarios. Ha debido salir y dejar las luces encendidas. ¿Por qué habrá salido dejándolo todo así?

No hubiera podido decir si estaba tratando de consolarla o razonando consigo mismo. Sabía muy bien que era una cosa sumamente simple raptar a un hombre sin causar destrozos en una casa. Para eso sólo bastaba con acercarse a él y hundirle una pistola en las costillas con el consabido: «Acompáñenos, compañero».

—Queda todavía el laboratorio —dijo ella en voz baja, y él debió hacer un esfuerzo antes de preguntar:

—¿Por qué no me lo ha mostrado usted antes?

Ella le condujo fuera de la casa. Echaron a andar por un sendero sinuoso por entre árboles altos y delgados cuyas ramas superiores se perdían en la obscuridad más allá del destello de su pequeña linterna de bolsillo.

El laboratorio quedaba invisible desde la casa y el camino principal. Llegaron de improviso ante él. Simón vio que se elevaba en un claro sombrío. Era una construcción moderna y blanca, con un ligero resplandor interno que perfilaba las ventanas venecianas. Madeline avanzó hasta la puerta y pasaron al pequeño *hall*. Una puerta que se hallaba entreabierta, permitía ver paredes con mosaico, una fregadera y una bañera.

Más allá del pequeño *hall*, el laboratorio era una especie de cobertizo alargado con una sola lámpara encendida que pendía de lo alto arrojando vivos destellos sobre los vasos, tubos de ensayo, retortas, largos estantes con frascos debidamente marcados, bancos con superficie de porcelana y otra cantidad más de aparatos varios. Pero nada se veía roto; todo parecía estar razonablemente en orden.

—¿También esto tiene el aspecto corriente? —preguntó Simón Templar.

—Sí.

Observó los detalles con la misma falta de capacidad con que cualquier otro novicio hubiera examinado un laboratorio de química. Para haber podido descubrir algo interesante al echar un vistazo así, habría sido necesario ser un químico en toda la línea.

Y él no lo era. Se estaba preguntando si algún detective conocería realmente alguna cosa con la cual poder hacer suposiciones de toda clase en

un ambiente técnico como éste, tal como a veces se lee en los relatos de ficción.

—¿Es posible preparar aquí la goma? —preguntó.

—Desde luego.

En su cara hubo una mayor expresión de duda de la que él esperaba, o tal vez no hubo nada de expresivo, porque debía estar pensando en otras cosas. O quizá lo que sucedió es que también ella quería tener su mente ocupada en otras cuestiones distintas.

—Ahora se lo mostraré —dijo.

No parecía importante, pero era otra escapatoria.

—Muéstremelo.

Se acercó a los estantes y retiró unos cuantos frascos. Algunos de ellos carecían de etiqueta. Midió cosas y mezcló todo en tubos de ensayo. Llevó las mezclas a una mesa en donde había un complicado aparato. Echó una cantidad de aserrín en un tazón de vidrio, encendió un quemador y comenzó a ablandarlo con varios líquidos.

Parecía tan prosaica como una eficiente cocinera preparando sus buñuelos.

El Santo apoyó su cadera contra un banco de trabajo y la observó con interés. Poseía algo más que un conocimiento común acerca de química, tal como poseía tantos otros sobre temas diversos, pero lo que estaba presenciando ahora escapaba del campo de las experiencias. Vio los líquidos moviéndose a través de tubos y serpentinas y bullir en los grandes frascos, para cambiar luego de color y verterse en una máquina pequeña y resguardada que parecía una especie de turbina, de la que escapaba un ligero zumbido y un vaho de calor. Al otro extremo de dicha máquina se proyectaba una larga y angosta correa que se deslizaba sobre una polea externa; y sobre dicha correa empezó a deslizarse una cinta del mismo material ligeramente brillante y de un anaranjado translúcido como el que le había mostrado en el comedor del hotel Shoreham. Cortó la cinta cuando tenía un par de pies de largo y se la entregó. La palpó entre sus dedos y la estiró tal como había hecho anteriormente. Todavía estaba caliente, y olía como a cuero húmedo y lana quemada.

—Parece una cosa maravillosa —dijo—. Pero creo que esto es algo más complicado que eso de utilizar una bañera como ha dicho usted.

Madeline se entretuvo metódicamente en detener la marcha de la maquinaria y apagar los quemadores.

—No lo crea —contestó—. Teniendo una planta industrial, es tan simple que un plomero de aldea podría hacerlo.

—Pero una planta industrial hecha en gran escala cuesta mucho dinero. ¿Desea su padre que la producción corra a cargo del Departamento de Obras Públicas o es lo bastante rico como para hacerlo por su cuenta?

—No somos tan ricos como eso. Pero si el Gobierno se sintiera interesado, podría hacernos un préstamo y no sería problema alguno obtener el capital necesario. En una palabra, probablemente tendríamos que contratar guardias para impedir la afluencia de accionistas —dijo con una sonrisa—. Es muy sensible que yo no le haya conocido antes, ¿no le parece? Hubiera podido intervenir desde el primer momento y haber hecho una fortuna.

—Casi me veo sentado en una mesa de director —sonrió Simón.

Se encontraron mirándose nuevamente el uno al otro, y el temor volvió a aparecer en los ojos de ella. El Santo tuvo miedo de sonreír otra vez al contemplar su expresión.

—¿Qué cree usted que ha ocurrido? —preguntó Madeline.

Él se irguió y pisoteó la colilla de su cigarrillo.

—Volvamos a la casa —dijo con brusquedad.

Madeline apagó las luces y cerró la puerta.

Al caminar de nuevo por entre la alta arcada formada por los árboles, su mano se deslizó sobre el ángulo del codo de él y Simón la apretó un poco contra sí, pero todavía continuaba pensando fríamente y como si se encontrara distante.

—¿Ha cerrado con llave la puerta? —preguntó.

—No tengo la llave.

—Cuando hemos llegado a la casa, ¿cómo ha franqueado la entrada?

—Entrando sencillamente. La puerta estaba abierta.

—¿No la cierran nunca con llave?

—Casi nunca. Mi padre no tolera la molestia de las llaves. Siempre las pierde. Además, ¿para qué habríamos de cerrar con llave? No tenemos nada que valga la pena de robarse. ¿Quién puede andar merodeando por estos lugares?

—Usted me ha contado lo que pasó antes en el laboratorio.

—Sí, pero tiene tantas ventanas que cualquiera podría introducirse en su interior si así lo deseara.

—¿De modo que cualquier persona ha podido sorprender sin dificultad a su padre?

—Sí.

No había nada más que decir. Regresaron a la casa y pasaron al confortable *living-room* con la pipa enfriada en el cenicero. El tiempo iba transcurriendo. Simón deslizó sus dedos sobre el teclado del piano y entonó una o dos canciones. Ella se sentó en una silla y lo miró con atención. Él se dio cuenta de que no había más que hacer. O que decir.

Tendría que ser más tarde.

Llevó las maletas al piso alto, y eligió para sí una habitación con la puerta situada al otro lado del pasillo. Abrió su maleta antes de bajar de nuevo y preparó bebidas para ambos. En el vaso de ella dejó caer un par de gotas de una cápsula que siempre llevaba consigo.

Casi en seguida desapareció la tensión en los ojos de Madeline y no tardó en empezar a bostezar. Poco después dormía profundamente. La condujo al piso alto y la depositó sobre la cama. Luego entró en su propia habitación y, quitándose casi todas las ropas, se tendió en la cama con la pistola próxima a su mano derecha. Apagó las luces. No creía que el enemigo estuviese organizando otro ataque para dentro de poco, pero prefería apreciar con exceso al adversario antes que juzgarlo por lo bajo. Se mantuvo despierto por un largo rato, y cuando finalmente se sintió dominado por un ligero sopor, el primer resplandor de la madrugada empezaba a filtrarse en el interior de la habitación. Entonces supo que había estado equivocado al mostrarse, incrédulo, y que Calvin Gray no volvería a casa, a menos que alguien fuera en su búsqueda.

## Capítulo III

# DE CÓMO MADELINE GRAY FUE INDUCIDA A COMER, Y CÓMO MISTER ANGERT SE RINDIÓ

### I

**S**erían las ocho y media cuando despertó. Continuó en cama durante unos minutos más, observando las nubes blancas que flotaban a través del firmamento azul al otro lado de las ventanas, y revistando los pensamientos que bullían en su mente cuando quedó dormido. Ahora no le parecían diferentes en forma alguna.

Abandonó el lecho y salió al pasillo. No fue sino una especie de último asomo de cautela lo que le hizo avanzar quedamente hasta el dormitorio de Calvin Gray. Pero en su lecho no había dormido nadie, y la habitación se encontraba exactamente igual como él la viera la última vez. Desde luego esto no le asombró. Si Calvin Gray hubiera llegado a la casa, él lo habría oído, puesto que toda la noche habíase mantenido alerta por si llegaba a oír algún ruido sigiloso. No había oído nada. Pero al menos había sabido abstenerse de hacer deducciones apresuradas.

Regresó a su cuarto, se afeitó, tomó un baño y una vez vestido descendió al piso bajo.

En el comedor estaba lista la mesa con una silla preparada. Del lado de la cocina llegaban sonidos de movimiento.

Empujó la puerta de muelles y se detuvo en el acto. Una mujer joven, de cara colorada y negros cabellos rizados lo miró con ojos azorados al verlo aparecer. Era pequeña, bonita y con cierta tendencia a la obesidad.

—¡Hola! —saludó él con voz afable—. ¡No se asuste usted! Me llamo Templar y llegué anoche de Washington con miss Gray.



—¡Oh! —murmuró ella—. Soy la señora Cook. Trabajo aquí. Pero me ha asustado usted, señor.

Simón sabía que, puesto que no habían podido comunicarse con Calvin Gray, no existía ninguna razón para que alguien estuviera esperándolos. En verdad, nadie conocía sus movimientos, excepto Hamilton y el conductor de automóvil que los trajo desde el aeropuerto. El hombre podía o no hablar o pensar al respecto. Pero cuando menos al Enemigo le costaría algún trabajo dar con su rostro, lo cual era una gran ventaja.

—Lo siento —dijo—. ¿Qué posibilidades hay para el desayuno?

—Prepararé otros cubiertos.

—Miss Gray estaba muy cansada anoche. Tal vez no se despierte pronto.

—Generalmente el profesor se levanta muy temprano —dijo ella—. Ha debido estar trabajando hasta muy tarde.

El Santo poseía una fácil y afable manera de atraer cuando quería, por lo cual era la cosa más natural del mundo que cualquiera continuara hablando con él. Ahora recurrió a esa actitud suave, en lugar de a otros métodos más elaborados.

—El profesor no ha dormido aquí —dijo.

—¿No? Es extraño. Casi siempre está en casa.

—Tratamos de telefonarle desde Washington para decirle que veníamos, pero el teléfono no contestó.

—¿Era muy tarde cuando llamaron? Yo me quedé hasta eso de las nueve.

—Sí, fue después de esa hora.

—Le serví la cena a las siete y media, y luego tuve que lavar. Cuando me fui a casa se hallaba leyendo en el *living-room*.

—¿No le dijo nada de que pensara salir?

—No. Pero tampoco yo se lo pregunté, señor.

—¿No tuvo ninguna visita?

—No, mientras yo estuve aquí.

—¿No ha salido mientras miss Gray estaba ausente?

—¡Oh, no señor! El profesor jamás sale. No le gusta.

Fue entonces cuando comenzó a darse cuenta de qué fin llevaban sus preguntas, y en el mismo instante una expresión de sorpresa apareció en sus ojos.

—De todos modos —dijo con algún aplomo—, no creo que tarde en llegar.

Simón meneó negativamente la cabeza.

—Me temo que no, señora Cook —contestó lentamente—. Anoche no regresó. En su cama no ha dormido. Y ahora no se encuentra en la casa.

—¿Quiere decir que no está aquí?

—Justamente.

—¿Es que no les esperaba a ustedes?

—No. Ya le he dicho que tratamos de telefonar, pero sin conseguir respuesta.

—¿No ha dejado alguna nota o algo?

—No.

Los ojos de la mujer empezaron a abrirse desmesuradamente.

—¿Cree usted que ha podido ocurrirle alguna cosa?

—No puedo decirlo —contestó el Santo con entera franqueza—. ¿No es cierto que parece un poco raro? Abandona la casa sin dejar una palabra o mensaje, y no regresa. Hay personas que siempre proceden así, pero usted ha dicho que él no tenía tal costumbre.

—¿Se halla muy apenada miss Gray?

—¿No lo estaría usted?

La mujer comenzó a colocar mecánicamente las cosas sobre la mesa, más bien siguiendo una rutina que como si estuviese pensando acerca de lo que hacía.

—Tal vez le llamó alguien y tuvo que marchar a Nueva York por cuestiones de negocio —dijo, reanimándose al hablar—. Probablemente estará aquí antes del almuerzo, y en caso contrario no hay duda de que telefonará. No puede estar ausente sin hacerme saber que no vendrá a comer.

—¿Sabe en qué parte se aloja cuando va a Nueva York?

—Siempre va al Algonquin. Pero acaso haya pasado la noche en la casa de la persona con quien ha ido a reunirse.

—Es posible —murmuró el Santo—. Bueno, en cuanto pueda, sírvame jamón con huevos.

Acto seguido se dirigió al teléfono del *living-room* e hizo una llamada a Nueva York. Del Hotel Algonquin le informaron que en su registro no figuraba ninguna persona llamada Calvin Gray.

Encendió un cigarrillo y salió fuera de la casa. La luz del sol producía extrañas siluetas por entre las hojas de los árboles, y en los bien cuidados cuadros las flores lucían sus tonalidades claras contra el blanco de la casa y el verde de los setos. El paisaje encerraba toda la promesa que los destellos de la linterna sugiriera la noche pasada. El aire era todavía fresco, y en el ambiente flotaba un aroma agradable de cosa húmeda. El lugar era grato, como creado

para conservar los recuerdos de una forma graciosa de vivir que la paleta de un pintor acaso no habría podido pintar.

Parecía algo alejado del fragor y las llamas, las matanzas y destrucciones que azotaban al mundo. Y, sin embargo, mientras esa guerra continuara, Simón Templar apenas si podía darse cuenta de la paz y la belleza que le rodeaban. No sentía alivio en su corazón para entregarse al gozo de lo que tanto le gustaba. Ningún hombre podía tenerlo hasta que los cañones dejaran de rugir y las alas de los aviones volvieran a viajar por las rutas de la vida y no en las de la muerte...

Acaso hasta la tranquila escena en que se encontraba era parte de un campo de batalla que los libros de historia jamás mencionarían, y en que decisiones temiblemente tomadas en Europa y Oriente podrían tener éxito o no.

Echó a andar lentamente alrededor de la casa, con las manos en los bolsillos y los ojos mirando hacia el suelo. No habría dejado de ver nada que hubiera podido ofrecerle una pista, pero el camino fue infructuoso. El sendero no acusaba huellas de neumáticos; ningún rastro de pisadas en los cuadros floridos, ni pañuelos dejados caer ex profeso, ni un sombrero, ni un billetero. Ni siquiera un botón. El único consuelo era que no estaba engañado. Nada había esperado. Habría sido como una peligrosa historia detectivesca si hubiese encontrado algo.

Pero le desagradó tener la certidumbre de que carecía de toda clase de clave material.

Regresó a la casa y llegó al comedor en el momento en que la señora Cook depositaba sobre la mesa un plato con huevos y jamón.

—Esto tiene un magnífico aspecto —dijo—. Como para hacer brotar una chispa de vida en mi mente dilapidada.

Era típico de él que comenzara con tanto celo como si no tuviera en la cabeza otra idea mayor. Sabía que no habría de resolver problemas muriéndose de hambre; y al contrario de la mayoría de los hombres, ese argumento lo consideraba elemental para ponerse a comer con pleno gozo.

Se hallaba a mitad del desayuno cuando apareció Madeline Gray.

Vestía un sencillo traje de algodón que la hacía más joven y atrayente, pero su cara estaba muy pálida y sus ojos denotaban tensión.

—Hola —la saludó, con tono tan natural como si no hubiese habido nada más que decir—. ¿Qué tal ha dormido usted?

—Como un leño —contestó ella, mirándole curiosamente—. ¿Puso usted algo en lo que me dio anoche a beber?

—Sí —respondió él con franqueza—. Sin eso no habría podido dormir.

—Lo sé. Ciertamente hizo su efecto. Pero me ha dejado mal la cabeza.

—Tome una aspirina.

—Ya lo he hecho.

—Se sentirá bien dentro de unos minutos. Ha debido quedarse en cama y tratar de dormir de nuevo.

—No he podido hacerlo.

—Buenos días, miss Gray —dijo la señora Cook, apareciendo desde la cocina—. ¿Qué quiere desayunar?

—No tengo apetito, gracias.

—Debe usted comer algo —dijo el Santo—. Tendremos que hacer algunas cosas, y no es posible actuar nada más que con aire y buenas intenciones. Señora Cook, sírvale una tortilla. Luego le abriré la boca y usted se la introducirá.

Madeline Gray sentóse a la mesa y sus ojos miraron al Santo con una especie de grave tenacidad, como si fuera la única cosa que su mente pudiera tener despierta al borde de la normalidad.

—Mi padre no ha vuelto a casa —dijo.

—No —contestó el Santo, deliberadamente impersonal, como un médico aludiendo a un enfermo—. Y será mejor que sepa usted lo demás. He llamado al Algonquin, pero tampoco ha pasado allí la noche.

—Seguramente se habrá quedado con su amigo —dijo la señora Cook—. Sin duda llamará de un momento a otro...

Aún estaba hablando cuando sonó el timbre del teléfono.

Madeline corrió hacia el aparato.

Poco después estaba de vuelta, con la mirada ansiosa, sin brillo en los ojos.

—Es para usted —dijo con voz velada—. Llaman de Washington.

Simón pasó al *living-room*.

—Hamilton —oyó decir por teléfono—. Me estaba preguntando si te encontraría ahí. Es por esos *dossiers* que me pediste. Se trata de que esta tarde enviaré en avión a un hombre a Nueva York. Si tienes prisa por recibir esos documentos, puedes encontrarlo allá y tenerlos para esta noche.

—¿A qué hora llegará a destino?

—Alrededor de las cinco.

—En ese caso lo esperaré en el bar del Hotel Roosevelt a las cinco en punto.

—Bien. Allí te buscará.

—De acuerdo —dijo el Santo—. Ahora tengo que pedirte algo más. Quiero otro *dossier*. El de Frank Imberline.

—Eso es fácil. Soy como un mago. Todo lo que tengo que hacer es mover una mano.

—Imberline ha salido esta misma mañana para Nueva York y otro lugar. Al menos así me lo dijo. Puedes verificarlo. Y si se detiene en Nueva York, quiero saber en qué parte puede ser encontrado.

—¿No tienes otras misiones que encomendarme, amigo exigente?

—Sí. Puedes ponerme en contacto con la oficina más cercana del F. B. I. en Stanford. Tal vez necesite hablarles.

—¿He de suponer que tienes en las manos más cosas de las posibles?

—Me estoy sintiendo mejor al ser casi legal —contestó el Santo—. Es una nueva experiencia. Ya tendrás noticias más.

Colgó el aparato y volvió junto a Madeline Gray. Le miró interrogativamente. Movi6 la cabeza.

—Una cosa sin importancia —dijo.

Volvió a ocupar su asiento, mientras la señora Cook se retiraba con poco entusiasmo hacia la cocina.

Simón miró a la muchacha sentada al otro lado de la mesa. Antes de volver a decir una palabra, tomó su cuchillo y tenedor para atacar el desayuno.

—Tratemos de reanimarnos —dijo—. Comprendo que tiene motivos para sentirse preocupada. Pero hemos de tratar de arreglar las cosas. Hasta ahora el Enemigo ha tenido la iniciativa. Ahora nos toca a nosotros empezar con la nuestra.

—Pero ¿quién... quiénes son los enemigos? ¿Si lo supiéramos!...

Eso era lo que él necesitaba. Habló con bastante animación mientras terminaba su plato y tomaba el café y fumaba. Madeline se comió la tortilla que le trajo la cocinera. Discutió nuevamente a todos los actores del drama, haciendo algunas observaciones respecto a cada uno de ellos. No dijo nada en absoluto que fuera nuevo y valiera la pena de agregar; pero por el momento sonaba bien. Y poco a poco notó cómo los colores volvían a su cara y cómo sus ocasionales respuestas iban teniendo alguna animación, mientras él iba forzando su mente a moverse y abandonar su estado de tristeza, alejándola de la desesperación. Ella terminó casi por completo su *omelette*.

Así fue como una hora después estaba fumando un cigarrillo y escuchándolo atenta, mientras él seguía diciendo:

—Hay una cosa que habrá notado usted en esto. Cada una de las personas que hemos mencionado es un buen ciudadano con bastantes cosas en su favor... excepto acaso el extraño hombrecillo llamado Angert. No ha habido un gruñido de acento gutural, ni un asomo de la Gestapo dejando oír sus pesadas botas. Ahora bien, si los temibles arios tienen alguna...

Se calló de pronto al notar el cambio en la cara de ella. Pero Madeline no le miraba. Sus ojos miraban más allá de su hombro, hacia la ventana que había detrás de él.

—Simón —dijo—, he visto a alguien moviéndose entre los árboles, en dirección al laboratorio. Y me ha parecido que es alguien a quien conozco.

## II

El Santo se volvió y miró, pero no alcanzó a ver nada... nada más que el fragmento de un techo y algo de las blancas paredes entre las ramas.

—¿Un amigo suyo? —preguntó.

—No. Me ha parecido Karl.

—¿Se puede saber quién es Karl?

—Fue ayudante de mi padre durante un tiempo, hasta que fue despedido.

—¿De qué parte provenía?

—Era un refugiado de alguna parte... de Checoslovaquia, creo. Habla perfectamente el inglés. Fue educado aquí, y luego partió a su patria siendo ya mayor, pero como no le gustaba mucho aquello emprendió el regreso.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Más o menos un mes. Quiero decir cuando se marchó... Pero es curioso, anoche mismo estuve pensando en él.

El Santo continuaba observando por la ventana, pero no pudo notar ningún movimiento.

—¿Por qué? —preguntó.

—Bueno, parece tonto, pero uno de los hombres que trataron de raptarme la noche pasada... el alto... tenía algo en sus ojos y en la forma de moverse que me hizo recordar a alguien. No lograba saber quién podía ser, y eso me tuvo preocupada. Cuando he despertado esta mañana, me ha vuelto de pronto al pensamiento. Y he pensado en Karl.

—Eso —dijo el Santo— es realmente interesante.

Madeline continuaba mirando más allá de él, perpleja e incierta.

—¿Cuál es el resto de su nombre? preguntó Simón.

—Morgen.

El Santo dejó a un lado el cigarrillo.

—Me parece que tal vez será interesante hablar con el camarada Morgen.

Madeline se puso de pie cuando él lo hizo y se dispuso a acompañarle, pero Simón la contuvo poniéndole una mano sobre el brazo.

—No, querida —dijo—. Para empezar, prefiero sorprender a ese caballero. Luego, si realmente es Karl, es posible que haya cierto jaleo cuando nos encontremos. Y por último, prefiero mantenerla alejada todo lo posible en esto. A decir verdad, ni siquiera desearía que en adelante contestara usted al teléfono. Si llama alguien que no sea su padre, diga a la señora Cook que conteste que usted sigue todavía en Washington —sonrió al notar la confusión de ella—. Parece que se olvida ahora de que el Enemigo ignora en qué parte está usted. Y, cuanto más tarde en saberlo, tanto más largo será el tiempo en que yo tenga que volver a ocuparme nuevamente de su bienestar.

Salió de la casa, cruzó el sendero y avanzó entre los árboles.

El laboratorio se hallaba al otro lado de la casa y en dirección opuesta al rumbo que él había tomado. Dio un amplio rodeo para acercarse por el lado desde el cual el intruso no habría de esperar una interrupción.

Sus pies no hacían ruido alguno sobre el césped, y pudo deslizarse por entre los arbustos y árboles con la pericia de un indio. Poseía un instinto para saber cubrirse y conocer el terreno que pisaba, y después de haberse hundido entre el paisaje ni una sola vez quedó expuesto desde ningún ángulo desde el que pudiera pensar que alguna persona pudiera llegar a observarlo.

Por debajo de la fría eficiencia de sus movimientos podía sentir un ligero cosquilleo en las venas, como la presciencia de la desintegración de la inacción y la promesa de la persecución y la lucha. Si Madeline Gray no había imaginado lo que viera y actualmente se encontraba un intruso en el lugar, ciertamente sería interesante charlar con él... procediera de donde procediese. Y si el visitante era un hombre con el dudoso nombre de Karl Morgen, bien podía ser la cantidad desconocida que Simón se había lamentado de no tener. Por otra parte, si resultaba ser uno de los fracasados raptos de la noche pasada... en ese caso bien podía esperar momentos de gran gozo. Algo tan perfecto como eso casi parecía imposible; y, sin embargo, si una simple fracción de tales exquisitas posibilidades era cierta, ello sería más que bastante para justificar la excitación que iba empezando a afectar sus nervios. Siempre había odiado la lucha en la sombra y el temor de ser tiroteado cuando menos lo pensara también. También odiaba esa negativa y pasiva actitud de

estar haciendo deducciones y pensando cosas. Si ahora llegaba el final de todo eso, aunque no fuera sino por un momento, el interludio sería hermoso.

Hacia el final de su excursión, un alto seto de cipreses ofrecía una perfecta invisibilidad. Se deslizó hacia el borde de un campo de avena en un trecho de casi cien metros y se escurrió por otra brecha en el seto para ir a ocultarse entre un grupo de arbustos de rododendro. El edificio del laboratorio quedaba entonces tan cercano que podía ver el techo por encima de su refugio.

Efectuando un rodeo, finalmente pudo ver una de las ventanas por entre la delgada maraña de las hojas.

Vio más que la ventana. Vio a través de ella. Y su interior quedó benditamente sereno al comprobar que cuando menos una parte de sus preces estaba siendo concedida.

Sí, en el laboratorio se encontraba un hombre.

Y además no era un hombre cualquiera.

Simón no podía ver muchos detalles en el oscuro interior, pero pudo distinguir un triángulo de color oscuro en el lugar donde hubiera debido estar la parte inferior de la cara del hombre. Acaso ese tosco disfraz le ayudara a la identificación al repetir un molde recordado. La silueta del hombre era bastante clara. Parecía alto, y el perfil y movimiento de sus anchos hombros cuadrados estaban grabados desde hacía muy poco tiempo en la memoria del Santo.

Era uno de los ambiciosos raptos de Washington.

—De modo que después de todo —dijo el Santo reverente con su alma inmortal— la santidad tiene sus recompensas.

El hombre parecía estar buscando algo, metódicamente y sin prisa, como si se sintiera plenamente confiado de que no llegaría a verse molestado.

Simón retrocedió, y efectuó otro rodeo por el lado opuesto, junto a los rododendros, en dirección a la esquina del edificio. El refugio era aquí más bajo, pero, deslizándose sobre el estómago pudo llegar a la otra pared, en la cual no se abría ventana alguna. Unos cuantos movimientos más lo llevaron a una segunda esquina. Entonces tuvo que avanzar apoyando sus manos en el suelo, lo más agachado posible, para pasar debajo de las ventanas del frente. Un momento después llegaba a la puerta.

Dejó de erguirse cuando su ojo llegó al nivel de la cerradura. Alcanzó a mirar hacia el pequeño vestíbulo, y vio que el hombre se hallaba parado junto a uno de los bancos de trabajo, mirando hacia él y estudiando algo en un tubo de ensayo.

Simón esperó.



Poco después, el otro dejó el tubo de ensayo y se alejó hacia otra parte del laboratorio. El Santo se irguió.

Sacó la pistola de su pistolera y movió el seguro con su mano derecha, mientras con la izquierda hacía girar el picaporte y abría la puerta. Los goznes giraron sin el menor ruido. Cruzó el *hall* en tres pasos silenciosos y se encontró justamente en el laboratorio.

—¡Hola, Karl! —dijo con suavidad.

El hombre se volvió al oír la voz, y luego quedó rígido al notar que el Santo movía significativamente su pistola para llamar su atención.

—¿Busca algo? —preguntó Simón con afabilidad.

El hombre no contestó. Por encima del pliegue del pañuelo que le cruzaba la nariz, sus ojos miraban fríos y malignos. El Santo no tuvo ninguna duda acerca de esta parte de su identificación. No habría podido olvidar esos ojos. Eran de la especie que no agradaban a nadie y por los que el Santo deseaba ser mal mirado.

—Supongamos que se quita ese toldo de la cara —sugirió Simón—. Así podremos conocernos mejor.

El otro habló por fin.

—¡Supongamos que me niego!

Si alguna duda hubiera quedado, eso habría puesto término a la misma. Esa voz ronca y cavernosa estaba tan bien registrada en la memoria del Santo como sus dos ojos.

—Si no lo haces, compañero —repuso, tuteándolo sin ninguna ceremonia—, me veré obligado a hacerte un disparo. Así.

Su pistola disparó una vez, surgió un fogonazo y la bala rozó la tela sobre una de las orejas del hombre antes de ir a hundirse en la pared de atrás. El hombre se agachó después que silbó la bala, y con mano incrédula se tocó el costado de la cabeza. Su frente había palidecido sobremanera.

—¡Por favor! —dijo el Santo.

No le importaba el ruido que pudiera hacer, pues las ventanas estaban cerradas y se encontraban bastante lejos de la casa como para ser oídos.

El hombre subió lentamente la mano y desató el pañuelo por detrás de su cabeza, revelando así el resto de su cara. Tenía una nariz ganchuda y pómulos prominentes. Su boca era delgada y bordeada de arrugas verticales. Y el Santo también recordaba eso.

Este sujeto había sido uno de los acompañantes que llevara Imberline la noche anterior en el Hotel Shorendam.

Ciertamente, estaba progresando.

Una de sus manos se deslizó casi conscientemente hacia su bolsillo, llevando el pañuelo arrugado, y fue entonces cuando el Santo volvió a hablar:

—No, hermano. Un momento. Si tratas de sacar armas tendré que matarte y en tal caso no podríamos hablar sin un médium. Desgraciadamente, por el momento no dispongo de médiums.

El movimiento cesó y Simón volvió a sonreír.

—Así es mejor. ¿Quieres darte vuelta? —ordenó, y el otro obedeció—. Ahora camina hacia atrás, hacia mí.

El hombre retrocedió, arrastrando de mala gana los pies. Cuando se encontraba a menos de un par de metros, el Santo dio dos largos pasos para alcanzarlo. Y sin dejar de aferrar la pistola, dejó caer su mano derecha con fuerza y la culata golpeó violentamente contra la nuca del otro. Las rodillas se le doblaron y un instante después caía hacia adelante sobre sus manos. Simón pisó con fuerza sobre su espalda y le obligó a quedar estirado. Luego posó una de sus rodillas sobre su cintura.

Se guardó la pistola en el bolsillo, asió las solapas de la chaqueta del hombre y tiró hacia atrás sobre los hombros hasta el nivel de los codos. Con unos cuantos movimientos rápidos vació los bolsillos del intruso. Encontró un revólver de cañón corto y una cachiporra. Los demás bolsillos guardaban muy poco: un billete de diez dólares, unas monedas sueltas, la llave de un automóvil, uno de esos cortaplumas que pueden servir para muchos usos, y una cartera poco abultada.

Recogió el revólver, la cachiporra, el cortaplumas y la cartera y se retiró con todo ello hacia el próximo banco de trabajo. El revólver y el cortaplumas los guardó en uno de sus bolsillos. Luego sacó su propia automática y la mantuvo lista en su mano. Se sentó sobre el banco mientras vaciaba el billetero. Contenía tres billetes de veinte dólares, un par de sellos, un medio billete de Pullman, una tarjeta de enrolamiento con la clasificación «4-F» y un permiso de conducir fechado en Nueva York.

Tanto la tarjeta como el permiso llevaban el nombre de Karl Morgen.

—Karl —dijo entonces con suavidad—, ha sido muy amable de tu parte haber venido aquí.

El hombre dejó oír un gruñido y haciendo un movimiento trató de levantar la cabeza.

Simón sacó un cigarrillo y luego los fósforos. Movié uno de éstos hasta poder frotar su cabeza sobre el raspador, y lo rascó con sólo una mano. Sus ojos y su pistola estaban vueltos hacia el prisionero. Todo su aspecto denotaba una espléndida serenidad.

Aunque hubiera habido algo mejor que un cien por cien de realización de las mayores posibilidades que había soñado, era lo bastante modesto para no pedir más.

Con lo que ahora tenía, se sentía capaz de seguir.

Karl Morgen. Un hombre que tenía algo que ver con Imberline. Un hombre que había actuado en un rapto. Un hombre que había trabajado para Calvin Gray. Un hombre que podía anudar muchas cosas curiosas. Todo esto constituía una bendita combinación. Arrojó una bocanada de humo y miró al prisionero casi con afecto.

—¡Levántate! —le dijo.

Morgen tenía levantada la cabeza del suelo. Pasó los codos por debajo y enarcó la espalda. Luego movió sus largas piernas. En cierto modo, consiguió incorporarse. Se mantuvo inseguro, cogiéndose al borde del banco para sostenerse.

—Karl —dijo el Santo—, creo que antes trabajaste aquí.

—Bueno, ¿y qué?

—¿A qué has vuelto?

Los ojos de Karl le miraron malignos.

—Eso no te interesa a ti —contestó tuteándole agriamente.

—Me interesa. ¿En dónde estuviste anoche?

Morgen tardó en contestar. Y luego:

—En Washington.

—Ciertamente. Estuviste en el salón-comedor del Shoreham, con Frank Imberline.

—Eso no es delito alguno.

—Desde luego. Pero metiste una nota en mi bolsillo.

—No es cierto.

—La nota decía: «Ocúpese de sus cosas».

—¿Y por qué no lo has hecho así, compañero?

El Santo continuaba dispuesto a mostrarse paciente.

—¿Dónde estuviste después?

Otra pausa deliberada. No parecía un hombre capaz de sentirse atemorizado.

Antes de hablar, pareció pensar qué le convendría decir.

—Estuve con un amigo. Jugando a los naipes.

—Estuviste con un amigo. Pero no jugando a los naipes. Estuviste tratando de raptar a miss Gray. Fue entonces cuando nos volvimos a encontrar.

—Tendrás que probarlo, compañero.

—Tanto miss Gray como yo estamos dispuestos a identificarte.

—Y mi amigo dirá que estuvimos jugando a los naipes.

—Un poco después de eso —continuó Simón imperturbablemente—, ¿no me hiciste por ventura un disparo estando yo en mi ventana del cuarto del hotel?

—No.

Simón inhaló pensativo.

—No, tal vez no fueras tú. Sin duda debió ser nuestro otro amigo —repuso. Miró el billete de Pullman y añadió—. Viniste en el nocturno de anoche, de modo que en ese instante estarías ya camino de la estación.

—Estamos en un país libre.

—Yo no creo que seas un hombre capaz de apreciar lo que son países libres.

Karl continuó mirándole con la boca cerrada y los ojos preñados de odio.

—Supongo que comprenderás en qué clase de situación estás —dijo el Santo con lentitud—. El rapto hace tiempo que es un delito federal, y no creo que te sientas feliz teniendo a no pocos *G-men* moviéndose en tu vida. Además, te he encontrado violentando la entrada del laboratorio.

—Yo no he violentado nada. La puerta estaba abierta.

—Eso no representa ninguna diferencia. Lo sabes muy bien. Y además llevabas armas ocultas...

—Eso es lo que dices tú.

—¿Cómo explicas el que estés aquí?

—Me dejé un par de libros —contestó Morgen lentamente—. Me olvidé de ellos al arreglar mi maleta. Y he venido a buscarlos.

—¿Por qué no has pasado por la casa para pedirlos?

—No quería molestar. He pensado que los encontraría y podría irme sin mayores complicaciones.

Simón meneó muy significativamente la cabeza.

—Es una historia muy hermosa Karl. Los del F. B. I. se divertirán mucho oyéndola.

—Puedes ir a decírselo.

—¿No temes que puedan ser un poco rudos contigo?

—¿Por qué no me entregas y lo compruebas?

—Porque antes quiero hablarte un momento.

Karl se humedeció los labios. Se hallaba inmóvil, apoyándose con ambas manos sobre el banco de trabajo.

—No quiero hablar contigo, amigo.

—No estás en situación de elegir —hizo notar Simón—. Y yo tengo muchas preguntas que hacerte. Deseo saber quién te contrató para atacar a Madeline Gray. Quiero saber también para quién estás trabajando en sentido general. Y por último me interesa saber en qué parte se halla ahora Calvin Gray.

—Será mejor que se lo preguntes a quien pueda decírtelo.

—¿Y quién es esa persona?

—No lo sé.

El Santo sonrió ligeramente.

—Es cierto que eres un «duro», ¿eh?

—Tal vez.

—Lo mismo soy yo —replicó el Santo con firmeza—. Estoy seguro que sabes quién soy. Y espero que hayas oído hablar de mí. También soy un sujeto muy duro, Karl. Creo que me es posible demostrarte que puedo ser rudo y duro contigo.

—¿Sí? ¿Cuándo vas a comenzar?

—¿No deseas hacer nada?

—No, compañero.

La sonrisa no desapareció de los labios del Santo.

—Me parece que tu diálogo es un poco tonto —dijo.

Posó su peso sobre un pie y dejó descansar el otro.

Sabía exactamente qué iba a hacer, y se sentía perfectamente tranquilo. No sería muy hermoso, pero no era culpa suya. No veía nada a mano para amarrar a Morgen por el momento, y no podía exponerse a riesgos. Ese hombre era realmente tosco, fuerte y... peligroso.

Su expresión era amable y atrayente. Realmente se sentía contento al pensar en su buena suerte. Únicamente el azul helado de sus ojos hacía juego con la parte de su mente que bullía de pasión, sin piedad y sin clemencia.

Caminó en torno al banco y levantó su mano derecha hasta que la pistola estuvo a nivel de la cara de Karl. Morgen la miró sin parpadear. Simón movió la muñeca y el antebrazo en un arco repentino que dejó caer el cañón de la pistola contra la sien de Karl. Morgen se tambaleó y se asió a la mesa. El Santo dio otro paso hacia él y le hundió el cañón con fuerza en la región del plexo solar. Morgen dejó escapar un gemido y se balanceó.

Simón dio medio paso atrás y se guardó la pistola en el bolsillo. Usó la barbilla de Morgen como un *punching-ball*, atacándole con *hooks* de

izquierda y derecha. Karl soltó la mesa y retrocedió hasta chocar contra la pared de atrás, cayendo al suelo.

—Levántate —le ordenó Simón sin piedad—. Esto no es sino el comienzo.

Karl se apoyó contra la pared. Escupía sangre por la boca. Luego lanzó una frase imposible de repetir.

Simón volvió a castigarlo. La cabeza de Morgen era sacudida por la fuerza de los impactos y chocaba con violencia contra la pared. Sus ojos estaban vidriosos y solamente la pared podía mantenerlo erguido. Se hallaba adosado contra ella, con los brazos un poco abiertos para sostenerse.

—¿Qué tal resulta estar sufriendo de este modo? —preguntó Simón con suavidad.

Le golpeó una vez más, no tan fuerte, pero sí de firme.

No era una escena magnífica, pero no estaba destinada tampoco a serlo. No era sino sencilla y perversamente el proceso mecánico conocido en la policía como el mejor medio para desarmar a la oposición. Pero el Santo no sentía mayor pena que la que habría podido sentir al atacar a un tiburón. Estaba bien seguro de la forma en que Karl Morgen se habría conducido si las posiciones hubiesen sido contrarias.

Y estaba mucho más seguro todavía al mirar sus ojos. Aún continuaban mirando malignos y preñados de odio, pero empezaban a denotar ya ese temor del animal al recibir un castigo.

—Esto puede seguir por todo el tiempo que quieras, Karl —le dijo—. A mí me da igual. Puedo pasar el resto del día golpeándote hasta dejarte hecho papilla. En los intervalos podemos intentar algunos nuevos movimientos con infiernillos de alcohol y algunos ácidos quemantes. ¿Hablamos o seguimos jugueteando así?

Levantó nuevamente un puño, y por primera vez Morgen parpadeó y alzó un brazo para cubrirse la cara.

—¿Bien? —preguntó Simón.

—¿Qué es lo que desea saber?

—Eso es mejor.

El Santo sacó otro cigarrillo y lo encendió. La primera bocanada de humo la arrojó deliberadamente a la cara de Morgen. Si era menester acosar al toro, podría hacerlo de todas maneras.

—¿Trabajas para Imberline?

—No.

—¿Qué estabas haciendo anoche con él?

—Acababa de encontrarlo. Quería obtener trabajo en la *Consolidated Rubber*.

—¿Por qué?

—Porque quiero ir al Oriente.

—Me parece —observó Simón— que te gusta mucho la goma.

—Se equivoca, compañero —repuso—. Soy un químico. Necesito hallar trabajo donde pueda haberlo.

La mirada de Simón era inclemente e inexpresiva.

—¿Quién te dio la nota que dejaste en mi bolsillo?

—Otra persona.

—¿La misma que te contrató para raptar a Madeline Gray?

—No era un rapto. Únicamente debíamos asustarla un poco.

—He preguntado si fue la misma persona.

—Sí.

—¿Quién?

—Alguien para quien trabajo.

—Karl —dijo el Santo con animación—, me temo que estás vacilando. No dejes que el suspenso se prolongue, porque puedo llegar a excitarme. ¿Para quién estás trabajando?

—Para un hombre de negocios.

—¿Se llama acaso Schicklgrüber?

Los ojos de Morgen ardieron de rabia.

—No.

Simón le golpeó en la boca y su cabeza chocó nuevamente contra la pared.

—Ya te he dicho que podía excitarme —dijo con lentitud—. Además de estar perdiendo el tiempo, mientes. Estoy seguro de ello. Dime ahora para quién trabajas y no te entretengas. O de lo contrario empezaré a ser positivamente rudo.

Morgen se secó los labios con el dorso de la mano.

—Está bien, compañero —murmuró—. Que sea como quiera. Nosotros nos apoderamos de Calvin Gray. Y, si algo me sucede, lo mismo podrá pasarle a él.

—Me parece que has estado viendo muchas películas de bandidos —dijo el Santo con una maligna sonrisa—. Ese argumento es tan conocido que todo el mundo se lo sabe ya de memoria.

—Será mejor que se lo pregunte a Madeline y vea qué piensa ella.

—No es posible. Ella está en Nueva York.

—De todas maneras, será mejor que se lo pregunte.

—Prefiero preguntártelo a ti. ¿Hasta qué punto podría servirte de consuelo saber lo que pueda llegarle a pasar a Calvin Gray mientras te quemamos los pies y luego los riegos con ácido nítrico?

Morgen le miró por un instante. Se produjo una pausa que el Santo no quiso alterar. Dejó que se prolongara todo lo preciso.

—¿No podemos hacer un trato? —preguntó por fin Karl.

—Depende de qué clase de trato sea.

—Deme un cigarrillo, compañero.

Simón retrocedió un par de pasos, hurgó en su bolsillo, sacó un cigarrillo y se lo arrojó. Morgen erró el movimiento y el cigarrillo resbaló de su mano y cayó hacia el banco de trabajo. Murmuró algo y se acercó para cogerlo. Fue entonces cuando todo estalló.

Morgen tendió las manos hacia el cigarrillo. Debía estar menos *groggy* de lo que aparentaba. O acaso era mucho más duro de lo que alardeaba. El caso es que, en lugar de erguirse, se tendió hacia delante como un corredor al iniciar la carrera. El movimiento lo llevó debajo del banco de trabajo. Un instante después, el pesado banco se elevaba por un extremo. Rodaron los frascos y se rompieron en el suelo; pero Morgen quedó momentáneamente oculto y el Santo debió apartarse con presteza y levantar una mano para desviar la pesada mesa que se le venía encima como una gigantesca maza. Logró tener una velada visión de Morgen corriendo hacia el *hall*, y presionó el gatillo de su pistola, pero estaba sin equilibrio y no pudo hacer nada.

El vocabulario de que hizo uso en ese momento habría bastado para excomulgarlo sin remedio.

Moviéndose hacia un costado de la mesa volcada, corrió hacia el *hall* en persecución del fugitivo. Morgen se encontraba fuera de la vista cuando el Santo atravesó la puerta, pero el ruido de sus pasos sobre las ramas y hojas se alcanzaba a oír claramente entre los arbustos de la izquierda. Su mente funcionaba ahora como una máquina calculadora... cuando quizá era ya un poco tarde. Morgen... llaves de automóvil... un automóvil... el camino... Esperó un segundo para aclarar el pensamiento mecánico y echó a correr por el sendero en dirección a la casa. Un trecho más adelante, torció de rumbo, cortando camino para tratar de sacar ventaja sobre el fugitivo.

Algo sólido pero suave interceptó sus pies. Su propio impulso le lanzó de bruces sobre un lecho de hierbas sin cortar. Medio cegado, rodó de lado y logró levantarse.

Entonces vio en qué había tropezado.



Era un cuerpo humano. Hasta un momento antes había sido la morada del infortunado míster Sylvester Argent.

### III

Lo de «infortunado» no debiera ser tomado demasiado literalmente. Sus manos estaban suaves y blandas y no particularmente frías.

En cuanto al instrumento que separara a míster Angert de su no muy estatuaria silueta, probablemente había sido la cachiporra que Simón llevaba todavía en su bolsillo. No se veía sangre en las ropas de míster Angert, ninguna huella de estrangulamiento en su garganta. Su cara de rata parecía blanda y no denotaba que hubiese tenido que luchar. Pero se notaba una depresión en su cráneo, justamente detrás de la oreja derecha. Aparentemente, la asimilación de calcio de míster Angert no había podido suministrarle la cantidad normal de resistencia, o tal vez Karl Morgen había calculado por lo bajo su propia fuerza. Simón no dudaba que el atacante había sido Karl Morgen.

Y éste había huido ya, por lo cual sería imposible hacer otras preguntas.

El Santo volvió a pronunciar ciertas palabras fuertes. Con el tiempo perdido al caer y comprobar si Sylvester Angert continuaba siendo o no una obstrucción, Morgen había logrado una ventaja tal como para no ofrecer posibilidades de alcance. Simón se puso de pie, escuchó y casi inmediatamente oyó el zumbir de un arranque, el crujir de engranajes y el ruido en ascenso de un motor muy distante ya como para lanzarse en su persecución.

Luego oyó algo más: un ruido de pasos ligeros sobre el camino que acababa de abandonar. Instintivamente levantó la pistola y se ocultó detrás del arbusto más cercano. Un momento después vio a Madeline y en el acto abandonó su escondite.

—¡Simón! —gritó ella sin aliento—. ¿Está usted bien?

—Por completo —contestó él—. Creía haberle dicho que se quedara en la casa.

—Lo sé. Pero estaba vigilando. He visto a Karl corriendo... he temido que le hubiese pasado algo a usted... y...

Fue entonces cuando vio el cuerpo de Angert tendido a sus pies.

Abrió desmesuradamente los ojos y luego miró a Simón con azoramiento.

—Pero... yo estaba segura que era Karl... y no estaba aquí...

—Sí, era Karl —dijo el Santo—. Pero ha podido huir. Estábamos en el laboratorio, cuando de pronto ha apelado a un buen recurso. He aprendido una treta nueva —agregó, contrayendo los labios—. Corría en su persecución cuando he tropezado con Sylvester y he caído al suelo.

Madeline miró hacia el cuerpo inmóvil con sus ropas arrugadas que ya no parecían pertenecerle.

—¿No es cierto que parece muerto? —murmuró Madeline con voz insegura.

—Está muerto —repuso el Santo.

Madeline tragó saliva y le costó recuperar el aliento.

—Usted... ¿lo ha matado usted?

—No. Estaba ya muerto cuando he tropezado con él. Ciertamente, desde hacía sólo un momento. Debía estar espiando en los contornos cuando ha llegado Karl, y creyendo que era de los nuestros le ha atacado... acaso con demasiada fuerza... De modo que esto nos demuestra que no pertenecían al mismo bando... Esto se vuelve cada vez más interesante.

—Me alegro que lo crea así —dijo ella, sin ninguna intención de parecer lista.

De haberlo hecho, el Santo no lo habría notado de todas maneras. Su mente estaba ocupada con muchas cosas nuevas, trabajando incesante después del retraso sufrido y tratando de encajar las cosas en su nueva posición.

—Regrese a casa —dijo— y manténgase fuera de la vista. Yo no tardaré mucho en estar allí.

Encontró a Madeline en el *living-room* jugando nerviosa con un cigarrillo.

—Parece que no sirvo para esto, ¿verdad? —preguntó—. Estoy muy asustada.

Él sonrió para animarla.

—Todavía no la he oído gritar —dijo, sentándose junto al teléfono—. Ahora voy a hacer algo tonto. Llamaré al F. B. I.

—Tal vez sea lo más indicado.

—Es la única cosa que puedo hacer. No tengo equipo para obtener impresiones digitales; no tengo acceso a los archivos criminales; no puedo hacer circular la filiación de su padre y carezco también de un ejército de agentes para seguir cada una de las pistas. Aparte de eso, soy maravilloso —terminó con maliciosa sonrisa.

Marcó un número y pidió comunicación con «Informaciones». Después de una espera fue puesto en contacto con New Haven.

—Quiero hablar con quien se halle a cargo de eso —dijo—. Habla Simón Templar.

—Diga, míster Templar —dijo una voz al cabo de unos instantes.

—¿Han recibido ahí una llamada de Washington acerca de mí?

—Sí. ¿Podemos hacer algo en su obsequio?

—Me temo que van a tener que venir a Stanford. Ha habido un rapto. Ha sido asesinado un hombre, si eso puede interesarles.

Se produjo una pausa.

—Bien —dijo la voz—. Podemos estar ahí dentro de una hora. ¿En qué parte se encuentra usted?

Simón obtuvo la dirección de Madeline, la repitió y colgó el aparato.

Luego encendió un cigarrillo, sacó su automática y repuso la carga con un par de cartuchos que tenía sueltos en el bolsillo.

—¿De modo que era Karl? —preguntó ella.

—Efectivamente. Él fue uno de los que la atacaron anoche. Quizá fue también él quien puso la nota en mi bolsillo. He podido sacarle algunas respuestas antes de haber logrado engañarme y huir.

Le refirió detalladamente todo lo acontecido.

—¿Es posible que Imberline sea un nazi?

—En esta endemoniada guerra todo es posible. Sin embargo, si «es» un sujeto muy listo y astuto, ciertamente realiza una tarea sorprendente al saber ocultarlo... No lo sé... De todas maneras, estoy seguro que Karl está trabajando para alguien más, además de Schicklgrüber, aun cuando no sea sino para ocultar al verdadero jefe y ayudarle a llegar a lugares en donde él quiere estar.

—¿Quién es entonces?

—Si lo supiera, querida, no tendría tanto en qué preocuparme. El hecho con el que nos tenemos que enfrentar ahora es que el Enemigo no parece amenazarnos de una sola parte. Lo demuestra el hecho de que al camarada Angert no le volverá a doler la cabeza.

Ella hizo un gesto.

—La verdad es que no sabemos nada respecto a él —dijo.

—No. Pero pronto sabremos bastante.

El Santo había depositado sus trofeos sobre la mesa. Se volvió hacia ellos para ver si podían ser de alguna ayuda. Madeline se sentó sobre el brazo de la silla para mirar mejor.

Simón tomó primeramente el papel. Era una hoja *in cuarto*, doblada cuatro veces en un sentido, como suelen hacer algunos reporteros para tomar

apuntes. Las anotaciones, luego de un pequeño estudio, parecieron más inteligibles que cuando las mirara al principio. Eran las iniciales «M. G.», el nombre de Simón Templar escrito más de una vez, y luego las iniciales «S. T.»; algunos nombres de lugares, cifras que podrían corresponder a horas, y de vez en cuando un ítem como «Cab, 5 c.».

—Es como suponíamos —murmuró—. Sylvester estaba siguiéndola. Y también a mí, después que nos encontramos. Parece que dio con usted ayer por la mañana... al menos hay anotaciones antes de entonces.

Luego tomó el billetero. Contenía cincuenta dólares en billetes, una libreta de depósito del *Bowery Savings Bank* con una anotación de depósitos bastante grandes y un saldo final de 3.127,48 dólares, un permiso para conducir, un par de formularios telegráficos, cuatro sellos de correo aéreo, una tarjeta de enrolamiento «4-H», un permiso de Nueva York para portar armas, una fotografía de un joven con uniforme del cuerpo de aviación, un recibo de seguro de vida, un diario con unos cuantos nombres y direcciones y una cantidad de tarjetas de visita. Las tarjetas eran interesantes... Simón tenía una colección similar, pero mucho mayor. Podían servir para asociar a míster Angert con una variedad de empresas que iban desde la *Choctaw Pipe and The Company* hasta el departamento de propaganda de los *Standard Magazines*.

Había tres ante las que se detuvo el Santo. Decían:

“

Vanderbilt 6-3850

SCHINDLER BUREAU OF INVESTIGATION

7 East 44th Street

New York, N. Y.

Mr. Sylvester Angert

—Esto podré averiguarlo —dijo.

—¿Qué hay de interesante en ello?

—Se trata de una agencia real. Una de las mejores. ¿Recuerda usted que yo le dije en Washington que podía contratar algunos detectives si los necesitaba? Si usted hubiera aceptado, yo la habría llevado a Ray Schindler... ¡Pero si Ray Schindler posee por aquí cerca una casa de verano! Existe la posibilidad...

Tendió una mano hacia el teléfono sin terminar la frase.

Al menos tuvo un giro de suerte en su favor. Conoció la voz que contestó a su llamada sin necesidad de preguntar nada.

—Ray —dijo—, habla Simón Templar.

—Vaya, vaya. Hace mucho tiempo que no nos vemos. ¿Cómo está usted?

—Bastante bien. Escuche, Ray, se trata de negocios. ¿Conoce a un sujeto llamado Sylvester Angert?

Hubo una ligera pausa.

—Sí.

—¿Trabaja para usted?

—A veces.

—Tendrá que reemplazarlo —dijo el Santo con frialdad—. Sylvester ha marchado para los Lejanos Terrenos de la Investigación.

Por un momento no se oyó ningún sonido.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que alguien se ha valido de su cabeza como tambor y la ha quebrado.

—¿En qué parte ha sido eso?

—En casa de Calvin Gray, no hace mucho. El cadáver lo he hallado yo. ¿Es cierto que estaba usted siguiendo a Madeline Gray?

—Sí.

—¿Y también a mí?

—Yo no lo sabía. Puede creerme —dijo Schindler—. ¿Ha llamado a la policía?

—No. Pero he avisado al F. B. I. y ya han despachado un hombre. En esto hay algo más que un crimen.

—Sea como fuere, habiendo crimen tendremos que avisar a la policía.

—Creo que sí. Yo los llamaré.

—Será mejor que lo haga yo. Conozco al jefe. Y luego partiré hacia ahí.

—¿Conoce usted el lugar?

—Sí. Llegaré dentro de pocos minutos.

Simón colgó el aparato.

—Me temo que va a ser usted la dueña de casa en una verdadera reunión de detectives —dijo—. Será mejor que coloque afuera una luz azul y saque escupideras.

—¿Conoce usted a ese Schindler? —preguntó Madeline.

—Lo conozco desde hace años. Y cualquiera que sea el trabajo sucio que alguien esté haciendo, él no tiene nada que ver en eso. Seguramente le han contratado con cualquier pretexto para seguirle a usted los pasos. Yo espero

que esto nos dé otra indicación. Ya lo veremos. Mientras tanto... ¿no le parece que otro trago nos sentará bien?

Pasó a la cocina para preparar los cócteles y ella le siguió y se quedó observándole.

—Ha sido usted muy bueno —dijo poco después—, al tratar de quitarme todo de las manos. Pero ahora debo saber más. ¿Cree que hay alguna posibilidad de dar con mi padre?

—Siempre hay una posibilidad para todo —contestó él, revolviendo metódicamente las bebidas—. Pero no será fácil. Esta parte está llena de bosques. Es posible que hayan venido dos o tres hombres, hayan efectuado su misión y hayan partido sin ser vistos ni oídos por nadie en muchas millas a la redonda.

Madeline le miró con ojos ansiosos.

—Si me está ocultando algo más, creo tener derecho a saberlo. ¿Cuál cree usted que es la verdad?

Dejó la coctelera y la miró con toda la bondad de que podía ser capaz.

—Me parece que soy completamente responsable de lo que haya podido ocurrirle a su padre. Todavía no sé por qué. Pero, mire. Han tenido ustedes sabotajes y han recibido amenazas. Eso no ha bastado para detenerles. Anoche comencé a pensar que el rapto de su padre y la tentativa de raptar a usted son una especie de maniobra coordinada. Probablemente calcularon el tiempo para que ambos raptos tuvieran lugar casi a la misma hora y los dos desaparecieran al mismo tiempo, aunque en lugar diferente. Pero no ocurrió así.

—¿Por qué?

—Piense en la nota que recibió usted en el Shorendam. Su cita con él fue una falsedad, un plan para hacerla ir a un lugar en el que pudiera ser raptada. Por lo tanto, ¿a qué tratar de impedir que concurriese usted a la cita? Únicamente debió haber una razón. Los enemigos estaban tratando todavía de saciar sus ambiciones. Pero usted no se atemorizó. Luego me habló a mí. Ellos me dijeron que me ocupara de mis asuntos, pero seguramente debieron pensar que no haría caso. Sin duda se dijeron que debían hacer algo más para asustarla; pero, cuando yo entré en escena, perdieron esa última esperanza.

—Ocurra lo que ocurra, me mostraré tan firme como pueda. Ahora me siento bien. Lo prometo.

Simón sonrió con uno de aquellos gestos de camaradería sin reservas que lograban que las gentes se sintiesen como si hubiesen sido elegidas para una

fraternidad exclusiva y única. Su mano se posó ligeramente sobre el hombro de ella.

—Hasta ahora se ha portado usted muy bien, Madeline —dijo—. No necesita sino un poco de tiempo para poder dominar su confusión.

Sentía impaciencia por ver llegar a los que tenían que venir. Incluso se sentía igualmente impaciente por las rutinas que tendrían lugar, ya que quizá le proporcionarían la acción positiva que tanto necesitaba.

Transcurrió una larga media hora antes que el primero de los automóviles avanzara por el camino. Poco después descendía Ray Schindler. Mostraba escasos cabellos blancos y unas cejas mefistoféticamente negras; su nariz inquisitiva le daba un absurdo parecido con el malogrado Edgar Wallace.

Simón salió a recibirlo, y cuando estaban dándose la mano apareció otro coche por el camino. De él se apeó un hombre coloradote, con amplios pantalones y un chambergo sobre la nuca. Schindler hizo las presentaciones.

—Éste es el jefe Wayvern... míster Templar.

—Bueno —dijo Wayvern impersonalmente—, ¿qué es lo que ocurre?

Simón refirió todo tan brevemente como pudo, dejando de lado toda especulación, mientras caminaban hacia el lugar donde el hombrecillo había cesado bruscamente de ser curioso. Se detuvieron y miraron sus restos.

—Sí, es Angert —dijo Schindler.

Wayvern se inclinó sobre el cuerpo y efectuó una revisión superficial para no alterar su posición. Luego retrocedió y se volvió hacia los dos satélites que le habían seguido.

—En funciones, muchachos —les dijo—. Pero no muevan el cuerpo hasta que venga el médico. Llegará dentro de pocos minutos.

Uno de los hombres se puso a preparar una cámara fotográfica. Wayvern sacó un cigarro del bolsillo del chaleco y echose un poco más atrás el sombrero.

—¿Dice usted, Ray, que este hombre trabajaba para usted y estaba encargado de seguir los movimientos de Madeline Gray?

—Efectivamente. Anteanoche se fue a Washington para dar con ella. Pero yo no sabía nada acerca de esas otras cosas de las que me ha hablado Simón. El cliente que estuvo a verme me dijo que miss Gray estaba siendo objeto de chantaje y que ellos querían ayudarla. Pero miss Gray hizo prometer a esa persona que no diría nada a la policía. El buscarme a mí fue una maniobra para impedirlo. Al menos, eso fue lo que se me dijo. Se me comisionó para que pusiera un hombre a vigilar a miss Gray e informar sobre toda persona que estuviese en contacto con ella.

—¿Quién era ese cliente? —preguntó Simón.

—He llamado a mi oficina en Nueva York para saber el nombre y la dirección. Aquí están.

Sacó un trozo de papel del bolsillo y se lo entregó a Wayvern.

—Miss Diana Barry —leyó éste.

—¿Cómo es? —preguntó el Santo.

—Una joven alta... hermosa... de ojos azules... muy bien vestida... y con facilidad de expresión.

Simón se quedó pensativo, pues había estado preguntándose cuánto tiempo transcurriría antes de que Andrea Quennel volviera a cruzarse en su camino.



## Capítulo IV

# DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR ESTUDIO SU BIOGRAFÍA, Y WALTER DEVAN LLEGÓ DE VISITA

### I

**E**l hombre del F. B. I. de New Haven, cuyo nombre era Jetterick, dijo: —La señora Cook manifiesta que anoche sirvió la cena a míster Gray a las siete y media, que luego lavó las cosas y se retiró a eso de las nueve. A esa hora él estaba leyendo un libro en el *living-room*.

—¿No dijo nada de que pensara salir? —preguntó Madeline.

—No.

—¿Existía alguna razón para que lo hiciera? —inquirió el Santo.

No hubo contestación.

Simón había referido su historia dos o tres veces... la última para ser tomada por escrito. Ambos habían contestado a numerosas preguntas.

Madeline Gray había dicho:

—No conozco a ninguna mujer llamada Diana Barry, ni tampoco a persona alguna que corresponda a tal descripción. Además, nadie ha intentado hacer un chantaje.

—¿No hubo amenaza anteriormente, miss Gray? —preguntó el policía, rascándose la cabeza.

—No. Únicamente las notas de Washington, de que ya hemos hablado.

—Dice usted que su padre disponía de bienes, ¿verdad?

—Sí.

—Pero hasta ahora no ha habido pedido alguno por rescate.

—El rapto por rescate —observó Simón— no tiene vinculación con dos o tres tentativas de sabotaje contra el laboratorio.

—¿Fue probado el sabotaje? ¿Se informó de ello a la policía local?

—Ciertamente —contestó Madeline—. Pero no encontraron nada.

—Nosotros hicimos lo que fue posible —dijo Wayvern.

—¿No ocurren accidentes en los laboratorios de química?

—Sí, a veces. Pero...

—¿Se quedaba siempre su padre en casa por la noche? Comprenda que debo insistir al respecto. No quiero sugerir nada que pueda ofenderla, pero no hace mucho tiempo que está ausente. ¿No pudo ir a Nueva York a reunirse con algunos amigos en la ciudad?...

—Usted sabe tanto como nosotros —dijo el Santo—. Ya he referido toda la historia tal como es. Todavía tiene que pensar usted en la tentativa de rapto que miss Gray sufrió en Washington, el disparo que me fue hecho en el Shoreham, el hecho de que Karl Morgen anduviera por aquí, y la misma muerte de míster Angert. Pero usted parece considerar las cosas desde un punto muy limitado.

Jetterick lo miró con filosófico abandono.

—Si se tratara de alguna otra persona y no de usted —dijo—, yo le habría dado mayor trabajo. Confieso que usted hace parecer el caso como si fuera muy simple. Pero yo tengo que pensar en otra forma diferente. Carezco de personal y me hallo sobrecargado de trabajo. Sin embargo, estamos tratando de atender todo lo que podemos. Tenemos la descripción de Morgen y seguramente en el laboratorio encontraremos algunas de sus huellas. Tenemos también el arma que usted le ha quitado. Trabajaremos con cada uno de los rastros que hay.

—¿No hay nada que yo pueda hacer? —preguntó Madeline.

—Deme una fotografía y una descripción detallada de su padre. Lo notificaremos como desaparecido. Si no recibe usted ninguna comunicación acerca de él, eso nos dará algo más en que trabajar. Hasta entonces, no puedo prometer nada. Es este continente muy grande; y, si su padre está siendo ocultado deliberadamente, nos llevará mucho tiempo el encontrarlo.

—Le conseguiré un retrato —dijo con suavidad, y abandonó la estancia.

Jetterick examinó las notas que habían tomado.

Wayvern hizo otro examen de la cartera de Angert. Tomó la fotografía del joven con uniforme de aviador, y trasladó su largo cigarro apagado al otro ángulo de su boca.

—¿Sabía algo acerca de eso, Ray?

—Sí —contestó Schindler—. Éste es su hijo, o lo era. Murió en las Salomón.

—¿No hay, pues, ninguna posibilidad de que Angert haya tenido algunos amoríos? —sugirió Jetterick.

—Ni en un millón de años —dijo Schindler con convicción—. Tenía locura por su hijo. Aparte de eso, Angert ha estado trabajando para mí a intervalos por un período de diez años, y puedo responder por él en cualquier parte. El caso es que se halló atrapado en esto, lo mismo que yo.

—Eso es lo que parece —confesó Jetterick—. Pero de todos modos, no lo entiendo. Si Morgen estaba trabajando para la misma gente que la mujer que contrató sus servicios, ¿por qué han tenido que matar a Angert?

En ese momento apareció Madeline Gray y dijo:

—Será mejor que almuercen aquí, mientras terminan esos señores.

Así se hizo. Estaban terminando el café cuando se recibió una llamada telefónica de Nueva York para Jetterick. Cuando volvió a la mesa, su cara, comúnmente agradable, era estoica.

—Han comprobado esa dirección —anunció—. No es sino una de esas direcciones de acomodo. La descripción de la joven concuerda. Pero no dejó ningún otro domicilio adonde enviarle las cosas. Dijo que pasaría por si había algún mensaje para ella.

—Tenía que haberlo supuesto —murmuró Schindler— en cuanto me he enterado del resto de la historia.

—Desde luego estamos vigilando el lugar. Si llega allí, será detenida.

Simón chupaba su cigarrillo.

—Si se entera que Sylvester ha sido asesinado —hizo notar—, me parece difícil que se aproxime.

—Es cierto. Pero podemos intentarlo.

—¿Acaso debe llegar a enterarse? —preguntó Schindler, confundido.

Jetterick se encogió de hombros.

—No tengo nada que decir. ¿Qué dice usted, jefe?

—Haré lo posible por mantener eso callado —contestó Wayvern—. Pero no puedo prometerlo por más de veinticuatro horas. Estas cosas siempre llegan a saberse. Aparecerán los reporteros y tendré que hablar.

—Veinticuatro horas son mejor que nada —dijo Jetterick.

—Mientras mantenemos esto callado —dijo el Santo— desearía que se simulara que Madeline no ha estado aquí. El Enemigo continúa buscándola. Morgen no ha llegado a verla y yo le he dicho que estaba en Nueva York. Madeline puede pedir a la señora Cook que se quede aquí esta noche, explicando su ausencia al marido de modo que en la localidad no haya

murmuraciones. Cuanto más tiempo podamos tener oculta a Madeline, tanto menos posible será que la perdamos.

—Yo puedo decir que mis hombres no la han visto —dijo Wayvern.

—Además de eso —continuó Simón—, debiera tener un guardia, por si acaso. Tengo que marchar a Nueva York esta tarde, y no puedo prometer que estaré de regreso para la noche.

Jetterick frunció el ceño.

—Si yo dispusiera de un hombre libre —dijo—, podría dividirlo en seis partes y necesitarlos a todos ellos.

—Yo puedo encargarme de eso —repuso Wayvern.

Se miraron unos a otros. Parecía como si hubieran llegado al término de lo que podían hacer.

—Yo debo regresar a Nueva York —dijo Schindler—. Si quiere, Simón, puedo llevarle en mi coche.

Transcurrió todavía un cierto tiempo antes de que partiesen.

Hablaron a más no poder del asunto mientras viajaban hacia la ciudad, pero el Santo guardaba todas sus conclusiones para él y sólo contribuía a la conversación para parecer natural y estar en ella. Tenía mucho que analizar y teorizar, y además se sentía más ansioso que nunca por poner sus manos en esos *dossiers* que ya debían estar en camino para serle entregados. En alguna parte de los mismos debía haber una clave cuando menos para alguno de los enigmas que estaba haciendo girar en su mente. A pesar de su amistad con Ray, se sintió alegre cuando terminó el viaje y pudo sentirse nuevamente a solas y preparado para lo que pudiera llegar.

Se encontró en el Hotel Roosevelt a las cuatro y media, y estaba terminando la última gota de un vaso de Martini cuando un hombre voluminoso, delgado y de cabellos grises se sentó a su mesa y depositó entre ellos un abultado sobre, en el que escrito a máquina podía leerse: «Míster Sebastián Tombs».

—De Hamilton —dijo el hombre de cabellos grises en voz baja.

—¡Que Dios lo bendiga! —murmuró el Santo.

—Confío en que no me haya hecho esperar mucho.

—No —contestó Simón, haciendo señas a un mozo—. Tome alguna cosa.

—No, gracias. Tengo úlcera.

—Un *Martini* seco para mí —dijo el Santo, y luego se volvió hacia el recién llegado—. ¿No le ha dado también Hamilton un mensaje?

—La gente por la que usted se interesa se aloja esta noche en el Savoy Plaza.

—Bien.

—Si me permite —dijo con pesar el hombre canoso—, tengo que marchar para atender otras citas.

Se puso de pie y se alejó a paso vivo, perfectamente inofensivo, como un sujeto en quien nadie habría reparado. Era perfecto para el lugar que ocupaba en una maquinaria de infinitas complicaciones.

Simón sopesó el paquete que tenía en la mano mientras saboreaba su segundo cóctel, pero se dijo que era mejor no abrirlo por el momento. A esa hora, el lugar empezaba a llenarse de hombres de negocios ansiando reponer sus fuerzas después de las labores del día, y él deseaba concentrarse por entero en la lectura de esos papeles.

Terminó su bebida más rápidamente que la anterior, pero sin abandonar su autodomínio, y guardando el sobre en el bolsillo, se retiró. Sus pensamientos giraban en torno de una tranquila habitación de hotel, una botella de *whisky* Peter Dawson, un vaso con hielo, un paquete de cigarrillos y un período de ininterrumpida soledad. Por eso debió ser por lo que de pronto se dio cuenta que había estado mirando vagamente a un coche abierto y convertible, de color verde, que había doblado hacia la acera en dirección suya con una diosa rubia de ojos azules saludándole con la mano desde el volante.

Avanzó hacia el coche con lentitud, casi como si estuviera inseguro del reconocimiento; pero estaba absolutamente en lo cierto y fue como si la boca del estómago le subiera y bajara por debajo de su cinturón.

—¡Hola, Andrea! —dijo.

## II

Vestía ella un *sweater* de color crema claro que ajustaba graciosamente a cada una de las curvas de su cuerpo escultural; sus labios eran carnosos e incitantes.

—¡Hola! —dijo a su vez—. ¿Sorprendido?

—Un poco —confesó él blandamente.

—Hemos venido en avión esta mañana. Mi padre tenía asuntos que atender en Nueva York y como yo iba a Westport...

—¿En qué viaja ahora... en una bañera con gasolina?

Ella se rió al oírle e indicó la «T» pegada al parabrisas.

—Todos nuestros automóviles pertenecen ahora a la *Quenco*, y bueno es decir que se trata de una industria para la defensa... Yo había pensado ir a

Stanford para tratar de verle.

—Muy amable de su parte.

Volvió ella a sonreír.

—Ahora no se me escapará. Suba y podrá invitarme a un trago en alguna parte.

Cuando subió Simón, ella accionó la palanca y el coche reanudó la marcha hacia el lado de Madison Avenue.

—¿A qué parte le agradecería llevarme? —preguntó ella.

Llegaba el momento de decidirse. Simón había recogido el dado y podía disponerse a probar su suerte.

—Al Savoy Plaza —dijo.

La observó atentamente, pero no notó que reaccionara ni siquiera con un parpadeo. La vio doblar con eficiencia por Madison y lanzar el coche convertible hacia el Norte, maniobrando hábilmente por entre el tránsito mientras mantenía una conversación trivial acerca de cierto congresista que había estado tratando de lograr una cita con la moza del avión. El Santo la oía riendo a más no poder. Cuando llegaron al Hotel Savoy Plaza, habíase serenado y se sentía completamente bien, con una curiosa especie de paciencia que no tenía ninguna conexión lógica.

Ella maniobró con pericia el coche y poco después entraban ambos en el salón de los cócteles. Simón pidió las bebidas. Ella se quitó los guantes y echó un vistazo general por el local, como una mujer que sabe muy bien que cada uno de los hombres allí presentes habíanla mirado ya dos veces.

—¿Cómo están sus protegidos? —preguntó entonces.

—Bien.

—¿Ha dejado usted a Madeline en Stanford?

El recuerdo de lo que le dijo en Washington le ardía en la mente, y se maldijo para sus adentros, sin que por ello se moviera un solo músculo de su cara. Ése era el punto débil que había descuidado. Sin embargo, cuando provocó la cosa no existía ninguna razón para no haber dicho a Andrea Quennel que pensaba llevar a Madeline a Stanford.

Hasta habíale parecido una táctica ligeramente ingeniosa. Pero desde entonces eran muchas las cosas que habían ocurrido.

—La dejé en Nueva York con un amigo —contestó tan naturalmente como había mentado antes, aun cuando con menos seguridad—. Me pareció que en una solitaria posesión de campo podían ocurrir accidentes.

—¿Y el profesor?

—También él se ha ocultado —dijo el Santo, casi sin faltar a la verdad.

Ella le miró con cara tan inexpresiva como la cubierta de un *magazine*. Hubiera sido imposible decir quién estaba enterándose de algo o quién estaba mintiendo.

Les fueron servidas las bebidas y brindaron. Pero el Santo experimentó una extraña sensación, como si estuviera levantando una espada y no un vaso en el saludo inicial de un duelo.

—¿No ha podido averiguar usted nada más? —preguntó ella.

—No mucho.

—¿Cuándo podré hacer algo por usted?

—No lo sé.

—Se muestra enormemente locuaz.

Se dio cuenta de la sequedad de su tono y se apresuró a decir:

—¿Por cuánto tiempo piensa quedarse en Westport?

—Tal vez no por mucho. Tenemos una propiedad en Pinehurst, Carolina del Norte, y mi padre quiere pasar allí algún tiempo, tan pronto como pueda estar desocupado. Desea que le acompañe y eche un vistazo a todo —dijo, jugueteando con el pie de su copa—. Es un lugar sumamente encantador. Me gustaría que lo conociera usted.

—Quisiera poder hacerlo.

—Los jardines son hermosos. Hay una hermosa piscina que es casi un lago, y cuerdas y caballos. El cabalgar es delicioso. ¿Le agradan los caballos?

—Mucho.

—Si fuera usted allí, nos divertiríamos mucho los dos. Nada más que nosotros dos.

—Probablemente.

Los ojos de ella eran grandes y dóciles, como si pidieran que quien los miraba dedujera qué querían decir.

—¿Y por qué no ha de poder?

—Tengo algo que hacer —respondió él.

—¿Algo importante?

—Sí.

—Me figuro de que se trata... Pero ¿es que eso va a seguir por siempre?

—Espero que no.

—Tal vez termine muy pronto, ¿eh?

—Sí —dijo él—. Es posible que termine pronto.

—¿Muy pronto?

Simón asintió con una ligera sonrisa, más inescrutable que una total falta de expresión.

—Sí —dijo—, ciertamente puede que sea muy pronto.

—¿En tal caso usted ha debido estar hallando cosas! ¿Sabe usted en realidad quiénes son todos los villanos, de qué se trata, quién está haciéndolo y todo lo demás? Quiero decir, ¿ha encontrado a sus agentes del Eje o lo que sean?

Simón encendió un cigarrillo y la miró con languidez.

—Voy progresando lentamente —confesó—. Pero creo que la niebla empieza a despejarse. Me parece que los resultados van a ser muy interesantes.

—Mi padre llegará esta noche a Westport —dijo ella de pronto.

—¿Oh, sí? —murmuró el Santo, cada una de cuyas inflexiones y expresiones de voz eran siempre correctas y fáciles. El bullir de su mente no le había dejado nada más que la corteza de las formas y las frases.

—¿Por qué no me acompaña en el automóvil y cenamos juntos? Así podrá conocerlo usted cuando llegue. También podríamos proporcionarle un lecho.

—Me agradaría mucho, pero tengo que hacer.

—¿Es que ella no es capaz de cuidarse sola?

—No, por el momento.

—¿Acaso está usted interesado... más que profesionalmente?

Simón notó la entonación de sus palabras, pero no dejó traslucir que se hubiese percatado.

—Lo siento —contestó con una sonrisa—. Pero esta noche no puedo ir a Westport.

—Mi padre se interesa mucho en usted —dijo Andrea—. No tuve más remedio que darle a conocer nuestra conversación de la otra noche. Él piensa que usted es una persona muy sensacional, y ansia conocerlo. Me dijo que deseaba decirle algo que él cree debe usted saber.

El Santo sintió correr un ligero escalofrío por su espina dorsal.

—¿De qué se trata?

—No me lo dijo. Pero sí que yo no dejara de decírselo. Y puedo asegurarle que no habla mucho de las cosas, a menos que sean muy importantes.

—En tal caso tendremos que encontrarnos.

—¿Qué le parece si fuera mañana?

—No lo sé. Tal vez.

—Si ve que se puede zafar no tiene más que llamarnos. No cenamos hasta las ocho... ¿Lo hará?

—Ciertamente —contestó él.



—Entonces le daré nuestro número en Westport.

Él hizo la anotación.

—¿Llegará pronto su padre? —preguntó con naturalidad.

—No. Tiene una de esas horribles conferencias. Yo le habría esperado si hubiese tenido alguna cosa que hacer —agregó, vaciando su vaso—. ¿Por qué no pide más bebida, querido?

—Perdone.

Hizo el pedido, y cuando ella se reclinó en su asiento, le devolvió la mirada con sus ojos pálidos como un claro cielo de primavera.

—¿Piensa quedarse esta noche en la ciudad? —preguntó Andrea.

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí.

Acababa de decidirlo, y le pareció que era un paso conveniente con una gran cantidad de interesantes posibilidades.

Ella aspiró con avidez el humo de su cigarrillo.

Les sirvieron dos nuevos vasos. Él levantó el suyo al nivel de su boca, y esta vez tuvo la certeza de que era una espada.

—Esto por el crimen —dijo.

Ella sonrió.

—Es un buen brindis. ¿De veras no progresa en el asunto? —dijo.

Con toda deliberación la miró de nuevo con atención, sin detenerse en su cuello. Ningún rubor subió a la cara de Andrea. Devolvióle mirada por mirada. Sus labios rojos se humedecieron y se separaron un poco. El Santo dejó que su cara se suavizara en cierto modo.

—Ya le he dicho que he estado siendo algo lento —murmuró—. Puede que me haya dejado pasar algo por alto.

—¿Desea reformarse tal vez?

—Me parece que hay más atractivo en lo degenerado.

—A mí me divertiría verle degenerarse.

Tosió ligeramente.

—Pero —añadió— es usted un hombre tan atareado...

Ahora supo él hacia qué parte iba, y no sintió escrúpulos al respecto. Probablemente llegaría a divertirse.

—Tengo que hacer ciertas cosas —dijo—. No puedo zafarme. Pero para las ocho habré podido librarme de algunas. Si desea usted esperarme hasta entonces, podríamos cenar algo y pasar algunas horas tratando de ganar el tiempo perdido. ¿Le agradaría?

—Mi resistencia ha sido muy pobre desde que le he conocido —contestó ella, y le tocó la mano con sus dedos.

La mente de Simón estaba completamente desapasionada, pero había respuestas humanas sobre las cuales la mente retenía un control nominal. Se daba cuenta perfectamente de que la respiración levantaba la redondez de sus senos por debajo del ajustado *sweater* y que desde su cara le llegaba una corriente de ansiedad. Tuvo la perturbadora intuición, en contra de todo argumento cínico, que la parte que ella tenía en el juego no era más costosa de hacer que lo que costaba a él la suya propia.

Y fue agradable poder olvidarlo prontamente.

—Tendré que irme para poder llegar a las ocho. Nos encontraremos en el *Louis-and-Armands*. Mientras cenamos, podremos seguir peleándonos.

—No nos pelearemos —dijo ella—. Daré por ahí una vuelta y veré si doy con mi padre, para decirle que no iré directamente a casa. Bueno, le espero a las ocho.

—Parece que siempre la obligo a apresurarse —dijo Simón.

Movió ella la cabeza. De pronto se volvió sumamente alegre.

—Esta noche es diferente, querido. ¿No cree que ha sido el Destino el que me ha hecho encontrarlo frente al *Roosevelt*?

—Tal vez.

Vaciaron sus vasos mientras él esperaba que le trajeran la cuenta, y poco después la acompañó hasta el automóvil y le abrió la portezuela. Andrea subió y se arregló las faldas sin darse prisa.

—Le esperaré —repitió ella—. No llegará tarde, ¿verdad?

—Desde luego que no —contestó Simón ligeramente, y quedó viéndola alejarse mientras plegaba sus labios en un gesto de reflexión.

De regreso al *hall* halló una mesa con recado de escribir y redactó una tarjeta postal anunciando la próxima aparición de Larry Adler. El sobre lo dirigió a Frank Imberline. Luego lo llevó al escritorio y lo dejó allí. Se alejó sin ser visto, pues el empleado encargado del registro estaba entretenido hablando a una mujer situada ante él. Desde el otro lado del *hall* quedó observando hasta que la mujer partió. Entonces el empleado vio el sobre, miró el nombre, le estampó la hora y lo colocó en uno de los casilleros que había a su espalda.

El Santo echó a andar hacia el escritorio, sin apartar sus ojos del casillero hasta que hubo leído el número que tenía. Era el 1013.

—¿Podría tener una habitación para esta noche? —preguntó—. Me agradecería en el piso décimo.

Estaba a punto de inscribirse como Sebastián Tombs, cuando recordó que Andrea Quennel podía llamarle. Por eso escribió su propio nombre, sin sospechar cómo habría de recordar tal decisión.

Después de una ligera discusión aceptó la habitación 1017, lo cual le pareció como una intervención divina.

Careciendo de equipaje, hizo un depósito en efectivo, y acto seguido subió a su habitación. Pidió hielo y una botella de *whisky*. Cuando se lo trajeron, habíase quitado ya la chaqueta y la corbata y se hallaba cómodamente tendido, con los pies apoyados en una silla, enterándose del contenido del sobre enviado por Hamilton.

### III

Primeramente retiró el informe acerca de Calvin Gray, puesto que era el más breve. Sólo ampliaba datos y lugares; la clase de imagen que él mismo ya se había formado.

De una vieja familia de Nueva Inglaterra. Graduado en Harvard, *magna cum laude*. Miembro de la facultad de *Middlebury College*, cinco años. Casado: una hija, Madeline, más tarde bachiller en ciencias en Columbia. Su esposa murió al dar a luz. Miembro de la Facultad del *Massachusetts Institute of Technology*, nueve años. Luego profesor en Harvard durante seis. Heredó una mina de oro en California a la muerte de su padre. Todo muy bien. Retirado y dedicado a investigaciones privadas. Autor de un libro, «Principios moleculares de la síntesis química», y no pocas contribuciones a revistas científicas. Sin filiación política. Hombre sumamente modesto, muy estimado por las pocas personas que lo conocían.

No mucho más de lo que habría podido hallar en «Quién es quién», si Calvin Gray se hubiera molestado en figurar en esa publicación. Pero lo suficiente para confirmar la información del Santo y su propio juicio final.

Luego estudió el de Walter Devan. Había recordado algunas noticias sobre su persona después de su encuentro, y ahora pudo verlas verificadas y ampliadas.

Nacido en una pequeña ciudad de Indiana, de padre carpintero. A los dieciséis años huyó a Chicago. Vendedor de periódicos, mensajero postal, lavador de platos, lavador de autos. Unos cuantos asaltos preliminares como preparador de «pesos medio livianos». Fútbol profesional. Una pierna quebrada, mecánico de garaje; escuela nocturna. Maquinista en una fábrica de

automóviles en Detroit. Encargado de reparaciones en la fábrica *Quenco* en Cincinnati. Capataz más tarde. Luego, en una serie de rápidos ascensos, gerente mecánico, ayudante del superintendente de fábrica en Mobile, gerente de personal para toda la organización de la *Quennel Chemical Corporation*.

Era un retrato que bien valía la pena colocar junto a la sumamente oportuna llegada de Walter Devan a la escena del intento de rapto, y relacionarlo con el malentendido gracias al cual Morgen y su compañero pudieron huir. Eso, sin contar con su impresión de que Devan podía ser muy bien el hombre que le empujó en el salón del hotel Shoreham. Pudo ser él quien le dejó la nota en el bolsillo, si no lo fue Morgen... aun cuando no estaba seguro de tal cosa.

Lo único que faltaba era alguna conexión especial entre Devan y Morgen. El primero, a juzgar por su *dossier*, no se hallaba más interesado en política que Calvin Gray. El único club a que pertenecía era el *Elks*. Sus únicas expresiones citadas habían versado sobre asuntos de uniones obreras y sobre algunas defensas de la política de la *Quenco* y sus métodos. Una intentona de antes de la guerra para vincularlo con el *Bund* germano-americano había fracasado ridículamente. Era un hombre que trabajaba en su labor y tenía la boca cerrada. Al parecer, no compartía su lealtad con nadie más.

Y sin embargo —pensó Simón—, si él no sabe algo más acerca de esta charada de lo que sé yo, tendré que dedicar el resto de mi vida a cortarles los pelos a las anguilas.

Se sirvió otro buen vaso de *whisky* y se dispuso a examinar el sumario acerca de Hobart Quennel.

Ésta era otra de esas historias superficialmente honestas que se supone que cualquier ciudadano debe tener. Quennel era el hijo de una respetable familia de clase media de Mobile, Alabama. Su padre poseía un próspero negocio farmacéutico, en donde Quennel trabajó después de abandonar la escuela superior. A pesar de un origen tan ordinario, quizá se debió a él que surgiera el agradecimiento posterior de Quennel en cuanto a la industria química se refiere y su elección de la ciudad de Mobile para el establecimiento de una de las plantas más nuevas y más grandes de la *Quenco*.

Huérfano a los veintiún años, había vendido el negocio farmacéutico y partido al Norte. Asistió a la escuela de leyes y, tras haberse graduado, se puso al servicio de una firma neoyorquina de abogados, en la que trabajó de lleno y en forma brillante, llegando a ser socio a la edad de veintiocho años. Habíase casado y tenido una hija: Andrea. Seis años más tarde, la muerte o el

retiro de los socios principales, lo convirtió en el jefe de la firma. Dos años después, fue depositario en la quiebra de una obscura compañía manufacturera de drogas en Cincinnati. Un año más tarde, luego de una serie de transacciones altamente complicadas que jamás fueron legalmente disputadas, se convirtió en el principal accionista y la empresa volvió a prosperar. Ése fue el comienzo de la *Quennel Chemical Corporation*.

Los sucesos posteriores eran todavía más complicados en detalle. En verdad, los peritos del Tesoro habían gastado grandes sumas de dinero público para ponerlo todo al descubierto, pero era muy simple en su aspecto. La obscura compañía manufacturera había prosperado y crecido hasta llegar a ser una de las más importantes del país. Había absorbido a los pequeños competidores y agrandado sus intereses. Años atrás, la señora Quennel, que había sido una ardiente estudiante de arte en Greenwich Village, vio que su vida de casada carecía por entero de romanticismo, y partió para Reno en compañía de un poeta ruso de profunda filosofía bolchevique. Alentado más bien que desalentado, Hobart Quennel dejó enteramente su negocio de letrado a los socios menos importantes y dedicó su genio legal nada más que a sus intereses de préstamos, liquidaciones, fusiones, manipulaciones en títulos, hipotecas y compañías varias. Entonces surgió finalmente la *Quenco*... un pulpo con factorías en cuatro Estados diferentes, no interesada ya en productos tan simples como la aspirina y los laxantes, sino capaz de abarcar todos los campos de fertilizantes, vitaminas y plásticos, y presentando un balance irreprochable con hojas llenas de cifras astronómicas en las que la participación personal de mister Quennel llegaba a millones de dólares al año.

Su vida actual era atareada pero cómoda. Mantenía firmemente en las manos las riendas de la *Quenco*, pero hallaba tiempo para pertenecer a una larga lista de clubs de golf, ajedrez, *bridge* y polo. Antes de la guerra solía tomarse regularmente unas vacaciones de verano en Europa, a las que Andrea empezó a acompañarle tan pronto como fue lo suficiente mayor. Él era uno de aquellos americanos que una vez elogiaron a Mussolini por haber conseguido que los trenes italianos fueran puntuales. Había rescatado a Andrea de dos o tres escapadas de las que tuvo noticias: una concerniente a un barón prusiano, otra con un individuo que rompió bastantes botellas sobre las cabezas de los gendarmes en el casino de Deauville, y otra con un contable de Chicago cuya esposa tenía ideas pasadas de moda acerca de la santidad del hogar. Había una nota respecto a que muchos de los otros líos de Andrea que no se habían convertido en escándalos públicos parecían haber sido imparcialmente divididos entre los socios de su padre y los de las empresas rivales. Hobart

Quennel mismo era un modelo de buena conducta. Era un adicto republicano, y un chapucero en los asuntos políticos nacionales. Había sido objeto de una investigación por parte del Senado y también había tenido algo que ver con la *Sherman Act*, pero con oportuna habilidad forense se las había compuesto para zafarse como nada peor que un individualista que había levantado una industria sin ser acusado de haber hurtado a hambrientas viudas. Curiosamente había hecho públicas acusaciones contra el *America First Committee* y había apoyado las reivindicaciones de los empleados antes de que hubiera habido movimientos oficiales en esta dirección.

«Un hombre profundo —pensó el Santo—. Sí, ciertamente, muy profundo».

Tenía su propia interpretación de algunos de los detalles de la biografía de Quennel. Podía ver su conexión entre el comienzo en la clase media y la gigantesca planta en Mobile. Podía visualizar el eslabón entre el poeta bolchevique y los horarios ferroviarios de Mussolini. Podía hasta ver el fondo burgués de Walter Devan, a quien se imaginaba como el mago imperial de un «Ku Klux Klan» estrictamente privado. Pero todo ello no llegaba a manchar todavía el inatacable americanismo de Hobart Quennel, o el hecho de que hasta los más intensos ataques en contra suya jamás habían podido llegar a vincularlo con alguna facción de actividades extranjeras.

Hobart Quennel era indiscutiblemente un hombre astuto; pero ¿lo habría sido tanto durante todos estos años, expuesto como había estado a que cualquier tipo audaz pretendiera mezclarse en sus asuntos?

El Santo dejó su vaso y tuvo la impresión de que todavía le faltaba algo de lo que andaba buscando. Y por vez primera empezó a preguntarse si no estaría equivocado desde el comienzo. Una idea fácilmente preconcebida, incluso una serie de deducciones casi listas, estaban tratando desesperadamente de interponerse, y resultaba muy difícil alejarlas una vez que se mostraban. Pero los hechos eran hechos; y los *dossiers* que tenía en sus manos no eran el resultado de una mentalidad romántica. Si Hobart Quennel había sido algo más que esencialmente cortés con algún nazi o conocido quintacolumnista, es más que seguro que el detalle no habría podido dejar de ser registrado.

Y sin embargo...

Volvió a pensar en Andrea Quennel. Poseía la contextura, la belleza y el colorido en que posiblemente estuvo soñando Wagner al imaginar los encantos de Isolda. Era fácil que se hubiera dejado llevar por los ideales de *Herrenvolk*, como lo indicaba el barón prusiano... y positivamente era ella la

Diana Barry que comisionó a Schindler... Si uno desechaba las reglas de la evidencia legal, resultaba que su propio padre habíase aprovechado claramente de sus propensiones glandulares. En el mismo sentido en que había estado usándolas desde que él la había conocido.

Eran muchas las palabras que había usado y que él casi parecía oírse las decir otra vez. Le parecía verla de nuevo ante sí, con sus cálidos labios y los contornos perfectos de su cuerpo; y el recuerdo no era como para ayudarle a despejar su mente.

Encendió un cigarrillo y tomó la última hoja de los informes... la historia del hombre cuya personalidad era la más nebulosa de todas: Frank Imberline.

Nacido en Nueva York en la más costosa casa de maternidad. Buena posición. Colegio particular. Graduado *minima cum laude*. Después su padre le puso al servicio de la *Consolidated Rubber*. Hizo un aprendizaje de seis años, siendo conducido lentamente a través de todos los diferentes departamentos. Debido a ello adquirió un pomposo sentido de responsabilidad, convirtiéndose en una autoridad suprema. Era miembro del *Akron Chamber of Commerce*. También se había convertido en cabeza o figurón de la *Consolidated Rubber*. Lo último parecía probable, pues había un consejo de directores con una amplia y solapada experiencia. Una nota decía: «En general considerado honesto y sincero, pero estólido». Jugaba al golf, estaba suscrito a todas las buenas causas, y siempre se podía contar con él para una reserva en una comida pública. Su viaje más largo había sido a Miami Beach. No había tenido diferencias con las oficinas del Gobierno. Procedía en todo de acuerdo con los reglamentos. Su única actividad política tuvo lugar cuando un grupo le persuadió para presentarse como candidato a las elecciones de alcalde. Perdió la elección por una comfortable minoría, y después manifestó que los asuntos políticos eran muy confusos para él. Ciertamente, las cosas que Simón le había oído decir hacían que esto pareciera plausible. Todo el resto de su carrera —si tal palabra podía aplicarse a algo tan rutinario y ponderado— había sido consagrado a la *Consolidated Rubber*, desde su aprendizaje hasta el momento en que ofreció sus servicios a la causa bélica americana.

Esto era todo. Nada más.

Ni la menor huella de corrupción, trapacería, rebelión, soborno, conspiración, ambición política o incursiones en filosofías sociales. «En general considerado honesto y sincero, pero estólido...».

De todos los informes, el suyo era el más abierto, fastidioso e inaccesible.

El Santo dejó su vaso y arrojó anillos de humo hacia el techo. Una vez más puso todas las piezas juntas, comparándolas con los hechos que conocía y analizando el conjunto con la eficiente impersonalidad de un matemático. Y solamente llegaba una y otra vez a las mismas irreconciliables ecuaciones.

Se levantó, vertió hielo en los restos de su bebida y encendió otro cigarrillo.

Durante muchos minutos estuvo recorriendo la habitación con monótona precisión, arriba y abajo sobre la alfombra como una lenta lanzadera.

Se estrujaba el cerebro, pero no avanzaba en sus conclusiones ni un solo milímetro. Se hallaba en la misma predeterminada posición de un filósofo aristotélico intentando descubrir la naturaleza del universo sin otro instrumento que su pura y trascendente lógica. Pero un factor esencial podía estar a pocas yardas de él en ese momento, y si lo dejaba intocado sería culpa suya si no hallaba la solución.

Había habido momentos como éste en sus muchas aventuras. Momentos en los que el frágil balanceo del pensamiento se convertía en un frenético penduleo que sólo podía ser detenido por la acción física. Y éste era uno de ellos. Hasta aquí había avanzado a través de teorías, anatomizando todos los pros y contras. No tendría que volver sobre ello, si podía extraer las respuestas de la materia bruta. Los cabos sueltos, las contradicciones, las lagunas, todo se explicaría por sí mismo cuando la forma se forjara. Pero de aquí a entonces, vencedor o vencido, equivocado o en lo cierto, no le quedaba sino la acción.

Aún tenía tiempo antes de ir a encontrarse con Andrea.

Se puso la corbata, la pistolera y la chaqueta, y dejó la habitación. Avanzó unos pasos por el corredor y llamó en la puerta del 1013.

## IV

Imberline estaba en mangas de camisa, su chaleco desabotonado. Reconoció al Santo, y experimentó tal sorpresa, que fue lento en oponerse al curso de los acontecimientos. Simón atravesó la puerta y la cerró tras sí antes de que él hubiera podido reaccionar.

—Es posible, Frank —dijo el Santo a modo de excusa—, que crea que ésta es una costumbre mía. Pero, honestamente, hago las visitas cuando tengo tiempo.



—Esto va llegando demasiado lejos —replicó acalorado Imberline—. Ya le dije que le recibiría a usted y a... a miss Gray cuando regresara a Washington. Espero que no se ponga a seguirme por todo el país. Aunque éste sea un hotel, la morada de un hombre es su castillo...

—Pero la necesidad se impone —repuso el Santo con firmeza— cuando el demonio interviene.

Dejó que Imberline le siguiera al interior de la habitación y fue a sentarse en la silla más cómoda.

Imberline se detuvo ante él, imponente en su corpulencia.

—¡Joven, si no se retira usted en el acto de aquí, llamaré por teléfono abajo para que lo arrojen a la calle!

—Naturalmente que puede hacerlo. Pero aún me quedaría tiempo para decir lo que quiero antes que lleguen los que han de expulsarme. De modo que si me deja que hable se evitará molestias.

El rajá de la goma cometió el error de tratar de encontrar una respuesta, y visiblemente tuvo dificultad en encontrarla. Se infló un poco más para que no resaltara tanto su impotencia.

—Bueno, ¿de qué demonios se trata? —preguntó enfurecido.

—De unas cuantas cosas sucedidas desde anoche —contestó el Santo—. Ignoro qué pueden significar en sí, pero el caso es que hacen ver como muy probables que el invento de Calvin Gray no es el de un loco.

—La prueba del budín se tiene al comerlo —pronunció Imberline sentenciosamente—. Ya hemos discutido al respecto...

—Pero eso fue antes de que Calvin Gray fuera raptado.

Imberline tenía la boca abierta para replicar antes de darse plena cuenta de lo que iba a decir.

Se tragó sus palabras y buscó algo más. Las palabras le salieron en forma explosiva, pero el rugido de su voz careció de toda su plenitud.

—¿Qué ha dicho usted?

—Que ha sido raptado.

—No he visto nada de eso en los periódicos.

—Se está tratando de mantener la cosa tan en secreto como sea posible. Lo mismo que el hecho de que un hombre ha sido asesinado esta mañana.

Las facciones de Imberline se contrajeron.

—Míster Templar, si ésta es una de esas fantásticas historias inventadas por usted para tratar de impresionarme, debo decirle que...

—No tiene necesidad —le interrumpió tranquilamente el Santo—. Si quiere confirmación, llame al F. B. I. en New Haven. Si usted se da a conocer,

es casi seguro que no se negarán a informarle. Dígales que se interesa usted en nombre del Departamento de Obras Públicas.

—¿Quién es el asesinado?

—Un sujeto llamado Angert, empleado por la agencia Schidler, quien a su vez fue contratado por otras personas para seguir a la hija de Calvin Gray.

—Jamás he oído hablar de él.

—Con eso no dejará de estar menos muerto.

Imberline lo fulminó con la mirada. Estaba indignado en grado sumo.

—Nos hallamos en un país civilizado —dijo—. No toleramos que nuestro sistema de vida sea alterado por la violencia y el «gangsterismo». Si ha habido alguna negligencia oficial...

—Algo tendrá que hacerse al respecto —asintió Simón—. Lo sé. Personalmente pienso escribir al Presidente. ¿Qué es lo que piensa hacer usted?

—¿Qué es lo que voy a hacer?

—Sí. Usted.

—¿Qué espera usted que haga? Si lo que dice es verdad, las debidas autoridades...

—Desde luego. Había olvidado a las queridas y viejas Debidas Autoridades. Pero usted es una Debida Autoridad que debió preocuparse de saber qué era lo que Calvin Gray tenía en su cabeza. Aparentemente, alguna Indebida Autoridad piensa mucho más de él que lo que ha pensado usted, hasta el punto de que no han tenido inconveniente en llegar a la violencia y al «gangsterismo» para quitarlo de en medio.

Imberline sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y se secó la cara sudorosa. Acercóse hasta otra silla y se dejó caer con un gemido.

—Esto es terrible —murmuró—. Algo... que no tiene nombre.

—Sí, es todo eso —asintió el Santo—. ¡Algo que apesta para usted!

—¿Qué quiere decir, hombre?

Simón pasó una pierna sobre el brazo de la silla y se acomodó cuanto pudo. Ya no temía ser expulsado de allí.

—Madeline Gray estaba citada con usted anoche —dijo—. Recuerde que se lo pregunté. Usted dijo que no la había citado. Pero ella creyó que sí. Se dirigía a su casa cuando unos tipos intentaron raptarla... cosa que yo pude impedir. Pero es muy singular que esa cita, falsa o no, fuera ideada para hacerla llegar hasta el lugar planeado para el rapto. Si alguien hiciera deducciones, podría lograr que su posición no resultara muy agradable que digamos.

Imberline se irguió en el asiento como si acabara de sentirse tocado por una pila eléctrica. La cara se le nubló.

—¿Osa acaso insinuar que...?

—No insinúo nada, Frankie. Estoy diciéndole únicamente lo que podría pensar un estúpido policía. Especialmente después de haber sido usted tan torpe como para haber estado eludiendo a Gray y su hija. Parece como si hubiese deseado que ninguno de ellos consiguiese una audiencia.

—Le repito que hay un procedimiento establecido... un sistema bien planeado...

—Y también está la *Consolidated Rubber* que, como he sabido, está avanzando mucho hacia la obtención de la goma sintética.

Imberline se puso de pie.

—Joven —dijo, con indomable dignidad—, jamás he hecho un secreto de mis miras en lo tocante a la goma sintética. Si la naturaleza hubiera dispuesto que tuviéramos goma sintética, ella la habría creado en primer lugar. Pero sólo Dios puede hacer un árbol. Sin embargo —agregó con magnanimidad—, en las actuales circunstancias no me he dejado influenciar por opiniones personales. Mi vida ha sido siempre un libro abierto. Y estoy dispuesto a mostrar mis principios ante los de cualquier otro hombre. Si alguien desea impugnar mi honestidad, no puedo impedirlo, pero puedo asegurarle que a ése le obligaré a comerse tales palabras.

Simón acercó un fósforo a su cigarrillo y lo miró con curiosidad.

«Increíble» fue el adjetivo con que calificó espontáneamente a Imberline en el «Shoreham», sin saber entonces nada de él, ni haber oído más que dos frases de su diálogo. Ahora no hallaba nada para mejorarlo.

—Usted debería estar en una vitrina de cristal —dijo.

—La honestidad es la mejor política... la única —insistió Imberline. Un instante después volvió a sentirse un hombre impotente y buscó ansioso una botella y un sifón—. Me hallaba a punto de echar un trago cuando ha llegado usted —dijo, como si se sintiera rebajado.

—En ese caso prepáreme también a mí un vaso —repuso el Santo.

Dejó que Imberline preparara la bebida sin moverse de su asiento hasta tener el vaso en su mano.

—Veamos —dijo luego, tratando de mostrarse entre el candor y la ofensa, entre la brusquedad y el tacto—. Es usted un hombre honesto. Pero es absurdo suponer que todo el mundo es tan idealista como usted. Es posible que haya pasado por tonto ante algunas personas que necesitaran de un hombre cortina cuya vida fuese un libro abierto.

—Mis asociados —dijo Imberline— son hombres de negocios de primera calidad.

—En Sing Sing hay muchos estudiantes postgraduados que oyeron decir de ellos la misma cosa —replicó el Santo.

—Está dejando usted que su imaginación vuele. Pero bien. Suponga que acepto su manifestación de que ha habido una maniobra artera.

—Permítame hacerle un par de preguntas.

—¿Acerca de qué?

Simón tomó un sorbo y luego aspiró el humo de su cigarrillo.

—Anoche dijo usted que Calvin Gray era un tonto. ¿Por qué?

—Lo dije basándome en las informaciones recibidas.

—Dijo que su invento había sido investigado.

—Así fue.

—¿Por quién?

—Ya le dije que hay un procedimiento establecido. Probablemente usted no sabe nada de los modernos métodos de negocios, pero puedo asegurarle que los mejores cerebros del país han colaborado para hallar un sistema que...

—Sólo le he preguntado: «¿Por quién?» ¿Cómo se llama el hombre, de dónde lo sacó usted, y cómo viste?

Imberline parpadeó y luego se frotó el mentón.

—Si he de ser franco —dijo—, no creo que el caso Gray pasara por los canales habituales. Estoy tratando de recordar. No, quizá no lo fue. Creo que quedé bien impresionado por él al principio, y el mismo día estuve en situación de tratar su caso con alguien que es uno de los hombres más grandes en ese campó. Dicho experto me dijo que el profesor Gray ya había tratado de vender la misma fórmula y que él había efectuado pruebas agotadoras que establecían más allá de toda duda que se trataba de un fraude. Naturalmente, y a fin de no recargar innecesariamente nuestro sistema de investigaciones...

—Lo mató todo allí mismo.

—Sí, hablando metafóricamente.

—Y luego se dijo usted que la cosa había sido plenamente investigada por sus mejores peritos y...

—Míster Templar —le interrumpió Imberline con calor—, mi información en este caso provino de un experto al que mi Departamento se sentiría orgulloso de emplear, si fuera posible tal cosa. Desde luego, se trata de un hombre hijo de sus obras, pero es el más importante del día en su especialidad.

—¿Y cómo se llama? —preguntó el Santo, sintiendo que se le aceleraba el pulso en las sienes—. ¿Acaso Joe Palooka?

—Míster Hobart Quennel, presidente de la *Quenco*.

Imberline lo dijo en cierto modo como si hubiera estado pronunciando un discurso en un banquete diplomático y la *Quenco* fuera una república sudamericana que recientemente se hubiese decidido a ser Buena Vecina.

El Santo volvió a subir lentamente el vaso hacia su boca y luego hizo lo mismo con su cigarrillo, mientras sus sardónicos ojos azules observaban al alto funcionario con no disimulado deleite.

Otra pieza del acertijo había encajado en su sitio, y los hilos empezaban a desenredarse. Hobart Quennel había sido un diagnosticador mucho más astuto de lo que Simón llegó a pensar. En verdad, tuvo que decirse que una gran parte del enredo había sido tejido por su propia negativa a aceptar lo evidente. Demasiado alerta respecto a movimientos sinuosos, no había logrado sino enmarañar su propia urdimbre. Ahora estaba finalmente curado, y esta... esta luminosa sencillez... podría marcar una trayectoria recta hasta llegar al final.

—De manera que Hobart Quennel era su autoridad —dijo con ojos lánguidos—. Y la *Quenco* ha invertido ya dos millones de dólares en una planta destinada a utilizar el viejo proceso de la butadienne.

Imberline lo miró con mala cara.

—Míster Quennel es uno de los industriales más prominentes del país. Tal vez no pueda aprobar sus perpetuas querellas con algunos otros departamentos del Gobierno, pero en mis propios tratos con él siempre se ha mostrado muy complaciente y cooperador. La mera sugestión de que un hombre de su posición pueda mostrarse dispuesto a...

—Sin embargo —le interrumpió el Santo—, yo me encontré en Washington con su secuaz Walter Devan y me manifestó que la fórmula de Calvin Gray parecía muy prometedora, pero que no correspondía a la línea que ellos explotaban. No dijo que fuera un fraude.

—Devan no es un químico.

—Tampoco lo es Quennel. Simplemente trabajó en la farmacia de su padre.

—Posee el mejor consejo y experiencia que el dinero puede dar. Devan debió ser mal informado.

—¿Y por qué causa Quennel había de informar mal a Devan?

Imberline movió una mano.

—No soy tan impertinente como para meterme en las cosas privadas de míster Quennel. Es indudable que él habrá tenido sus razones. Tal vez pensó

que eso no era de la incumbencia de Devan.

—Devan lo manifestó en presencia de Madeline Gray. Y es mucho más fácil creer que estaba tratando de proteger los intereses de la *Quenco* al intentar suprimir el descubrimiento de Gray.

—Tonterías. Ciertamente debió tener el propósito de desengañar a miss Gray.

—Eso son sandeces —dijo con firmeza el Santo—. ¿Por qué no quiere ver usted que Quennel está tomándole como pantalla?

Habíase equivocado y en el acto se percató. Imberline se agitó y su cara se nubló. Un instante después, se puso de pie y rugió:

—¡Joven, eso es algo escandaloso! Míster Quennel es el jefe de una gran corporación. Un hombre de su posición tiene un innegable deber para con el público. Se ha hecho mucho mal por medio de tontas e irresponsables tentativas para desacreditar a algunos de nuestros más destacados dirigentes industriales. Pero aún existe en los negocios una cosa que se llama ética; y, a Dios gracias, señor, mientras queden todavía unos pocos hombres del calibre de aquellos que hicieron lo posible para que América fuera lo que es hoy...

—Ahórrese el discurso —dijo suavemente el Santo—. Me parece haberlo leído en otra parte.

—Si espera impresionarme usted con esas salidas audaces y sin tino...

—Todo lo que deseo saber —repuso Simón con paciencia— es qué piensa hacer usted al respecto.

—¿Hacer? —rugió Imberline.

Parecía considerar con gran repugnancia la idea de que le correspondía hacer alguna cosa.

—Sí —dijo Simón, mirándole con una expresión de frío desafío—. No olvide que su actitud en todo esto puede parecer algo singular.

Los ojos de Imberline se entrecerraron.

—Naturalmente verificaré sus manifestaciones. Como Servidor Público, me hallo obligado a hacerlo. Si hay algo de verdad en ellas... y todavía no he desechado la idea de que todo esto no sea una invención de su parte... puede tener la seguridad de que habrá una investigación a fondo. Pero estoy convencido de que hallaremos alguna explicación perfectamente simple.

—Yo también lo creo así —dijo el Santo—. Con la diferencia de que usted no la ha visto todavía.

—Y ahora, ¿quiere hacer el favor de marcharse de aquí? Tengo una cita para dentro de pocos minutos.

Simón miró su reloj. Vació el vaso y lo dejó.

—Ahora recuerdo que tengo que concertar una de esas citas —dijo el Santo—. Con el F. B. I. Mañana. También hablaré de su comportamiento con Calvin Gray debido a lo que le dijo Hobart Quennel. Así, si usted no ha tomado algunas medidas para ese momento, las Debidas Autoridades desearán saber por qué. —Aspiró una última bocanada de su cigarrillo y lo dejó en el cenicero más próximo—. Espero que usted deseará que tenga todo una agradable solución.

Al salir cerró silenciosamente la puerta; y cuando el ascensor le condujo hacia abajo, se sintió complacido con el pensamiento de que acababa de clavar una espina en la carne del Enemigo. Frank Imberline podía ser casi un bien adiestrado imbécil; podía alardear de dogmatismo y cosas parecidas en toda su amplitud; pero una semilla acababa de ser plantada en su mente, y si alguna vez echaba allí raíces, sería tan imposible de extirpar como todos sus alardes. La fastuosa honestidad, o la honesta fastuosidad, que le había convertido en una herramienta tan perfecta para los otros, podría resultar un *boomerang*<sup>[5]</sup> en un sentido inesperado.

Simón se sentía satisfecho. Ciertamente había esperado encontrar algo de sensacional en los informes enviados por Hamilton para enfrentarse a Imberline; pero acaso esto de ahora fuese mejor.

Eran casi las ocho. Se sentía lo bastante preocupado como para haber pasado sin notar a dos hombres que en ese momento entraban en el vestíbulo. Al reconocer a uno casi se detuvo, y luego continuó andando hacia la calle, sin mirar ni cerciorarse de si había sido reconocido o no. Pero el estorbo que acababa de colocar en la maquinaria sonaba más musicalmente en sus oídos cuando hizo parar un taxi. Sabía que había de provocar algún desorden acaso antes de lo que esperaba, y se dijo que sabía un poco más acerca de la conferencia que esa noche sostenía Hobart Quennel; porque el hombre al que acababa de identificar no era otro sino Walter Devan.

## Capítulo V

# DE CÓMO ANDREA QUENNEL LO INTENTÓ TODO Y CÓMO TAMBIÉN EL INSPECTOR FERNACK HIZO CUANTO PUDO

### I

**A**ndrea Quennel acababa de saborear una copita del delicado coñac de Jules Robin y preguntó:

—¿Adónde iremos desde aquí?

—No lo sé exactamente —contestó el Santo.

Se sentía bastante animado con esos dos cócteles, la ración de langosta que solamente en *Louis-and-Armand* sabían preparar, y una *brochette* de riñones de ternera que había sido exquisita. Sentíase fríamente sobrio y, sin embargo, se hallaba completamente listo para todo lo que pudiera ocurrir ahora.

—Podríamos ir a un buen cine —sugirió por entre la nube del humo de su cigarrillo.

—¿Y encontrarnos con una de esas películas Falcon en la que aparece un actor haciendo una mala imitación de sus proezas?

—Está bien. Usted lo ha dicho. ¿Cuál es su club nocturno favorito?

—Estoy harta de todo club nocturno. ¿No recuerda? Fui la miss Glamour del 1900 y tantos —repuso, y sus labios generosos sonrieron—. Déjelo de mi cuenta. Sé a qué parte podemos ir.

El convertible verde efectuó un rodeo hacia la Quinta Avenida y enfiló luego al Norte. El viento hacía ondear sus cabellos rubios, y sus manos sobre el volante eran tan ligeras como el viento. Parecía íntimamente satisfecha.

El Park se mostraba abierto sobre su izquierda, y enfilaron a lo largo de sus orillas por un trecho de varias manzanas antes que Andrea doblara hacia



una de las calles que daban allí. Detuvo el vehículo ante una casa de puerta abierta y un *hall* iluminado.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Quiere pasar usted?

—Realmente no recuerdo haber oído hablar de este club.

—Es muy exclusivo.

Descendió él del coche y ella dio la vuelta para ir a cogerlo por el brazo. Apretose junto a él mientras subían los escalones, en una fácil y espontánea intimidad; y Simón, mientras tanto, iba sintiendo la pistola que llevaba en la pistolera entre sus ropas.

—Es usted precavido, ¿eh? —dijo ella con cierto deje de mofa.

—¿Por qué? —preguntó él con cara inocente.

—Por llevar un arma cuando sale de paseo con una joven.

—Jamás se puede saber con quién va a encontrarse uno.

Andrea rió al presionar los botones del ascensor automático.

Él sonrió también; pero se mantenía muy atento, con su mano derecha libre y la americana abierta.

Se detuvieron en el quinto piso y salieron a un pasillo desierto y con una iluminación tan escasa como la del *hall* de entrada. Andrea avanzó hasta una puerta con una letra encima y la abrió con la llave que sacó de su bolso.

—¿Quiere pasar a mi sala... dijo la araña a la mosca? —murmuró riendo.

Se hallaban en un departamento, como pudo comprobar cuando ella encendió las luces.

—Es todo un club —hizo notar.

Era un lugar hermoso y amueblado sin pretensiones. Echó a andar de un lado a otro, efectuando una inspección muy natural, pero abriendo todas las puertas y mirando en todos los armarios que hubieran podido alojar a huéspedes indeseables.

—¿Le agrada? —preguntó ella.

—Mucho —contestó—. Aunque noto la falta de esas caras de la querida Sociedad del Café.

—Lo tengo reservado para cuando debo quedarme en la ciudad. Ese fonógrafo que ve allí tiene un bar en su interior, y creo que debe haber algo para beber. Tomemos algo, querido.

Simón abrió el mueble, sacó una botella y dos vasos, y sirvió unas buenas porciones. Ella se sentó con sus largas y bien contorneadas piernas hacia atrás en un diván que había al otro lado de una mesa baja. Simón se sentó frente a ella y olfateó disimuladamente el vaso. El aroma era delicado, pero apenas bebió un sorbo.

Ambos se miraron pensativamente.

—¿No aprueba usted la forma en que le he hecho venir aquí? Es usted precavido, ¿eh? —volvió a decir.

—Es una mala costumbre de la que no puedo desembarazarme —repuso él.

Andrea vació su vaso y lo empujó hacia él. Simón volvió a llenarlo sin expresión alguna en la cara y lo dejó nuevamente delante de ella. Andrea le miró con curiosidad, hurgándose entre los dientes con la uña del pulgar. Parecía muy joven, muy gastada también, pero en cierto modo accesible.

—¿Por qué me odia usted tanto? —preguntó de pronto.

—No la odio —contestó Simón con voz afable.

—Creo que yo podría odiarle.

—Lo siento.

—¡Maldito sea, le odio! ¿Por qué estoy haciendo esto? Jamás he corrido detrás de los hombres. Son ellos los que corren detrás de mí. Y los dejo correr y correr. Realmente, no tengo el menor interés en usted. Ni siquiera sé por qué causa he dejado que me invitara a cenar esta noche con usted.

—¿No habrá sido por la misma razón por la que yo he dejado que usted me trajera aquí?

Los ojos de ella eran grandes, con esa pálida mirada que él viera antes en ellos.

—Ahora casi tengo ganas de insultarle —se lamentó ella—. Acérquese aquí, por el amor de Dios. No le voy a morder mucho.

Al hablar dio unos golpecitos en el diván con mano imperiosa. Simón se encogió, más con los labios y ojos que con los hombros, y avanzó lentamente alrededor de la mesa.

Andrea alzó la segunda copa de coñac, mirándole siempre por encima del borde del cristal, y la vació con un rápido movimiento.

De pronto, su cara empezó a inclinarse sobre la de él, y su boca se movió buscando la suya. Fue un beso incitante. Él se mantuvo inmóvil ante la invitación, pero pensó que no podría seguir siempre así, y sus brazos la rodearon y la besó con cierta pasión. Pero su mente se mantenía alejada, vigilante. Existía el peligro de que cediera, porque los labios de ella eran suaves y su aliento cálido, y él no estaba hecho de madera, aunque sabía que debía esforzarse en serlo.

Al cabo de un largo tiempo se apartó, y entonces tuvo la sensación de que su pulso era mucho más veloz que antes.

La cara de Andrea denotaba fastidio y placer a la vez.

—Sabe usted ser también excitante y lo sabe, lo que hace cuatro veces peor la cosa —dijo con petulancia.

—Lo siento —repuso él—. Parece que siempre debo estar excusándome, pero en realidad no es culpa mía.

—Le odio —volvió a decir ella.

Tomó la botella, se sirvió otra copa, y después de mirar con expresión acusadora la copa de Simón, volvió a dejarla sobre la mesa.

—Ni siquiera es bastante cortés para ahogarse en alcohol.

—Me temo que me haya quitado usted hasta el pensamiento.

Simón bebió la mitad de su copa, mientras ella agotaba la suya.

—Todo lo que le preocupa son sus malditos misterios —dijo—. Yo creo que usted es la cosa más excitante que haya existido jamás, y no puedo hacer un misterio de ello. Parece como que usted pensara abandonarme aun antes de haber comenzado. Supongo que, si yo fuera una estúpida ingenua como Madeline Gray, sería capaz de combatir contra usted.

Las cejas del Santo se enarcaron ligeramente.

—Querida, ¿acaso es usted celosa?

—¿Celosa? Me siento como loca. No me agrada ser dejada de lado. He debido hacer algo indebido, y quiero saber qué es. ¡Maldito sea, no me rendiré ante usted!

—Ahora tendré que ser más cuidadoso.

—Ni siquiera me ha permitido que le ayude en este asunto en que está trabajando. La primera vez que nos vimos me dijo que acaso algún día pudiera hacer algo por usted, pero todavía no me ha pedido nada. Ni siquiera me ha dicho algo.

—No puedo decirle lo que no sé.

—¿Qué más ha descubierto acerca de mí?

—He estado haciendo preguntas y he sabido que con frecuencia se ha interesado usted en gentes que también interesaban a su padre. ¿Qué me dice de aquel barón alemán?

—¡Oh, aquél! No era un nazi. Al menos, yo no lo creí así. Pero aquello sucedió antes de la guerra.

Se sirvió otra copa, pero esta vez sólo bebió la mitad al primer trago. La dejó nuevamente y le miró con cara sombría.

—La verdad es que a veces ayudo a mi padre —añadió—. ¿No le parece que es lo menos que puede hacer una joven? Además, eso me divierte mucho. Voy a lugares hermosos y oigo algunas conversaciones inteligentes. No puedo estar viviendo siempre con muchachos jóvenes y tontos.

—Después de todo —observó él—, en la vida hay cosas mejores.

—Continúa usted mofándose. Por lo menos mi padre no me cree tan tonta como para no poder ayudarle.

Él hizo un gesto de asentimiento.

—Lo único que me he estado preguntando es... ¿no la cree él a usted demasiado tonta o cree que es tonta en forma suficiente?

Los ojos de Andrea le miraron tiernamente con un desapasionado candor.

—Yo no me hago todas esas preguntas. Lo que ignoro no puede hacerme ningún daño, ¿no le parece? Y no es cosa que a mí pueda interesarme, especialmente cuando al hacerlo me divierto mucho. No quiero ser un genio. Lo único que deseo es que usted me preste alguna atención.

—¿Le animaba el mismo propósito cuando su padre la envió a que me hablara en el hotel Shoreham?

—En eso no hubo ningún mal. Él sólo quería saber algo más acerca de usted y enterarse de qué estaba haciendo.

—¿Y qué es lo que quiere saber esta noche? —preguntó el Santo con afabilidad.

Su voz tenía el mismo suave sonido de siempre; pero estaba a la espera.

Andrea no trató de escapar a su mirada semisonriente. La suya era azul, límpida y como infantilmente triste.

—Desde luego, le he dicho que íbamos a cenar juntos. Pero todo ha sido idea mía. Quisiera saber qué ha habido entre usted y mi padre. No me parece que usted simpatice con él más de lo que simpatiza conmigo.

—Recuerde que nunca me he encontrado con él.

—De haberse encontrado, no sería usted tan suspicaz. Él ha estado diciendo muchas cosas buenas de usted.

—Amo a mi público.

—Es usted imposible.

Volvió a tomar su copa, la vació y sonrió.

—No comprendo por qué estoy perdiendo el tiempo —dijo—. Usted no vale la pena. Pero no se saldrá con la suya. Sírvase más coñac —agregó de pronto.

Abandonó su asiento y se retiró.

El Santo se quedó sentado donde estaba y encendió un cigarrillo. Al cabo de un momento, tomó la botella de coñac y llenó hasta los bordes la copa de Andrea.

Oyó el ruido del agua al correr en el cuarto de baño, y luego una puerta al abrirse. Un momento después, ella estaba en el dormitorio.

Estuvo moviéndose allí por lo que le pareció un tiempo muy largo. Ni siquiera volvió la cabeza. Bebió un buen sorbo de coñac. Pero sin sentir efectos perniciosos. Había tenido buen cuidado en beber con cautela; y ahora estaba seguro de que no tenía nada que temer.

Fumaba pensativamente. Ella no reaparecía.

—¿Y mi coñac? —oyó que preguntaba poco después con voz débil.

—¿Lo quiere usted?

—¿Qué es lo que piensa?

Se puso de pie, tomó la copa y echó a andar hacia el dormitorio.

Andrea estaba tendida en la cama, sus blancos hombros fuera de las sábanas. Parecía satisfecha consigo misma, como una criatura que está haciendo su capricho.

Simón se dio cuenta que ésta era la prueba de fuego, y en cierto modo tuvo miedo, pero no lo dejó traslucir.

—Veo que le agrada estar cómoda —murmuró.

Avanzó con la copa. La tomó ella y se irguió en la cama. Él se sentó a su lado sin mirarla.

—Dígame algo —insistió ella.

Simón esperó hasta que ella hubo bebido un buen trago, fumando mientras tanto y dejando caer las cenizas sobre la alfombra.

—Un amigo —dijo entonces, sin alterar lo más mínimo la voz— me ha traído hoy en automóvil desde Stanford. Un tal Schindler. Hemos estado hablando acerca de usted.

## II

Sólo esperó un instante.

—¿Schindler? —repitió ella—. ¡Oh, sí, el detective!

—Había puesto a un hombre para vigilar a Madeline Gray. Un tal Angert. Basado en una estúpida historia respecto a que ella estaba siendo objeto de un chantaje.

—Sí, lo sé.

—Porque fue usted quien lo contrató.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Ya le he dicho que he estado haciendo preguntas —contestó Simón—. Como tenía alguna vinculación con el camarada Angert, me he interesado mucho. He pensado que la descripción de miss Diana Barry podría cuadrar

muy bien a muchas personas en el mundo, pero de las personas que yo conozco, usted es la que mejor encaja en esa descripción.

—¿No es cierto que es usted muy listo? —dijo ella con admiración—. No está bien, se parece usted perfectamente al Santo.

Los ojos de Simón no se apartaron de los suyos.

—¿Fue su padre quien le pidió que hiciera eso por él?

—Naturalmente. Y no creo que pueda reprocharme por ello. Por entonces ni siquiera le conocía a usted. ¿Cómo podía saber que tenía algo que ver con usted?

—¿Por qué se hizo llamar Diana Barry?

—¿Acaso podía haber dado mi propio nombre? Hubiera podido mencionarlo a cualquier persona indiscreta. Además, a mi padre le agrada que las cosas se hagan en secreto.

Simón tomó un sorbo de coñac.

—Bueno —observó blandamente—, me temo que el camarada Angert no podrá serle ya de mucha ayuda.

—Supongo que no, ahora que usted está enterado por completo acerca de él. ¿No podemos hablar de algo que sea más divertido?

Se encogió un poco, como una gatita que pidiera ser acariciada, e hizo casi un ademán de correr las sábanas por encima de su espalda.

Simón dejó caer un poco más de ceniza al suelo y se llevó de nuevo el cigarrillo a la boca.

—Tengo entendido que no ha pasado usted por esa dirección falsa en busca de nuevos informes por parte de Schindler.

—No. A decir verdad, mi padre me ha dicho esta noche que no me molestará más. Ha averiguado ya todo lo que quería. Por lo tanto, ¿no le parece que eso ha terminado?

—No puedo decirlo —contestó él, inflexible—. Pero, si hubiera estado usted allí esta tarde, ahora no se encontraría aquí.

—¿Por qué?

—Porque habría estado sumamente ocupada hablando con una serie de toscos policías.

Nada hubiera podido ser más ingenuo y menos temeroso que la mirada de sus grandes ojos azules.

—¿Por qué motivo?

—Porque el camarada Angert se halla ahora muy atareado, espiando entre los ángeles —contestó él.

Andrea tenía la copa junto a los labios, y al bajarla habíala vaciado hasta la última gota. La sostuvo sobre sus rodillas sin el menor temblor, y Simón pensó que sus razones no debían ser diferentes de las suyas. ¿O lo serían?... Éste era el instante en que no debía dejar pasar nada por alto; pero no había nada que ver. Nada en los ojos de ella, ni en su cara, ni tampoco en su respuesta. Era como estar golpeando contra una almohada de plumas. Ella debía ser mejor de lo que él era. ¿O es que había vuelto a equivocarse? Pero ahora no podía permitirse nuevos errores. Estaba luchando contra algo que se movía en torno suyo como una sombra.

En su cerebro brotó como un relámpago la idea de que la muerte de Angert posiblemente no tenía ninguna relación con lo demás.

Justamente había sido un infortunado error, una de esas zancadillas en las que tropiezan y caen los mejores planes. Karl Morgen probablemente no había intentado matar a Angert. Simplemente le había golpeado con excesiva fuerza. Él no era un tipo inteligente. Sencillamente había ido al laboratorio para ver qué podía hallar, y Silvester Angert había estado acechando entre las matas. Eso indicaba que éste había sido neutral. Por tanto, no había habido ninguna razón para que Morgen lo hubiera reconocido. La cuestión podía ser mirada desde todos los ángulos, pero no había otra explicación que ésta.

No había duda de que Hobart Quennel le había dicho a Andrea que no se molestara ya acerca de Schindler... porque el informe de Morgen a través de Devan le había hecho comprender que había habido un desliz, y él sabía que éste era un terreno peligroso.

El Santo pensó que estaba haciéndolo todo muy fácil para sí. Pero ignoraba si era realmente fácil, o si se trataba de algo más escurridizo de lo que había supuesto.

Sus ojos no se apartaban de la cara de Andrea.

—¿En qué está pensando usted? —la oyó preguntar.

—En el hecho de que el camarada Angert haya sido quitado de en medio.

Andrea hizo girar la copa, y casi deliberadamente la dejó resbalar por el borde de la cama hacia la alfombra. Tal vez era ésa su manera natural de dejarla.

—¿Y cree que mi padre ha tenido algo que ver con eso? —preguntó con voz lejana.

El Santo no se movió.

—Andrea —dijo—, si desea hacer usted algún cambio, creo que ha llegado el momento de hacerlo.

Le miró fijamente. Luego se tendió de espaldas y se cubrió los ojos con las manos.

Simón se quedó mirándola por un momento, pensando en lo desapasionado que era. Luego se inclinó hacia la mesita contigua para dejar la colilla del cigarrillo en el cenicero.

Y entonces los brazos de Andrea le rodearon el cuello y sus labios buscaron los suyos. Esto de ahora fue peor que antes. Pero él había sabido vencer antes, y ahora estaba más seguro de que volvería a vencer de nuevo. Trató de mantenerse totalmente inmóvil; pero eso no la contuvo a ella. Resultaba muy difícil continuar así. Simón posó las manos sobre sus hombros y la empujó hacia abajo. Luego, haciendo esfuerzos para alejarse, consiguió zafarse del círculo de sus brazos.

—No vale la pena, Andrea —dijo con voz firme y a la vez bondadosa—. Está usted rebajándose.

Ella levantó la vista y le miró herida.

—Yo no he tenido nada que ver con que ese hombre haya sido asesinado, si es que lo ha sido. No ha sido por mi culpa. Y estoy segura que tampoco lo ha sido por la de mi padre.

—No estoy muy seguro. Y usted pertenece a él.

—Quiero pertenecerle a usted.

—No puede ser de ambos.

—No me es posible estar en contra de él. Es mi padre.

—Por eso es por lo que le doy las buenas noches —repuso el Santo—. Me ha dicho usted lo que quería saber. Ha sido por eso por lo que he venido aquí.

Ella no pareció reaccionar.

—Me parece que está haciendo todo esto para asustarme —dijo—. No lo creo. No puedo.

—Eso es cosa suya.

—Supongo que ahora iré a decírselo todo a la policía.

—Si me parece una buena idea... sí.

—Bueno, yo no le he dicho nada. No admitiré haber dicho una sola palabra. Estaba resuelta a todo. Nada más que para hacer que usted siguiera hablando. Ellos se reirán de usted...

Simón sacó otro cigarrillo y lo encendió con mano completamente serena.

—No será la primera vez que se han reído de mí —contestó juiciosamente—. De modo que, ahora, buenas noches.

—¿Adónde va?

—A mi hotel.



—No —dijo ella—. ¡Por favor!

Su cara tenía una expresión de temor intenso cuando se levantó un poco, apoyándose sobre un codo. Él se mantenía al pie de la cama y arremetió implacable al ver que vacilaba su guardia.

—¿Por qué no? —preguntó—. ¿Acaso se trata de otra labor que tiene que hacer para su padre? ¿Tiene que retenerme aquí para impedirme estar en otro lugar?

—No —volvió a decir ella—. Es sólo por mí. ¡Por favor!

—Lo siento —contestó el Santo.

—Les he oído hablar —dijo ella con vehemencia.

Él se volvió de nuevo y sus ojos la miraron fijos y sin maldad.

—¿Quiénes son «ellos», y de qué estaban hablando «ellos»?

—No sé de qué se trataba. ¡No lo sé! Sólo he logrado oír muy poca cosa. Pero he temido por usted. Sé que no debe volver usted al hotel. Por eso es por lo que he querido retenerle aquí. No quiero que se marche. ¡Allí no estará seguro!

—Eso es muy interesante —dijo él cortésmente—. Pero de nada sirve.

Volvió a avanzar en dirección a la puerta.

Detrás suyo hubo un momento de silencio, y luego un revuelo agitado. Oyó sus pies sobre la alfombra; y un instante después se apretó desesperada contra su cuerpo, con la cara hacia la suya y los ojos llenos de lágrimas.

—¡No, por favor... no puede marcharse!

—¿Por qué?

—No puedo decirlo. No lo sé. Nada sé. Pero sí sé que no debe ir al hotel. ¡Querido! Le adoro. ¡Quédese conmigo! Avisaré a mi padre que no regresaré.

Simón se mantuvo inmóvil, como una estatua, con las manos apartadas de ella.

—Y luego —continuó Andrea, tuteándole ahora—, por la mañana te prepararé el desayuno, lo que mejor te agrade; y si todavía quieres ir a Connecticut, puedes ir en el coche conmigo. Los trenes son horribles. Y mañana puedes cenar con nosotros y conocer realmente a mi padre. Yo sé que simpatizarás con él en cuanto le hables, pues tenéis muchas cosas en común y...

Simón sintió como si una ola estuviera envolviéndole, y tuvo que luchar para librarse de ella. Levantó las manos, asió las muñecas de Andrea y las apartó con violencia de su cuello. Se sentía presa de una furia que cegaba su propia incertidumbre respecto a la estupidez de ella y casi le impedía hacer frente a la situación. La apartó tan rudamente de su lado, que chocó contra la

cama a la altura de las rodillas y cayó sentada violentamente, con sus ojos sin apartarse todavía de él y los cabellos en desorden, formando una nube dorada alrededor de su rostro.

—Buenas noches —dijo él por tercera vez—, y presente mis saludos a su padre.

Cruzó apresuradamente el *living-room* y cerró la puerta al llegar al pasillo.

Descendió las escaleras por no esperar el ascensor, y no tardó en hallarse en la calle. En ese momento apareció un taxi y lo miró agradecido. Rebasaron el convertible verde y sólo dijo al conductor: «Al *Savoy Plaza*». Era como una escapatoria.

Sí, una escapatoria.

Tuvo una visión momentánea de Andrea otra vez; y la borró de su vista con una espesa bocanada de humo.

Lo interesante es que él estaba escapando de ella.

Nadie le había llamado ni preguntado por él en el hotel. Tomó su llave y, subiendo al décimo piso, se aproximó a su puerta sintiendo un ligero cosquilleo en la nuca. Su imaginación hacía ver fantásticas trampas, máquinas infernales con intrincados cables que dispararían armas de fuego cuando metiera la llave en la cerradura o encenderían mechas de bombas que explotarían cuando él se encontrara en la habitación. Pero no podía dejarse dominar por tales pesadillas. Abrió la puerta y avanzó, sintiéndose no poco sorprendido al notar que seguía viviendo. No se produjo ningún ruido tremendo. Examinó pulgada a pulgada su habitación. Todo se hallaba tal como él lo dejara, excepto que la camarera de noche había estado allí y abierto la cama. El hallar vacío el cuarto de baño le causó la primera sonrisa. Al menos no existía el peligro de morir con refinamientos tan exóticos como el «cyanide» en el polvo para los dientes o el «curare» sobre el borde de la hoja de afeitar. Era mucho más fácil morir si alguno le quería lo bastante mal como para quitarlo de en medio.

Corrió el cerrojo de noche en la puerta y acercóse a espiar junto a las ventanas. Las desnudas paredes del edificio se extendían libremente hasta donde su vista alcanzaba. No había allí balcones ni tampoco escaleras de incendio preventivamente colocadas. Claro que alguien hubiera podido apoyar una escalera o descender una cuerda; pero cualquiera de ambos expedientes habrían llamado la atención desde la calle. Retiró la cabeza lejos del murmullo que subía del tránsito de abajo, bajó la cortina hasta unas pocas pulgadas del marco y colgó un vaso y un par de ceniceros sobre dicho borde,

lo que bastaría para darle aviso con bastante anticipación, si alguien llegaba a introducirse por ese lado.

Volvió junto a la mesa y se preparó un cóctel. El hielo del depósito estaba derretido, pero el agua se mantenía todavía fría. Bebió lentamente el cóctel. Lo sentía refrescante después del pesado coñac. También la atmósfera era refrescante, incluso con aquella sensación de expectativa, después del febril «maelstrom» de que se había salvado por su sola voluntad.

Nuevamente volvió a alejar el recuerdo de su mente. Si aquí no sucedía nada, ¿en qué parte era donde él no debía hallarse?

El único lugar en que podía pensar era Stanford.

A pesar de ser tarde, hizo una llamada telefónica. Contestóle una voz masculina que no recordaba haber oído antes.

—¿Miss Gray? No está aquí.

—Habla Simón Templar —dijo él.

—¡Oh! —murmuró entonces la voz.

Se produjo una larga pausa, y luego la voz de Madeline se oyó por el auricular un tanto adormecida y ansiosa, pero perfectamente natural y sin esfuerzo.

—Sólo deseaba saber que se halla usted bien —dijo él.

—Ciertamente que lo estoy. ¿Ha ocurrido alguna cosa?

—Me temo que nada que merezca la pena referir. ¿Ha tenido usted alguna noticia?

—No.

—¿Se halla bien cuidada?

—¡Oh, sí! Míster Wayvern ha dejado aquí el mejor de los hombres. Es tan grande como una casa y su pasión es coleccionar mariposas.

—Bien. Dígame que se mantenga alerta y no se duerma, para que pueda seguir aumentando su colección.

Ella permaneció callada un momento.

—¿Por qué? ¿Acaso está... esperando usted alguna cosa?

—Siempre estoy esperando cosas. Pero no se aflija. Sólo quería estar seguro de que él se toma en serio su misión.

—¿Piensa quedarse esta noche en Nueva York?

—Creo que sí. Posiblemente es ya tarde para alcanzar un tren. De todas maneras, recuerde que hemos decidido fingir que usted se halla en Nueva York, de modo que parecerá más convincente si yo me quedo aquí. A propósito, estoy en el *Savoy*. Supongo que los enemigos deben estar lanzando

maldiciones, deseando poder saber bajo qué nombre la he hecho registrar en los libros.

Hubo otra breve pausa.

—Simón... ¿cree usted que esto durará todavía mucho más?

—No —dijo él, con una confianza que no estaba de acuerdo con la expresión de su cara, que ella no podía ver—. No mucho. Creo que para mañana ellos harán mover muchas cosas. Y yo estaré en contacto con usted. Vuelva a la cama y trate de descansar hasta el desayuno.

Abrió un nuevo paquete de cigarrillos después de cortar la comunicación y se puso a caminar de un extremo al otro de la habitación.

Continuaba todavía a oscuras, y sólo podía hallar algún consuelo en la esperanza de que los enemigos se hallasen igualmente en ayunas. Le parecía que debía sentirse más seguro hallándose lejos de Stanford. Pero, si realmente hubiera estado ocultando a Madeline Gray en Nueva York, los enemigos habrían esperado que se encontrase más próximo a ella. En verdad, seguramente habían estado observándole desde algún punto con la esperanza de que él los conduciría hacia ella. Tal vez era por eso por lo que Andrea Quennel se había mostrado inquieta. ¿Pero había estado inquieta? ¿No habría simulado toda aquella escena terrible para tratar de hacerlo sospechar y obligarle así a hacer un falso movimiento? ¿Cómo pensarían los enemigos? Si él hubiera partido rápidamente hacia Stanford, ¿habrían creído que trataba de hacerles seguir astutamente una pista falsa y por lo tanto habrían quedado convencidos de que Madeline Gray se alojaba en Nueva York? ¿Crearían que él podía ser tan audaz como para dejar a Madeline Gray en una posición tan expuesta como en Stanford, o pensarían que eso era precisamente lo que él deseaba que pensasen?... Era estar haciendo un solitario con cartas de camaleón.

Y a pesar de todo, estaba seguro de que jamás había pensado en el peligro real.

Se acostó y poco después quedó dormido; no tenía otra cosa que hacer. Serían las diez de la mañana cuando despertó con la sensación de haber estado sumamente cansado a causa de la noche anterior; y estaba debatiéndose entre afeitarse antes del desayuno o desayunarse antes de afeitarse, cuando vio temblar su puerta con una fuerte sacudida.

Corrió a abrir y levantó involuntariamente las cejas al ver una cara conocida que hacía algún tiempo no veía.

—¡Pero, Henry! —exclamó—. ¡Mira que encontrarme aquí!

La figura familiar llenaba con sus hombros la abertura de la puerta.

—Lo raro habría sido no encontrarle aquí —repuso el inspector John Henry Fernack—. Venga y dígame qué es lo que tenía usted contra Imberline.

### III

Todo parecía encajar debidamente en el cerebro del Santo como una medida exacta de cacahuets cayendo en un sobre desde una máquina empaquetadora automática. Todo parecía tan ordenado y definitivo, que se sentía sumamente tranquilo por ello, y ni por un momento pensó en el mecanismo que así hacía suceder las cosas.

—¿Acaso ha muerto? —preguntó con voz carente de emoción.

—¡Y me lo pregunta usted! —replicó Fernack con sarcasmo.

El Santo asintió con la cabeza.

—No debiera. Usted no se hallaría aquí si él se hubiera quejado de que alguien le hurtaba sus cigarros.

Fernack lo miró implacable. Se ocultaba mucho detrás de esa mirada. Además de ser parte de una rutina que le había hecho sumamente popular ante los contribuyentes de muchos lugares, se basaba en una larga serie de conflictos y colisiones, todo lo cual bullía siempre en la mente de Fernack en momentos como el actual. Para él la vida era ruda. Personalmente simpatizaba con el Santo, y en cierto modo lo respetaba. Como hombre honesto que era, tenía que confesarse que en general el Santo había hecho mucho más por él que lo que no había hecho; y sin embargo, como funcionario a sueldo de la Ley, consideraba que la aparición del Santo en cualquier crimen era una garantía indubitable de mayor tensión y preocupaciones que las que cualquier funcionario se sentía capaz de soportar. Además de lo cual, sabía para su propia satisfacción que los métodos del Santo acusaban un ligero y hasta casi letal desinterés por los procedimientos legales que siempre habría de ser su deber tratar de emplear: sería un amargo triunfo para él cuando lo lograra, y, no obstante, el fracaso no era menos desalentador y desconcertante. Inevitablemente, era un dilema que ejercía los efectos más corrosivos sobre la ecuanimidad de cualquier policía consciente.

—¿Acaso quiere ir a echarle otro vistazo —preguntó casi como por un reflejo del instante— y ver qué clase de trabajo ha hecho con él?

—Desde luego —contestó el Santo.

En el corredor, dos agentes uniformados estaban conteniendo a un grupo de impacientes reporteros. Un ayudante del gerente, indeciso entre mantener

la buena voluntad de la prensa y evitar una publicidad indeseable, se movía nervioso de un lado para otro.

—¡Ea, Fernack! —gritó uno de los periodistas—, ¿quiere una edición especial para usted solo?

—¿Quién es ese hombre que está con él? —preguntó otro más.

La habitación 1013 parecía estar llena de atareada gente con ropas de paisano. Un fotógrafo de la policía estaba empaquetando su aparato. Otros especialistas trabajaban sobre los muebles con cepillos y polvo, envolviendo objetos de interés, abriendo cajones y armarios, recogiendo cosas y dejándolas luego. Era una escena llena de actividad semejante a las muchas que el Santo había presenciado muchas últimamente.

El cuerpo yacía sobre la cama; un bulto amorfo y grande que sugería la forma de un cuerpo humano debajo de la sábana, como el primer bosquejo de un molde de arcilla.

Fernack echó atrás la sábana. Imberline parecía como si estuviera dormido con la boca abierta. Pero sus ojos los tenía a medio cerrar, mostrando únicamente las pupilas. Debajo de la cabeza se veía una toalla plegada que mostraba manchas rojas.

—¿De qué ha muerto? —preguntó el Santo.

—Se cayó en el cuarto de baño y se saltó los sesos al chocar contra el suelo —contestó Fernack—. ¿No lo recuerda usted?

—Los años están alterando su memoria —repuso Simón—. Haga el favor de enterarme mejor.

Fernack corrió nuevamente la sábana.

—Imberline dejó dicho que se le llamase esta mañana a las siete y media. Eso fue anoche alrededor de las doce y media. Su teléfono no ha contestado. Han enviado a una de las encargadas del piso para verificarlo. Ha mirado, no lo ha visto en la habitación, y ha enviado a la camarera a arreglar el cuarto. Ha sido ella quien lo ha encontrado. En la cama no había dormido nadie. Estaba en el cuarto de baño, vistiendo todo menos la chaqueta, con la corbata floja y el cuello desprendido... y muerto.

El Santo tuvo una visión de Imberline tal como lo viera la última vez, lo que aparentemente era su costumbre estando en casa.

—¿De modo que resbaló en el baño y se quebró la cabeza? —preguntó.

—Sí. La nuca le ha quedado hecha papilla y era mucha la sangre que había sobre los mosaicos. Si usted puede caer con bastante fuerza desde donde se halla para causarse tal daño, me gustaría mucho verlo.

—Me temo que sí le agradaría, Henry —dijo el Santo con tristeza—. ¿Desde qué hora se halla muerto?

—Usted sabe que no podemos decirlo con precisión. Pero debió morir alrededor de la medianoche. Hizo ese encargo poco después que usted llegó aquí. La telefonista recuerda que fue mientras estaba usted llamando a Stanford.

—Desde luego, llamé. ¿Hay acaso algo más?

—Parece que él estuvo entreteniendo a alguien con quien había salido a cenar. Se ha encontrado parte de una botella de *whisky* y un par de vasos sucios; pero uno de ellos estaba limpiado de modo que carecía de impresiones digitales. Se han encontrado también cenizas y colillas de cigarrillo y cigarro.

—¿A qué hora llegó él?

—A eso de las diez y media.

—¿Vino solo?

—La empleada del ascensor ha dicho que le pareció verle llegar solo.

—De modo que debió venir conmigo, dado que usted recuerda mi treta de hacerme invisible, ¿no es así?

Fernack le volvió la espalda y miró con mala cara a sus subordinados. Estaban terminando sus tareas. Fernack los hizo retirar, y en cuanto salieron cerró la puerta. Simón encendió un cigarrillo y se puso a caminar lentamente en torno a la habitación.

Fernack volvió a mirarle con su cara contraída y sus ojos negros y penetrantes.

—Ahora —dijo—, acaso me diga usted algunas cosas, amigo.

—Con mucho gusto —respondió el Santo con tono afable.

—Cuando yo he llegado a su cuarto, no ha parecido usted sorprenderse al preguntarle acerca de Imberline.

—Estoy muy habituado a que usted me haga preguntas extraordinarias.

—Ni siquiera me ha preguntado quién era.

—¿Por qué tenía que hacerlo? Leo los periódicos.

—Hasta sabía que se alojaba en este hotel.

—Yo no he dicho tal cosa. Y en todo caso no es un hecho como para caerse de espaldas. Yo mismo me alojo aquí.

—Y usted sabía que él fumaba cigarros.

—Varias personas lo hacen. He oído decir que es cosa casi común.

El detective mantenía inmóviles las manos. Pero le costaba un gran esfuerzo.

Y además —agregó—, sabía que estaba muerto antes que yo se lo haya dicho.

—Me lo ha dicho —repuso el Santo—. En su voz hay un tono especial que a uno le hace pensar en seguida que ha habido un homicidio... particularmente cuando está esperando enviarme a la silla eléctrica. Lo he oído tantas veces, que puedo reconocerlo inmediatamente.

Fernack respiró con alguna dificultad.

—Ahora me permitirá que le diga lo que pienso —dijo con vehemencia—. Creo que se halla nuevamente metido en enredos...

Simón dejó escapar una bocanada de humo.

—Henry —dijo razonablemente—, ¿es que este diálogo no le hace recordar algo por lo que ya hemos pasado en otras ocasiones?

El detective tragó saliva.

—¡Naturalmente! Pero esta vez...

—Esta vez la cosa va a ser más grande y mejor. Será diferente. Esta vez me tiene usted atrapado. Hemos hecho ya muchas veces esta misma escena, y no me gusta recordarlo. Un hombre ha sido asesinado, y naturalmente lo he matado yo. Porque todo el mundo sabe que tengo una concesión exclusiva para hacer todas las muertes que se cometen en Nueva York.

—Todo lo que usted tiene es una serie de hábiles respuestas...

—Para contestar a una serie de preguntas idiotas. Imberline es asesinado aquí, y como yo estoy a mano debo ser el culpable. ¿Por qué no acusarme entonces?

—Lo haré cuando sepamos que ha sido un crimen —contestó Fernack—. Todavía tengo que entrevistar a otros huéspedes del hotel. He dado con su nombre, y me he enterado de que ocupaba justamente una habitación muy próxima. ¿Qué me dice usted ahora?

El Santo aspiró una buena bocanada de humo y sonrió con una sonrisa tolerante. Volvió la vista en busca de una silla y se sentó en ella exhalando un suspiro de alivio.

—Henry —dijo entonces—, he dejado de ser un hombre listo. Quise asesinar a Imberline, y supe que se alojaba en este hotel y en qué habitación. Entonces recorro a todos los medios para conseguir una que quedara lo más próxima posible a la de él. No fui lo bastante astuto como para subir en el ascensor, atacarle y escapar luego. Tuve que proceder de otra manera. No quería que usted tuviera que enfrentarse con un misterio.

—¿Dónde estuvo usted anoche?



—¡Oh! Salí a cenar con una joven y luego fui a su departamento. Luego vine aquí e hice mi trabajo. No me preocupé de otra cosa. No fui lo bastante astuto como para tomarme la molestia de buscar una coartada. Golpeé a Imberline en la cabeza, y se la destrocé; y aun así no fui bastante hábil para huir. Me metí en cama y esperé a que usted viniera a buscarme —terminó diciendo Simón, lanzando el desafío con agradecimiento a la inconsiderada decisión que le tocaba en suerte—. Yo sabía que no habría de pasar mucho tiempo, porque me había inscrito bajo mi propio nombre para que usted no tropezara con alguno de mis alias. No, Henry, he dejado de ser hábil... y ésa es mi falta.

Fernack le miró con malos ojos. También a él le parecía que ésta era parte de una escena familiar. Estaba convencido de que había algo extraño en todo ello, tal como siempre ocurría; pero lo malo era que él jamás podía dar con la tecla. Únicamente experimentaba un furibundo desaliento al pensar que iba a encontrarse nuevamente en una situación tan ingrata como en otras ocasiones.

—El caso es que usted es demasiado listo —dijo recelosamente—. Está tratando de venderme la misma mercancía...

—Estoy tratando de mostrarle lo que podría parecer su evidencia ante un jurado.

El detective se pasó una mano por los cabellos canosos.

—¿Entonces qué demonios es lo que usted sabe acerca de esto? —preguntó casi implorantemente.

—Ahora se muestra usted razonable, mi estimado amigo. De modo que se lo diré en secreto. Yo sabía que Imberline se alojaba aquí, y vine para verle.

Fernack hizo un movimiento como si le hubieran introducido una aguja caliente en la parte glútea. Sus ojos despidieron chispas.

—¡Y ahora intenta hacerme pasar por tonto! —rugió—. Diciéndome el viejo cuento de otras veces...

El Santo dejó escapar un suspiro.

—Creo que debiera tomar píldoras sedantes —dijo—. Su estómago debe tener úlceras tan grandes como los cráteres que hay en la luna. Estoy tratando de ponerle sobre la pista verdadera. Vine a hablar con Imberline; eso es todo. Y no hice ningún secreto de ello. De modo que, para el que se ha tomado la molestia de enviarlo a su próxima transmigración, yo he debido resultar casi irresistible. Yo he sido lo suficiente tonto para no pensarlo. Tal vez tenga que ir a la silla eléctrica por eso, pero no hay ley que así lo estipule —agregó con una cara que parecía como de piedra—. Yo lo veo todo muy claro. El asesino debió llegar al hotel en compañía de Imberline. Subieron ambos en el mismo

ascensor. El otro lo dejó de pronto en el *hall* y le dijo que iba a buscar un periódico o algo por el estilo y que tardaría en subir. Tomó el ascensor siguiente, charló con él durante unos momentos, esperó a que Imberline entrara en el cuarto de baño, le siguió y le destrozó la cabeza. Luego esperó y, cuando estuvo seguro de que me había acostado, tomó el teléfono y encargó que Imberline fuera llamado por la mañana, justamente para probar que estaba vivo a esa hora y tratar de estar seguro de que sería encontrado antes de que yo despertara. Ese sujeto tenía una idea muy acabada de la forma en que pensaría la policía. Eso, Henry, con el debido respeto para usted.

La voz del Santo era muy suave, pero la expresión de su mirada no tenía el menor asomo de una persona en trance. Estaba traduciendo en palabras algo que hacía tiempo había llegado a ser concreto en su subconsciente. Estaba pensando acerca de cosas muy diferentes. Se dijo que ésta debía ser la trampa de la que Andrea Quennel trató de alejarle en el momento en que apareció como una escultura de alabastro cuando se tiró tan alocadamente de la cama. Se dijo también que algún día llegaría a ser realmente tan astuto y hábil como trataba de serlo.

Fernack estaba moviendo malicioso las mandíbulas.

—Todo eso es muy bonito —persistió obstinado—. Pero no parece muy real.

—Algo de eso puede estar quizá en evidencia —dijo el Santo—. Si Imberline hizo esa llamada telefónica, sus impresiones digitales tienen que estar en el aparato, a menos que el teléfono fuera limpiado. Pero el asesino no debió entretenerse en limpiar el aparato, excepto en el caso de que lo usara él mismo. Claro que desde entonces ha podido haber alguna otra llamada... ¿o acaso ya se me ha anticipado usted?

Por la cara del detective, Simón no dudó que estaba equivocado.

—He pensado en eso —dijo Fernack—. Pero, en tal caso, ¿quién ha matado a Imberline?

—Probablemente algún descontento manufacturero de corsés que se oponía a que se usara goma en los cinturones.

El sensitivo escrutinio del inspector Fernack pareció congestionarse de nuevo.

—Si se está divirtiendo usted, preferiría irme a reír a un buen funeral. Imberline era uno de esos funcionarios del Gobierno. Me temo que se me va a echar encima todo el mundo de Washington, lo mismo que el inspector. Si usted no sabe nada, salgamos de aquí.

—Yo podría ponerle en contacto con la gente debida, si fuese usted más cortés. Pero tengo que hacer una llamada a New Haven.

—Vaya, entonces. Hágala.

Simón se dirigió al teléfono.

Fernack estuvo siguiendo atentamente todos sus pasos desde que llamó al F. B. I. hasta llegar a Jetterick; pero no por ello intentó apresurar la maquinaria.

Unos minutos después hablaba con Jetterick.

—Éste es el Club Templar de Hallazgo de Cadáveres y Marchas Fúnebres —dijo—. ¿Cómo andan por ahí las cosas?... Casi lo mismo. Todavía no he podido verificar mucho en Stanford... ¿no ha tenido usted malas noticias de allí?... Bueno. Supongo que nada todavía acerca de Morgen... ¡Uno de esos sujetos no cooperativos! Realmente nunca he creído que tuviera prontuario, y en todo caso no habría sido de mucha utilidad... Bueno, le he llamado para saber si un funcionario llamado Frank Imberline trató de comunicarse anoche con usted para averiguar si había algo de cierto en lo que yo le manifesté acerca de algunas de las ramificaciones de nuestra jira campestre de ayer... ¡Oh!... ¿Le interrogó? Debió ser gracioso... No, no creo que sea mejor decirle el porqué. Voy a pasarle el aparato al inspector John Henry Fernack, de la policía local... un maestro en misterios que desea hacerme vestir traje a rayas. Dígame lo que usted crea sea conveniente para sus hermosas orejas.

Pasó el aparato a Fernack y echó a andar hasta la ventana. Una vez ante ella, arrojó nubes de humo contra el cristal y contempló su efecto al chocar con él.

## IV

No sabía qué estaba diciendo Jetterick y tampoco prestaba gran atención. Imaginaba que el relato sería tan completo como Jetterick pudiera hacerlo. El único indicio que no poseía Jetterick, aparte de los acontecimientos del día anterior, era el que vinculaba a Andrea Quennel y por medio de ella a Hobart Quennel y Walter Devan... Simón estaba seguro que el propio Devan era el asesino en este caso. No creía que hubiera actuado un elemento ajeno a sus intereses, otro talento de afuera, y tampoco podía imaginarse a Hobart Quennel actuando personalmente en semejante caso. Si Morgen hubiera sido seguido hasta Devan, Jetterick habría tenido un indicio en ese sentido y desde otro ángulo; pero ni aun eso ocurrió. Y el Santo había descontado para

entonces a Morgen, excepto como cómplice: las afiliaciones nazis del individuo podían ser otra historia, pero no tenían nada que ver en este caso.

Simón Templar habíase encontrado antes con dragones teatrales, con la suficiente frecuencia como para sentirse casi sentimental acerca del olor de la pintura y el *papier maché* que todos tenían; pero ahora estaba dominado por la extraña certidumbre de que su hombre era mucho más oscuro y más mortífero que cualquiera de esos horrores ficticios.

No habría podido explicar sucintamente por qué causa se reservaba para sí todo el proceso de la *Quenco*. Sabía que ello no estaba en línea con las reclamaciones más intensas del Departamento de Justicia... pero Simón Templar siempre había sentido un desdén indecoroso por tales apelaciones. Podía ser una reversión incorregible a sus antiguos hábitos ilegales. En todo caso no era a causa de los encantos de Andrea. Tal vez se debía a que sabía con fría lógica cuán endeble era su propia evidencia, aún más endeble que la tenue condición de la acusación que Fernack pretendía haberle hecho; porque sabía también que no existían armas estatuidas para horadar la coraza social de un hombre de la posición de Hobart Quennel; porque, a pesar de su desafío a Andrea, sabía igualmente en qué forma se habrían reído de él Fernack y el mismo Jetterick y por último temía que el expedienteo le amarrara hasta que su espada fantástica estuviera mellada...

Aguardó hasta que la conversación casi monosilábica de Fernack hubo terminado. Hubo de esperar mucho tiempo y se preguntó si la comunicación sería incluida en la cuenta del malogrado Frank Imberline. Su gesto fue sereno y tranquilo cuando se volvió para mirar de nuevo al detective.

La frente de Fernack estaba algo humedecida, evidentemente por exceso de labor; en ese instante se hallaba volviendo las páginas que había emborronado en su libreta de apuntes. Pero sus maneras fueron completamente diferentes.

Se aclaró la garganta.

—Hay una cosa que nadie sabe todavía —dijo—. ¿Para qué ha venido usted a Nueva York?

—Para obtener algunos datos sobre ciertas personas —contestó el Santo con franqueza—. La joven era una de ellas.

Fernack no dijo nada. Pero después preguntó:

—¿Para qué quería ver usted a Imberline?

—Cuando llegué aquí no lo sabía. Me dije que todo dependía de lo que averiguara previamente acerca de él. Cuando su ficha se me presentó clara, pensé que sería mejor entrevistarme con él en su guarida y tratar de hacerle

ver con claridad las cosas. No pude conseguir mucho, pero me parece que al menos quedó bastante impresionado como para intentar verificar lo que le dije. Lo que acaso haya sido demasiado malo para él. Tal como yo, no se mostró lo bastante hábil. No fue lo bastante astuto para mantener la boca cerrada.

—¿Y no sabe usted quién ha podido cerrarle la boca?

—No sé nada respecto a eso —respondió el Santo.

—Bueno —repuso el detective—. Supongo que usted pensaba ir a alguna parte. Puede marcharse.

—Ya se ha hecho tarde para mi desayuno. ¿Qué le parece si almorzamos juntos?

—Tengo que ir a decir alguna cosa a esos malditos reporteros.

—Entonces será otra vez.

—Espero que no lo sea hasta que hayan pasado otros cincuenta años.

—Es usted muy malo, Henry —dijo el Santo casi con genuina simpatía—. Éste va a ser un caso endemoniado... con las complicaciones del F. B. I. y otro eslabón en el Estado contiguo. Pero para eso las Debidas Autoridades tienen jurisdicción.

Poco después regresó a su habitación.

Terminó de vestirse, bebió el resto de su botella de *whisky* y echó a andar en dirección a los ascensores. Inevitablemente, un reportero listo que había decidido guardar el flanco lo abordó antes de llegar al ascensor.

—¿Puedo hacerle una pregunta, míster Templar?

—Pregúnteme lo que guste —dijo Simón—. No soy nada más que un tablón flotante.

—¿Está ayudando usted a la policía en este caso, o es que ellos tratan de achacarle alguna cosa?

Simón depositó cuidadosamente la botella en sus manos.

—Toda la solución del misterio —dijo— se halla contenida probablemente en esta muestra de la saliva de un dromedario que fue hallado comiendo el relleno del colchón de Imberline. Y si desea usted la verdad —agregó con voz ahuecada—, los de la Inteligencia Naval tienen la teoría de que ha sido el propio Fernack quien ha envenenado a los dos.

El ayudante de la gerencia, que parecía más ansioso que antes, produjo bastante conmoción como para que el Santo pudiese alcanzar uno de los ascensores y retirarse sin ser molestado más.

Pagó su cuenta con una sublime sangre fría, puesto que éste era un local ético y acaso tendría que volver a necesitarlo; no era culpa de la gerencia si

los huéspedes descuidados eran asesinados en los pisos altos. Así es que lo abandonó sin una mancha en su crédito y no encontró ninguna visible objeción por parte de la nube de imperativos que hubieran podido estar siguiéndole como las abejas siguen el perfume de las últimas flores de la estación.

Se dirigió a la estación Grand Central, se hizo afeitarse en la peluquería de la terminal y, dejándose llevar por los imperativos del hambre, fue a saciar sus ansias en el Oyster Bar, en donde pasó algún tiempo dando cuenta de varios inofensivos moluscos.

Fue después cuando pensó que tal vez estuvieran siguiéndole algunas «sombras». Su método para despistarlas implicó cierto trabajo astuto en torno de las revueltas del subterráneo, algunos rápidos zigzags en el Hotel Comodore y una breve excursión por una farmacia de la esquina. Cuando regresó a la estación Grand Central por el túnel del Baltimore Hotel, estaba bien seguro de que habría podido desconcertar a cualquiera que no le hubiese seguido sujeto al extremo de una cuerda. Encontró un tren que salía para Stanford dentro de cinco minutos, se detuvo a comprar un periódico y se instaló con él.

El diario se llamaba «Extra», pero la única cosa extra acerca del mismo era el tamaño de sus titulares. Decía: «Asesinato del director de *Rubber*», y en eso era probablemente en lo que consistía la información. El editor local había hecho todo lo posible para ofrecer algo de interés con una cantidad de «Rodeado de misterios» y «Como se sospechaba», pero su reportero hubiera podido sin duda agregar algo en ese punto. Una narración de la vida y carrera de Frank Imberline aparecía debajo de un titular a dos columnas, y con ello se intentaba dar a la narración un mejor aspecto.

Simón leyó las noticias sobre la guerra y los resultados del fútbol, y luego dejó el ejemplar a un lado.

Se preguntó qué habría dicho Fernack al verse acorralado por los periodistas. Se preguntó también si él no debió haber dicho a Jetterick que pidiera a Fernack mantuviera fuera de ello toda conexión con el crimen de Angert y el rapto de Gray, o si Jetterick habría pensado en ello por sí mismo. Se dijo que quizá era innecesario seguir preocupándose. No existía ninguna necesidad verdadera de hacer aparecer tales eslabones, excepto para dar mayor resonancia al asunto; y Fernack no era el tipo de policía que gustara de ello.

Volvió a abrir el periódico y recorrió cada uno de los anuncios para ver si se publicaba algo acerca de Angert y Gray, como asuntos pasados a segundo

plano debido al suceso actual; pero no halló una sola palabra. Jetterick y Wayvern habían conseguido al menos acallar eso por el momento. Pero por cuánto tiempo más lo conseguirían era algo muy problemático.

Después pensó que eso dejaría pronto de tener importancia. El Enemigo había sido engañado por un tiempo; pero, tarde o temprano, si eran tan eficientes como él suponía, investigarían de nuevo en Stanford para probar su suerte. Pero él había podido ganar algunas horas, lo que había hecho más fácil su viaje a Nueva York; y ahora estaba de regreso hacia Madeline. Ellos podrían hallarla allí, y él debía estar preparado para todo.

Volvió a cambiar de rumbo en sus pensamientos.

El Enemigo debía saber ahora que la situación había sufrido cambios. Debieron atemorizarse ante lo relatado por Morgen, y acaso mucho más cuando Andrea Quennel informó que el Santo se alojaba en el Savoy Plaza... en donde también se hallaba Imberline. Evidentemente sus dudas debieron desaparecer después de haber hablado con Imberline. Por eso éste se ganó su artículo necrológico. Pero acaso esperaron quebrar la telaraña al arrojar las sospechas sobre el Santo aprovechándose de unas circunstancias que debían haberles parecido hechas a medida para ellos. Ahora, acaso dentro de muy poco, por medio de un periódico o de otra manera, se enterarían de que Simón Templar había sido interrogado por la policía y había sido dejado en libertad. Y sabrían que algo había andado mal otra vez. Sabrían, por último, que disponían de muy poco tiempo.

Todo volvía a ser un balance de imponderables.

¿Cuánto pensarían que diría el Santo? ¿Cuánto también creían que sabía el Santo?

Simón no pudo pensar en la segunda respuesta. Todo dependía quizá de la versión dada por Andrea acerca de la noche anterior.

Y eso era algo que resultaba imposible imaginar por muchas razones.

Pero también temerían que él supiese alguna cosa. Confiaba que serían bastante buenos filósofos para figurarse que él se guardaría para sí lo mejor. Se dijo que pensarían así. Se dijo que estaba calculando más de lo que podía detenerse a considerar acerca de ello.

Ellos debían decirse que, si él sabía demasiado, tenía que saber que Calvin Gray se encontraba en su poder. Por lo tanto, su objetivo sería rescatar a tal rehén. Por otra parte, él tenía a Madeline Gray, que era acaso tan importante como su padre. Cada uno de los dos bandos poseía un triunfo. Era un punto muerto. La única diferencia estribaba en que ellos podían amenazar con hacer cosas horribles a Calvin Gray, y en cambio apenas si se afectarían en el caso

de que él amenazara fantásticamente con tomarse represalias en Madeline. Pero ellos podrían dudar en último extremo: hasta él mismo se dejaría intimidar por tal cosa. Por consiguiente, antes que el juego pudiera terminar, uno de los bandos debería tener los dos triunfos. La ventaja estaba en que él podía esperar, puesto que tenía el tiempo de su parte. Ellos no.

Así esperaba que fuera la situación.

Nada tuvo que hacer mientras tanto, sino pensar en eso hasta que el tren se detuvo en Stanford.

Obtuvo un automóvil en compañía de un joven sargento con licencia y una fornida mujer con tres gatos siameses en un cesto, posiblemente en viaje de visita a alguna parienta, y por vez primera empezó a molestarse internamente, cuando ambos descendieron. Después de eso pareció producirse otra espera superflua hasta que de pronto reconoció a Wayvern y otro hombre en un coche negro que los pasaron sobre el Long Ridge Road. Pero Wayvern lo reconoció al mismo tiempo y los dos vehículos aminoraron la marcha hasta que quedaron a la par.

—¿Qué novedades hay? —preguntó Simón.

—Yo me llevo a mi hombre a casa —contestó Wayvern—. Jetterick me ha telefoneado diciendo que todo estaba listo.

—Ya era hora —dijo el coleccionista de mariposas, bostezando—. No he tenido una noche de sueño desde Navidad.

El Santo no hubiera podido decir por qué causa le pareció que la tierra se hallaba inmóvil.

—¿Dónde ha estado? —preguntóle Wayvern.

—He venido en tren desde Nueva York.

—Entonces creo que él no ha podido ponerse al habla con usted. Será mejor telefonarle —agregó Wayvern; puso nuevamente en marcha el motor—: Ha dicho que era posible que viniese. Si lo veo antes, le diré que ha regresado usted.

Simón asintió y dijo al conductor que prosiguiera.

No hubiera podido dar ninguna razón para ello, y ciertamente nada había que pudiera decir a Wayvern, pero su premonición era tan segura como un conocimiento ya comprobado. Apenas sentía los movimientos de la marcha. Iba insultándose a sí mismo en forma algo monótona; pero nada conseguía con ello sino pasar el tiempo. Lo ocurrido no podía ser alterado ya. Y estaba tan seguro que había ocurrido que, cuando llegó a la casa y llamó a Madeline y ella no contestó, no fue un impacto ni tampoco un *shock* lo que sintió, sino



algo así como un reflejo en su diafragma, como si acabara de ser golpeado en el plexo solar, sin haber sentido el golpe.

Fue la señora Cook quien salió de la cocina cuando él llamaba.

—Creo que miss Gray ha salido.

—¿Qué quiere decir con eso de que ha salido? —preguntó Simón con seriedad.

—Bueno, después que míster Wayvern se ha ido con el otro hombre, he oído cómo se detenía otro automóvil y me parece que ella ha partido en él. Les he oído decir que todo estaba bien. Ella parecía muy excitada. He pensado que era usted que había vuelto a buscarla.

—¿No ha visto usted ese otro coche o al que ha llegado en él?

—No, señor.

Pensó que esta mujer era una criatura optimista con una mente felizmente vacía, pero aun así debió sentir la frialdad de su voz, porque preguntó:

—¿Por qué? ¿Es que hay algo de malo?

—No —contestó Simón, considerando que no merecía la pena discutir con ella.

Giró sobre sus talones, pasó al *living-room* y por algunos minutos se mantuvo rígido allí antes de comenzar a caminar. Ahora tenía la misma sensación, polarizada en forma diferente, que un criminal *amateur* debía tener al cometer su primer delito y darse cuenta que había cometido un desliz fatal, que había cambiado el curso de toda su vida en ese instante y que ahora la maquinaria lo tenía atrapado y ya no había nada que hacer. No era ello habitual en el Santo, pero así era como lo estaba sintiendo.

Ni siquiera se molestó en llamar a Jetterick para una doble verificación. No necesitaba la confirmación. Lo sabía.

En cuanto a llamar a Jetterick o Wayvern para que hicieran algo... eso era como pensar en soñar. Hubiera significado volver a comenzar de nuevo. Y no había ninguna otra cosa en que basarse más que cuando desapareciera Calvin. Podía disponer de todos los microscopios y todas las organizaciones de la tierra, pero no sería posible hacer gran cosa si nadie había llegado a ver a nadie y nada había en qué basarse.

Y bajo los obstáculos de la justicia democrática, no era posible hacer movimientos en todas las direcciones con la esperanza de hacer algo que los justificase. Nadie consideraría sus teorías extravagantes como base sólida para lanzar temerarias acusaciones contra un hombre con el poder y la posición de Hobart Quennel. Porque, si se cometía un error, el resultado sería desastroso.

A menos que luego todas las culpas cayeran sobre Simón Templar, el Santo. Su mente hirvió con tales pensamientos.

También el Enemigo lo había pensado. Tal como él había supuesto que lo haría. Pero anticipándose. Y ahora él volvía a ser un paria, nada más; y toda respuesta que pudiera dar, acaso estuviera en contra suya. Eran las cinco cuando llamó a Westport.

Se preguntó si ella estaría allí. Fue su voz la que contestó a la llamada, como si hubiera estado esperándole. Tal vez era así. Ahora podía comprenderlo. Ahora estaba obrando sin parar mientes en Hamilton ni en nadie. Y el antiguo brigante de los viejos días pareció surgir ahora en su voz.

—Andrea —dijo—. Gracias. Por todo. He decidido aceptar esa invitación. Estaré ahí a la hora de comer.

## Capítulo VI

### DE CÓMO HOBART QUENNEL HABLA ACERCA DE NEGOCIOS Y CÓMO CALVIN GRAY HIZO LO QUE LE DIJO EL SANTO

#### I

**M**íster Hobart Quennel no parecía más millonario que otro cualquiera; y probablemente se sentía tan secretamente orgulloso del hecho como cualquier otro millonario actual. Era una de las muchas refutaciones modernas a las viejas y crudas caricaturas comunistas de un capitalista, de modo que Simón Templar se preguntó si no habría un instinto congénito de *camouflage* en la cosmogonía de los millonarios que los calificaba como una raza para mantenerse un poco aventajados sobre los prototipos impopulares. Era como si en estos días de recias conciencias sociales un millonario requiriera alguna especie de coloración protectora que le permitiese tener éxito en su profesión de *déclassé*.

Míster Quennel era físicamente un hombre grande y bien formado, con los mismos cabellos rubios de su hija salpicados de canas y con los mismos ojos azules e inexpresivos. No daba la impresión de estar atemorizado o ser furtivo, porque en estos días de educación superior no es fácil apelar a extremos, hasta el punto de que un hombre que parece temeroso o furtivo se encuentra con muchos tropiezos en el camino cuando quiere hacerse creer. Su cara era lisa y huesuda, sin ser cadavérica, de modo que su dureza fundamental se mostraba tranquila y sin tensión. Sus ropas eran buenas cuando uno reparaba en ello, pero no era muy fácil notarlo. No acusaba una blandura general en su cintura, porque tal moda está también fuera de lugar entre los millonarios, que son conspicuos entre los trabajadores sedentarios por estar en condiciones de soportar a todos los entrenadores y masajistas y

clubs de golf y otras actividades físicas que pueden prescribirse para restringir el ecuador de la edad media. Él constituía esa fascinante evolución de un sujeto que simplemente se entrega a la tarea de ser un millonario, tan despreocupadamente como otros hombres se dedican a la labor de ser ladrilleros, y probablemente con ideas menos grandiosas de su lugar en la máquina de la civilización.

Quennel le estrechó la mano, diciéndole:

—Me complace mucho conocerle —mientras servía Martinis de la coctelera que había estado agitando.

Tenía una voz y maneras agradables, dignificadas pero cordiales, sin nada de dominantes. Poseía la suave confianza de un hombre que no necesita pedir favores, o salirse de su camino para ofrecerlos. Un hombre con quien se podía simpatizar. Simón Templar simpatizó con él a su manera, y ciertamente se sintió cómodo. Sentóse en el sofá al lado de Andrea Quennel, cruzó sus largas piernas y dijo:

—Esto es muy hermoso.

—¿Le agrada? —preguntó ella, hablando como si se tratase de un nuevo traje—. Pero creo que le gustaría mucho más Pinehurst. A mí, sí. Es algo más campestre.

Ella parecía tan campestre como una orquídea. Vestía un traje que hubiera podido estar bien tanto en un salón de baile como en un *boudoir* y tener todavía el aire de pertenecer a alguna otra parte. Tenía una alta línea griega en el corpiño que hacía cosas sensacionales en su torso también sensacional. Había abierto la puerta cuando él llegó, y a Simón habíale parecido que su cara clásica y su boca incitante eran como los bombones en el escaparate de una confitería, adorables y codiciados, pero sin volición. Ahora sabía que ésta era una falta de su propia percepción, pero todavía ansiaba abrirse paso por entre la tercera dimensión que habría de llevar todo el cuadro a la vida repentina y a la claridad.

Resultaba un tanto extraño encontrarla aquí, en esta atmósfera de formalidad ordinaria y agradable, después de la manera en que los dos se vieron la última vez. Se preguntó en qué estaría pensando. Pero no podía leer nada en su cara, ni siquiera molestia. Por lo demás, no pudieron encontrarse a solas ni por un momento. No supo si sentirse contento o no. Se miraban el uno al otro como un par de gatos desde los extremos opuestos de una pared.

Había otra persona que tenía que estar allí para completar el cuadro, y pocos minutos después apareció recientemente peinado y cepillado, vistiendo

un traje azul liso que le apretaba un poco en el pecho y los bíceps, de forma que tenía el aire de un estibador vestido con su mejor traje dominical.

—¡Hola, Walter! —le palmeó míster Quennel en el hombro—. Éste es míster Templar. ¿Lo conoce usted?

—Sí —contestó Walter Devan estrechándole la mano en un apretón fuerte—. Aquella noche no sabía que estuviera peleando con usted, pues de lo contrario habría tenido mayor cuidado.

—Me alegro que no lo tuviera —dijo el Santo con naturalidad—, porque me habría dado bastante trabajo.

—¿Qué piensa usted acerca de las noticias de Rusia? —preguntó Quennel. ¿De modo que las cosas se iban a desarrollar así?

El Santo lo prefirió. Le faltaba por llenar un claro, y en él sabía que existían cosas que eran importantes para su filosofía, aun cuando todos los demás las hubieran hallado incidentales. Ahora podía esperar la acción explosiva, una acción que sería el único medio de poder resolver la diferencia básica entre las dos explosiones. Pero antes que nada se sentía contento de poder explorar y pesar la carga que habría de presentarse ante la suya propia.

Encendió un cigarrillo, y por vez primera desde el comienzo del episodio supo que tenía un significado por encima de toda la simple violencia que pudiera surgir del mismo.

Bebieron otro vaso. Y comieron. No fue una comida regalada, pero sí bastante excelente, servida por un mayordomo cuya presencia le recordaba a uno la dignidad de tener un servidor tal. Sobre la mesa no era grande el despliegue de cubiertos de plata y cristalería. Bebieron, sin discusiones o alardes, un excelente «Fountaingrove Sonoma Cabernet». Todo tenía el *cachet* de un hombre para quien el lujo era cosa tan natural y esencial como el baño diario, sin hacer de ello una imposición.

—Me parece que le agrada a usted Pinehurst si Andrea lo lleva allá —dijo Quennel—. Acabo de recibir una nueva yunta de *ponies* de polo de la Argentina. Todavía no los he visto. Tal vez pueda probarlos usted por mí. ¿Le agrada el polo?

—Un poco —contestó el Santo.

—No puedo esperar para ir allá yo mismo —dijo Quennel—. En Washington jamás dejan de conspirar en contra mía.

—Supongo que la guerra tendrá mucho que ver con ello.

El dueño de la casa asintió.

—Nos ha hecho demasiado importantes —agregó con desenfado—. Antes estábamos marchando bastante bien, pero las exigencias del tiempo de guerra

nos están obligando a expandirnos considerablemente. Es cierto que casi toda nuestra producción la absorbe el Gobierno. Pero terminada la lucha tendremos la ventaja de poseer una gran cantidad de edificios y fábricas, e igualmente será mucho lo que habremos adelantado en experiencia técnica.

—Por todo lo cual habrá pagado el Gobierno, es decir, el pueblo —observó Simón con aprobación.

—Sí —repuso Quennel en forma directa—. No esperamos especular mucho en estos tiempos, y en todo caso el sistema impositivo no lo permitiría, pero al final tendremos nuestro beneficio en métodos mejorados y en el valor aumentado del capital, lo que una buena administración sabrá convertir en renta.

Simón hizo mosaicos con los trozos de carne que había en su plato.

Luego preguntó:

—¿Cómo se ha desenvuelto usted con los problemas obreros en su campo?

—En realidad, no hemos tenido dificultades. Todas nuestras fábricas se hallan en el Sur, desde luego, en donde se tiene mucha menor cantidad de tales disturbios. El trabajo siempre es un serio problema en los días actuales, pero creo honestamente que todo se reduce a saber cómo tratar a los operarios. ¿No le parece, Walter?... Ése ha sido siempre su dolor de cabeza.

—La *Quenco* paga salarios tan buenos como cualquiera otra industria en nuestra área —repuso Devan con poco entusiasmo—. Yo creo que nosotros hacemos por ellos tanto como cualquier otra firma. Se sorprendería usted si supiera lo que hacemos. Tenemos nuestro seguro sanitario y nuestro propio grupo de clínicas... organizamos toda especie de clubs sociales y atléticos para ellos... llegamos hasta a construir sus casas y las financiamos.

—En ese caso —dijo el Santo—, debo confesar que algunas de las cosas que he oído resultan sorprendentes.

—¿Qué cosas?

—Me refiero a los rumores que corren acerca de la Gestapo privada, y a toda esa clase de murmuraciones.

Devan sonrió con una sonrisa confiada.

—Es claro que tenemos nuestros investigadores privados. No sería posible dirigir a miles de operarios como los que tenemos, sin contar con esa vigilancia. Y cuando no andan en busca de casos de hurtos y pereza organizada, lo que siempre sucede en una empresa tan grande como la nuestra, en su mayor parte se ocupan acerca de la moral del personal. Ésa es

la única manera en que realmente podemos asegurarnos contra los trastornos, anticipándonos antes de que se produzcan.

—Ésa es una de las cruces que debemos soportar —dijo Quennel—. Me gustaría saber de alguna otra compañía que no se haya visto manchada con tales murmuraciones.

—Así lo supongo —asintió Simón—. Realmente debe ser duro cuando hay un accidente en el que se pueden cebar los maldicientes. Al igual que esos organizadores de uniones obreras que murieron en la revuelta de Mobile, por ejemplo, ocurrida el año pasado.

Devan hizo un movimiento de asentimiento con la cabeza.

—Cosas como ésa no pueden ser evitadas. Fue muy desagradable que nos tocara a nosotros. Pero muchos de nuestros empleados hace tiempo que están con nosotros, y usted se sorprendería si supiera lo vinculados que se sienten a la compañía. Cuando llega algún promovedor de disturbios y trata de provocar enredos, no pueden dejar de sentirse molestos y, naturalmente, alguien resulta lesionado.

—Después de todo —repuso Quennel—, no estamos sosteniendo en vano una guerra contra el fascismo para dejar al país a merced de los comunistas. Estamos combatiendo por la libertad y la democracia, y eso significa que también luchamos para preservar la clase de estabilidad social que la libertad y la democracia han logrado conseguir en este país.

—¿En qué clase de estabilidad social está pensando usted? —preguntó Simón.

—Me refiero a una relación adecuada y progresiva entre el Capital y el Trabajo. No creo que el Trabajo se desboque. Ningún hombre razonable lo puede pensar. No han sido precisas revoluciones para haber ido mejorando lentamente las condiciones y las normas del Trabajo, pero para conseguirlo no hemos alterado nuestra armazón económica. Creemos que todos los hombres fueron creados libres e iguales, pero admitimos que no todos ellos han desarrollado iguales capacidades. Por lo tanto, por un largo tiempo todavía tendrá que haber grandes masas de gentes que necesitarán ser controladas y dirigidas gradualmente. No necesitamos de tropas de asalto ni de campos de concentración para lograrlo, porque contamos con un sólido sistema económico que consigue los mismos resultados en una forma mucho más civilizada. Pero hemos de reconocer, y así lo reconocemos tácitamente, que no podríamos hacerlo sin tener una clase ejecutiva capaz y fuerte, que sepa cómo dirigir a esas masas y alimentarlas en sus derechos con dosis razonables.

En la discusión notábase una fascinación singular hasta el punto de que todo parecía ligado a ella, lo que, por otra parte, daba al ambiente una cierta calidad hipnótica. Pero el Santo no estaba dispuesto a dejar que su mente cayera bajo sus efectos.

—Me pregunto —repuso exactamente en el mismo tono que ellos— si son solamente las que usted puede llamar clases más bajas las que necesitan ser dirigidas y cuidadas.

—¿En cuáles otras está pensando usted?

—Pienso en lo que la misma terminología podría llamar las clases superiores. Me refiero a la gente con la que usted y yo gastamos tanta parte de nuestro tiempo. Me pregunto, por ejemplo, si esas gentes tienen una idea clara de que estamos en guerra y de qué se trata en realidad.

—Yo diría que sí tienen una idea clara.

—Quisiera estar tan seguro —replicó el Santo con el mismo acento de abandono—. He estado observándolas. He tratado de tomarles el pulso. Es cierto que compran Bonos de Guerra. Se someten a que el azúcar sea racionado. Se preguntan cómo demonios podrán seguir soportando sus impuestos. Protestan y murmuran algo acerca de neumáticos y bencina. Leen los periódicos y se convierten en estrategias de salón. Algunas de esas gentes han tenido que abandonar sus negocios en tanto que otras han encontrado nuevas ventajas. Pero, con todo, el cuadro no es completamente real.

—A mí me parece que lo es.

—No, no es real. Millares de hombres que agonizan en algún sangriento pantano ruso, no son sino cifras de periódico. Esos prisioneros que son torturados, mutilados y atacados a bayonetazos en el Lejano Oriente no son sino relatos horribles como los de una novela de ficción. No son esas gentes las que han quedado heridas. Y ahí es donde falla el cuadro. La guerra es costosa e inconveniente, pero inevitable. Y esas gentes tienen que hacerse cargo.

—No todo el mundo puede estar en la lucha —dijo Devan—. Yo he olvidado ya las estadísticas exactas, pero he leído en alguna parte algo parecido a que diez personas deben trabajar en la patria para mantener a un soldado en el frente.

—Pero la gente de la retaguardia tiene que sentirse tan convencida como el soldado de que está en guerra. Tienen que sentir que todo el curso y objetivos de sus vidas ha sido cambiado... y uno no puede llegar a sentirlo por el mero hecho de tener una libra de azúcar por semana. Tienen que tener algo de lo que tiene la gente de Inglaterra, porque ellos no han combatido



nunca a miles de millas de distancia. Se trata de algo que uno sólo siente cuando se pasa hambre, cuando se debe caminar a oscuras por la noche, viendo cómo las cosas que uno produjo y creó son destruidas y viendo también cómo mueren los amigos. Es entonces cuando uno puede saber realmente que se está en guerra, sea cual fuere la labor que esté haciendo. Aquí no se experimenta todavía esa sensación. Creo que aún hay muchas personas que creen sinceramente que todo lo que tienen que hacer es vivir sin inquietudes. Me parece que todavía quedan muchas personas que piensan que se puede soportar una guerra totalitaria sobre la base de jugar una partida de golf todos los domingos, no permitiendo que nada se interponga en nuestra vieja y querida estabilidad social. Particularmente la gente que debiera estar moviéndose en dirección opuesta. Particularmente —concluyó con tono firme—, la gente indebida.

Quennel hizo un ligero gesto de impaciencia.

—No atino a pensar en qué parte ha podido tener usted tal impresión. ¿En dónde ha estado usted últimamente?

—Durante un cierto tiempo he estado en Florida. Luego, por un par de semanas, he vivido en Nueva York.

—Y supongo que en Nueva York concurriría a «El Morocco» y a otros lugares como ése.

—No vivo en ellos, pero los he visitado. Parece que se desenvuelven muy bien.

Quennel levantó los hombros con gesto triunfante.

—En ese caso es comprensible que haya tenido usted una impresión equivocada. La gente que uno encuentra en Miami Beach, en Palm Beach y en los clubs nocturnos de Nueva York pertenece a una clase que esta guerra barrerá por entero. Ya están muertos, pero todavía no lo saben.

Se reclinó en la silla y tomó un cigarro de la caja que sostenía el mayordomo. Lo encendió, lo saboreó un momento, y añadió:

—Me alegro al recordar que pude tener bien encerrados estos cigarros.

Simón le miró interrogativamente.

—Amigos de Andrea —dijo Quennel con tolerancia—. Suele dar fiestas aquí de vez en cuando, y los amigos se mueven por todas partes como langostas. La semana pasada dio una reunión y los invitados se bebieron casi treinta cajones de champaña. Y eso no fue bastante. Bajaron al sótano y terminaron media docena de botellas de Benedictine que yo estaba reservando.

Esto sonó a los oídos del Santo como el toque distante de campana, como la resonancia de una alarma que le había cogido desprevenido. Pero ahora sabía que había visto todo el dragón completo, y conocido toda la fealdad y malignidad del mismo. Sabía que era un dragón grande y repulsivo como nunca jamás viera antes.

Inclinó la cabeza para ocultar la expresión de su cara antes de hallarse completamente listo, mientras la cosa bullía en su interior como una luz que hubiese pasado por sus ojos. Lentamente encendió un cigarrillo, porque no tenía deseos de fumar un cigarro. Hobart Quennel debió tener la impresión de que había una implícita sumisión en su retirada. Lo demostró en la forma en que se recostó en su asiento y dijo al mayordomo que sirviera coñac, con el sólido buen humor de un hombre que cree haber dicho algo completamente correcto. Pero cuando Simón levantó la cabeza miró a Andrea, la cual apenas había seguido la discusión. Ella era la única persona que hasta entonces había estado físicamente en el cuadro más que cualquiera de los dos hombres, y a pesar de ello jamás había sido una parte fija en la composición. Se preguntó si llegaría a estar alguna vez en tal lugar, o si era únicamente un insaciable sentido artístico suyo el que le hacía imaginar que ella debiera hallar alguno.

—Usted debe conocer a mucha gente divertida —dijo con tono superficial.

—Me gustan las fiestas —contestó Andrea, agregando casi desafiante—: También me gusta «El Morocco», cuando estoy en vena. No sé cómo vamos a ganar la guerra, si todo el mundo se siente con cara de pesar.

Continuó mirando al Santo, y sus ojos parecían como ventanas que se abriesen sobre un firmamento vacío. Uno podía mirar a través de ellas, y no veía otra cosa que un pálido azul claro.

—Hoy está haciendo bastante fresco —dijo Quennel con una sonrisa—. ¿Por qué no vas a encender fuego en la biblioteca? Nosotros iremos allí dentro de unos minutos.

Ella se levantó.

—No olvides que tenías algo que decir a Simón —dijo.

—No. Justamente estaba pensando en eso.

Antes de alejarse, se volvió a mirar al Santo.

—Mi padre siempre quiere hacer las cosas a su antojo —dijo casi con vaguedad—. No deje que lo retenga aquí para siempre.

—No dejaré —respondió Simón lanzándole una última mirada.

Un momento después, la puerta se cerró detrás de ella, y él se halló solo con una última pregunta repentinamente perturbadora en su mente,

completamente solo, como un boxeador al oír sonar el gong. Se daba cuenta de que había sonado el gong, y que los rutinarios preliminares habían terminado; sabía justamente por qué estaba peleando, y todos sus sentidos se hallaban listos, tranquilos y fríos como el hielo. Se volvió hacia Quennel, y murmuró:

—Andrea ha dicho que tenía usted algo que decirme.

Quennel apretó un poco su cigarro en el cenicero que tenía ante sí.

—Sí —asintió—. Andrea me dijo que está usted interesado en la goma sintética de Calvin Gray. Por eso me pareció que debiera usted saber a qué atenerse. Gray me mostró una muestra de eso no hace mucho, tal como creo que Walter le dijo. Hoy he recibido un informe de mi químico principal —agregó, acomodándose mejor en su silla—. Me temo mucho que Calvin Gray sea un farsante.

## II

La mano derecha de Simón estaba sobre la mesa como un molde de bronce sobre piedra, mientras él observaba cómo el humo se elevaba de su cigarrillo como un golpe de brocha contra la madera negra.

—¿Ha hecho analizar una muestra?

—Sí. No sé si lo sabe usted, pero esa clase de análisis es una de las cosas más difíciles de hacer. En verdad, mucha gente diría que es casi imposible. Pero entre mi personal hay algunos hombres realmente maravillosos.

—¿Ha visto usted alguna vez cómo se hace? —preguntó lentamente Simón.

—No.

—Yo sí.

—¿Podría describir usted el procedimiento?

Simón hizo una breve descripción de lo que había visto. Sabía que técnicamente no tenía valor, y así lo confesó.

—Eso no importa —repuso Quennel—. Ahora sé cómo ha funcionado la treta.

—¿Alude usted acaso a ese aparato eléctrico encerrado en su caja?

—Naturalmente —dijo Quennel riendo—. Me sorprende que un hombre como usted no se percatara desde el primer momento. No es sino una réplica de todas esas estafas en que un hombre posee una máquina que imprime billetes de Banco o una fórmula para hacer diamantes.

—¿Y por qué había de hacer una cosa semejante un hombre como Calvin Gray?

—¿Lo conoce usted?

—Personalmente, no. Pero he hecho averiguaciones acerca de él, y su reputación es bastante especial.

—Pero, por lo que tengo entendido, usted no lo ha visto. Simplemente, ha conocido a una joven bonita que le ha contado una historia.

—He estado también en su casa.

—¿Cómo sabe usted que era su casa? ¿Porque la joven le ha llevado allí y así se lo ha dicho?

—El «Quién es Quién» da como su residencia a Stanford, en Connecticut. Supongo que no tendrá otra.

La mirada azul del Santo era reflexiva y serena. Aspiró el humo de su cigarrillo y retiró su muñeca de la mesa.

—Piénselo usted —dijo Quennel—. No estoy sugiriendo necesariamente que tal sea la respuesta. Ha podido ser la casa de Gray. Ha podido ser la hija de él. No es imposible. Para un fraude grande, hace falta un hombre también grande.

—¿Por qué tendría que molestarle Gray en tal cosa? Tengo entendido que disfruta de una posición holgada.

—¿Cómo lo ha sabido? ¿Por la misma fuente... por su hija o por la joven que dice ser su hija?

—Sí —contestó pensativamente el Santo.

Quennel volvió a manipular con su cigarro.

—Supongamos que lo que se le ha dicho es de buena fuente. Pero, en los negocios, eso no es suficiente. Muchos hombres han tenido grandes reputaciones, y se les ha supuesto en posición muy holgada. Digamos que lo estaban... Sin embargo, han terminado en la cárcel. Estoy seguro que recuerda usted a muchos de ellos. Famosos corredores de bolsa, abogados, promotores de negocios... No es que yo esté haciendo declaraciones acerca de este caso. No conozco lo bastante para hacerlo. Es posible que Calvin Gray se sorprendiese más que nadie en el mundo si lo supiese. Puede que se halle en alguna otra parte... dando conferencias, por ejemplo... y que alguien se haya introducido en su casa y la esté usando una banda de delincuentes. Eso se ha hecho en otras ocasiones. No necesito decirle nada acerca de tales cosas. Lo único que yo creo que debe saber es que esa historia de la goma sintética es un fraude.

Simón Templar chupó con lentitud su cigarrillo, y se expresó así:

—No sé hasta qué punto puede afirmar usted que lo sabe, pero acaso no ignore que en Washington hubo una intentona para raptar a Madeline Gray o a la joven que dice ser Madeline Gray. Míster Devan estuvo presente.

Devan asintió.

—En efecto. Pero yo no supe que era una tentativa de rapto hasta que Andrea nos dio la idea después de haber hablado con usted.

—Puede que realmente fuera una tentativa de rapto —dijo Quennel—. ¿Pero no pudo ser también parte de la misma treta preparada para impresionar a usted y conseguir que el caso pareciera más importante?

El Santo experimentó la extraña y curiosa sensación de ser como un hombre que estuviera ofreciendo anzuelos debidamente preparados a peces que habían elegido esos anzuelos. Pero necesitaba escucharlo todo; necesitaba que la escena fuera representada en su totalidad.

—Ignoro si usted lo sabe —dijo—, pero parece realmente que Calvin Gray ha sido raptado.

—¿Realmente?

—En efecto. Ha sido raptado él o el hombre que se menciona como desaparecido —contestó Simón haciendo una pausa—. Ya he dado aviso al F. B. I.

Se produjo un silencio. Tuvo una curiosa cualidad negativa, como si fuese algo más que una mera ausencia incidental de sonido y movimiento, como si hubiera sido absorbido y neutralizado todo sonido o movimiento que hubiese habido.

—¿Y la joven? —preguntó Devan.

Simón miró de lleno a sus ojos hundidos.

—Desde esta tarde —respondió sin expresión— parece que también falta ella.

Esta vez hubo apenas un perceptible silencio, como si un proyector de cine hubiese quedado prendido en la misma muesca por dos o tres instantes. Y luego Hobart Quennel se movió un poco y bebió su licor, levantando un hombro hasta dejar su antebrazo posado más cómodamente sobre el brazo de su silla.

—Probablemente la causa ha sido su llamada al F. B. I. —dijo—. Eso provocará una complicación que ellos no podían esperar.

—¿Por qué?

—Siempre ha gozado usted de la reputación de ser una especie de lobo solitario. Por tal motivo, la última cosa que ellos podían esperar era que usted

participara sus inquietudes a las autoridades. A decir verdad, incluso yo mismo me he impresionado.

—Éstos no son ciertamente los mismos tiempos —dijo el Santo con tranquilidad—. Y es posible que algunas cosas hayan cambiado para mí como para todo el mundo.

Quennel se rió ligeramente, con su risa segura y confiada.

—Sea como fuere —dijo—, es probable que usted los haya asustado y que ahora estén organizando una hermosa retirada. Puede creer que todo el suceso ha sido artero y maligno desde el comienzo, sean cuales fueren los detalles menores. Posiblemente, el verdadero Calvin Gray aparecerá dentro de uno o dos días y se sentirá tan azorado como cualquiera. ¿Acaso eso representaría una diferencia para alguien?

—Representa una diferencia —respondió el Santo, y su voz sonó tan serena como helada—. Yo siempre ando detrás de los delincuentes.

La risa de Hobart Quennel volvió a oírse como un murmullo del Sur, pero ahora parecía más cálida y segura que antes. Ya no podía quedar ninguna incertidumbre al respecto como para suavizar la búsqueda y renunciar a la lucha. Y él estaba en lo cierto, tenía que estarlo, porque nada que fuese tan amistoso, permanente y seguro podía estar equivocado.

—Lo sé —dijo—. Pero usted mismo acaba de decirlo. Éstos no son los mismos tiempos, y todo ha sufrido cambios. Este asunto de Gray será atendido ahora debidamente. Si usted ha avisado ya al F. B. I., no se puede dudar de ello. Se halla en buenas manos. No es cosa que me interese, pero realmente no puedo permitir que usted pierda más tiempo en ello. No le haría a usted justicia.

—¿Y qué haría? —preguntó Simón.

—Bueno, la verdad es que he leído mucho acerca de usted y más de una vez he pensado que usted no estaba haciéndose justicia, ni siquiera antes de la guerra. Y no es que yo no haya gozado con sus hazañas. Pero siempre me ha parecido que un hombre con su mente y sus habilidades podría haber logrado mucho más... Usted sabe, a veces me he preguntado si un hombre de sus condiciones no podría estar sufriendo de ciertas ideas equivocadas acerca de los negocios. No me refiero a estar vendiendo cosas detrás de un mostrador. No. Me refiero a la clase de negocios que hago yo.

—Tal vez no conozca bastante acerca de ellos.

—Puedo asegurarle que eso podría resultarle una aventura tan grande como todo cuanto haya hecho antes. Una gran corporación es como un pequeño imperio. Sus relaciones con las otras entidades e industrias son como

las relaciones entre los imperios. Tiene usted diplomacia, alianzas, feudos, espionaje y guerras. Muy a menudo tiene que pasar uno por entre las leyes y restricciones ordinarias. Ésa es una de las cosas a que aludía al hablar de la necesidad de una fuerte clase ejecutiva. Creo que si usted entrara en la urdimbre, vería que no tienen paralelo sino con su propia actitud. Debe de haber una gran cantidad de pequeñas regulaciones generales para la conducta de la mayoría de la gente, tal como debe haberlas para los niños. Es muy necesario que haya padres, y gentes que puedan pasar por encima de las regulaciones ordinarias. Creo que en esa clase se encontraría usted como en su casa. Me parece que el mundo de los negocios podría emplear toda la brillantez de usted, todo su encanto, toda su... ¿puedo decirlo?... toda su falta de compasión.

—Tal vez está usted en lo cierto —repuso el Santo, con una sonrisa que apenas rozó los bordes de su boca—. Pero ¿quién me daría un empleo así?

—Yo —contestó Quennel.

El Santo le miró con interés.

—¿Usted lo haría?

—Sí —respondió Quennel lentamente—. Para ser franco, cuando le dije a Andrea que le pidiera venir aquí, estaba pensando tanto acerca de eso como en el asunto de Gray. Digamos que ha sido una de mis locas ideas o uno de mis presentimientos. En los negocios no se va muy lejos cuando se carece de tales cosas. Ahora mismo creo que un hombre de sus condiciones podría valer para mí cien mil dólares al año.

Simón acercó un poco más su vaso y colocó el pie entre su segundo y tercer dedo. Entonces ejecutó suaves movimientos que hicieron girar el líquido rubio deslizándose sobre la curva del vaso.

Así, pues, todas las respuestas y explicaciones estaban ahí. Ahora sabía con certeza, tal como se lo dijera su intuición, que no existía manera ordinaria para luchar contra tal situación. Según Quennel, había tiempos en que era menester pasar por encima de las leyes y restricciones ordinarias. Existía un mundo fuera del término medio del mundo legalmente ordenado, y para poder luchar contra cualquiera de los que se asentaban en él, uno tenía que moverse completamente en dicho mundo, o de lo contrario ese mundo sería tan intocable e invulnerable como si fuera de otra dimensión.

El Santo rió ligeramente en lo más hondo de sí mismo ante el pensamiento de hasta qué punto le habría gustado llegar si hubiese tratado de pelear contra Hobart Quennel desde otro punto cualquiera del mundo común. Aun sin tener su propia reputación peculiar de acuerdo con las normas legales corrientes,

sabía lo ridículas que serían las acusaciones que tendría que hacer y cómo serían tomadas al ser lanzadas contra un hombre como Quennel. Y no simplemente a causa de su riqueza, sino porque su posición, su respetabilidad, su rectitud e integridad arrojarían a un lado todo cuanto él pudiese decir, del mismo modo que una coraza rechazaría una lluvia de pequeñas pelotillas.

Pensó que era una buena cosa que también él pudiera moverse en dimensiones en las que tales consideraciones no eran sino meras palabras.

Terminó su coñac, gozando de su sabor hasta la última gota, dejó el vaso en la mesa y dijo con tono afable:

—Eso es muy halagador. Pero yo tengo otra idea.

—¿Cuál?

Sin apresuramiento, casi con desgana, el Santo introdujo su mano derecha debajo de su americana y sacó la automática que allí ocultaba. La movió diagonalmente a través de la mesa, dejando que su negro cañón apuntara a Quennel y también a Walter Devan.

—A esto es a lo que yo quería referirme antes —dijo—. Aludía a que la guerra está acercándose a la patria. La guerra está ahora aquí, Quennel. He venido en busca de Calvin Gray y su hija, y si no los encuentro, le prometo que alguno de nosotros moriremos casi inesperadamente.

Lo malo fue que aún no había podido darse cuenta bastante hondamente de cuán próxima podía estar a la suya la mentalidad cuatridimensional de Quennel... o al menos la de Devan.

Observó su rígida inmovilidad, la cara de Quennel hasta entonces blanda y huesuda, y el rostro pesado y contraído de Walter Devan. Ambos miraban sobria y calculadoramente, pero sin ningún pánico repentino; y entonces vio que los ojos de Devan parpadeaban momentáneamente hacia un punto situado justamente encima de su cabeza.

Instantáneamente, y antes de que pudiera moverse, una nueva voz habló por detrás. Era una voz con un rico acento de bajo que a Simón le pareció haber oído no hacía mucho.

—Bien —dijo la voz—. Así está bien. No hagas el menor movimiento, si deseas salir de aquí respirando.

El Santo no se movió. Ahora sabía en qué parte había oído antes esa voz gruesa.

La voz volvió a hablar, sonando un poco más próxima.

—Esto lo estaba reservando para ti —dijo.

Después de eso el Santo sintió un dolor agudo en la cabeza, un dolor que hizo bailar millones de estrellas ante sus ojos y luego le sumió en las tinieblas.



### III

Al recobrar sus sentidos notó una brillantez distante que le quemaba los ojos aun a través de los párpados cerrados. Sintió algo frío y húmedo golpeándole contra las mejillas, algo, que resultó ser una toalla mojada que sostenía Karl Morgen.

—Ya es suficiente, Karl —dijo la voz de Walter Devan.

Simón se refrotó la cara y abrió los ojos. El hombre alto de pómulos salientes estaba sobre él, mirándole como si gozara en volver a repetir el asalto y el remedio.

—Vete, Karl —ordenó Devan.

Morgen se alejó a regañadientes.

Simón trató de darse cuenta de su posición. Se hallaba en una pieza un tanto extraña. Un poco pequeña y casi desnuda. Las paredes eran de cemento blanco, y parecían nuevas y limpias. Sobre el suelo podía verse una alfombra casi nueva. Había la puerta a través de la cual saliera Karl Morgen, y otra idéntica en la pared de enfrente. Próxima al techo, en una pared había una especie de tronera abierta, pero estaba demasiado alta como para ver a través de ella desde donde se encontraba el Santo. No se veía ninguna otra ventana.

El Santo estaba sentado en un diván. Contra otra pared había algunos estantes sobre los cuales vio un pequeño gramófono, varios discos, media docena de libros, un par de mazos de naipes, una botella de licor, una de *whisky*, una caja de chocolates, media docena de latas de alimentos diversos y un paquete de platos de papel. El aire era ligeramente húmedo y frío.

—En las novelas, las personas siempre preguntan: «¿Dónde me hallo?» —dijo—. De modo que también lo haré yo.

—Éste es el refugio antiaéreo privado de mister Quennel —contestó Devan—. Lo hizo construir hará un año.

Estaba sentado en una silla cómoda detrás de una mesa de juego, fumando un cigarro recién encendido. Lo sostenía en la mano izquierda, porque en la derecha tenía una pistola en la que el Santo reconoció la suya propia. Pero no le apuntaba con ella. Su mano descansaba sobre la mesa. Pero se encontraba a unos cuatro metros del Santo y no era necesario estar apuntándole.

—Parece muy hermoso —murmuró Simón—. Y muy a mano —agregó.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Devan, arrojándole un paquete y una caja de fósforos—. Quédeselos —añadió—. Me temo que Karl le haya quitado todo lo que tenía en sus bolsillos.

—Muy naturalmente.

Simón no tuvo que revisarse los bolsillos y otros lugares de escondite. No dudaba que había sido registrado perfectamente. Una organización tan precisa como ésta no podía arriesgarse a dejar nada que pudiera ocultar algún ingenioso medio capaz de provocar una inesperada perturbación.

Encendió un cigarrillo y dijo con lentitud:

—Creo que Karl te debía algo después de lo de Washington. Hiciste una buena labor al cuidarte de él y de su compañero.

Devan asintió con un gesto.

—Era lo único que podía hacerse.

—Pero tú corriste un gran riesgo.

Ahora se tuteaban ambos.

—No podía esperar que la gente corriese riesgos por mí, si no hubiera estado dispuesto a hacer lo mismo por ellos. Recordarás que hubo necesidad de darte unos cuantos golpes. Es por ello por lo que tengo a mano esta pistola, y quiero que continúes sentado ahí.

Simón hizo una mueca.

—¿Es que también tú estabas reservando algo para mí?

Devan movió la cabeza.

—Olvidemos eso. Son cosas de criaturas. Me hallo aquí porque Bart me ha pedido que trate de convencerte para que aceptes su propuesta, y eso es todo lo que he de hacer.

—Parece que has estado estudiando a todos los mejores «duros» nazis de las películas —dijo el Santo con admiración—. Veo todos los toques delicados. Pero cuando yo continúe diciendo «no», aunque no quieras tendrás que llamar a todas las tropas de asalto para que se encarguen de hacerme decir lo que quieran.

—Yo no soy un nazi, Templar. Ni tampoco lo es míster Quennel.

—En el personal de la casa tenéis ciertos «duros» poco corrientes. Apostaría que ese Karl reverencia a Hitler.

—No tengo nada que ver con eso. Cuando Gray lo despidió y vino a vernos, se me ocurrió que podría sernos útil. Lo ha sido. Mientras siga haciendo lo que yo le diga, no tengo por qué entrometerme en su ideología. No será él quien haya de dar con ninguno de los secretos de la *Quenco*. Y ahora, una cosa más... siendo lo que es él, ocurra lo que ocurra, no podrá chillar.

—Realmente ahora sé qué ha querido decir Quennel acerca de la diplomacia en los grandes negocios —dijo el Santo—. Poner a un espía alemán para que haga todo el trabajo sucio de uno debe valer la pena.

—No hemos tenido la suerte de poder utilizarle. Pero ésa es la única conexión que hay. Yo soy un americano, y no deseo ser otra cosa.

—Lo sé todo acerca de ti, Walter. Podría referirte la historia de tu vida. He leído todo un completo *dossier* tuyo. ¡Oh, sé que no hay nada en él como para meterte en la cárcel! Hasta ahora tampoco has estado encerrado. Pero la indicación es concluyente. Eres el «duro» privado de Quennel, su propia Gestapo personal.

La cara de Devan se iba coloreando por momentos.

—Eso no tiene nada que ver con el nazismo. Si estás enterado de todo acerca de nosotros, debes saber que estamos trabajando absolutamente para América. Yo trabajo para Quennel, porque él necesita tener un hombre que pueda ser hábil para manejar situaciones rudas. Él mismo te ha dicho que una industria como la *Quenco* es como un pequeño imperio. Es necesario tener policía propia, leyes propias y también refuerzos propios. Esto no es otra cosa que un negocio.

—Naturalmente. El invento de Calvin Gray podría cortar una buena tajada del Gobierno, y en ese caso vosotros os sentiríais perjudicados.

—Tal como ha dicho míster Quennel, no será de ningún resultado ganar la guerra, si la ganamos arruinando nuestra propia estructura económica.

—¡Qué frases más impresionantes! —murmuró el Santo—. Supongo que no se te habrá ocurrido que míster Quennel piensa antes que nada en su propia estructura económica.

—Nosotros no somos nazis —repuso obstinadamente Walter Devan.

Simón aspiró una gran bocanada de humo.

—No —dijo—. Vosotros no sois nazis. Ni siquiera quintacolumnistas conscientes. Ésa ha sido una de las cosas que me ha tenido intrigado durante un cierto tiempo. No podía comprender esa villanía semisensiblera. Los nazis habrían sido mucho más positivos y drásticos, y Calvin Gray y su invento haría ya tiempo que habrían desaparecido.

—No nos agrada la violencia —dijo Devan—. Causa perturbaciones, huele mal y es peligrosa. Por eso nosotros hacemos lo imposible para evitarla. Sólo a veces nos vemos forzados a recurrir a ella, y en ese caso debemos estar en condiciones de poder manejarla. Se la hemos aplicado a Gray, pero sin resultado.

—Y de haberlo obtenido, al demontre con la eficiencia de nuestra producción de guerra, ¿eh?

—Los ahorros y eficiencias superficiales no siempre son la mejor cosa cuando uno echa un largo vistazo. Eso se aprende en la gran industria. Míster

Quennel lo sabe, porque tal es su tarea.

—El principio del Führer —observó Simón, casi para sí mismo. Miró nuevamente a Devan, y añadió—: ¿Y qué pensáis ahora que sabéis que estáis complicados?

—El límite es el firmamento.

Simón volvió a fumar y miró con detenimiento la extremidad de su cigarrillo.

—¿Creéis que podréis zafaros de esto... sin más ni más?

—Estoy seguro de que sí.

—Hay cierta cuestión de crimen de por medio, y la policía tiene ciertas miras un tanto anticuadas al respecto.

—¿Acaso se refiere a Angert? —replicó Devan, sin tutearlo ya—. Eso fue una estupidez de Morgen, pero no quería matarlo. No sabía de quién se trataba. Y si dan con él, con Morgen, será para su mal. Yo trataré de que no den con su persona. Pero, si tal ocurre, nosotros diremos que nada sabemos de él.

—Creo que debieras preocuparte más bien de no ser detenido tú. Si has leído los periódicos, acaso hayas visto algo acerca de cierto inspector Fernack, que tiene sumos deseos de dar con un sujeto que anoche le quitó la vida a un alto burócrata, destrozándole el cráneo... y que casi llegó a echarme a mí la culpa.

Devan miró de lleno al Santo.

—Sí, leo los periódicos. Pero anoche no estuve en las cercanías del *Savoy Place*. Yo pensaba que Imberline se hallaba todavía en Washington.

Acaso pudiera probarlo. Posiblemente Quennel podría probar lo mismo. Hubieran demostrado ser muy descuidados de no poder hacerlo, y el Santo sabía que no eran descuidados. Si hubieran estado resueltos a cometer errores, alguien más se habría hecho cargo de ellos antes de que él llegara.

El pensamiento era deprimente. Pero necesitaba terminar de abarcarlo todo. Aspiró de nuevo el humo de su cigarrillo.

—Un hombre como Calvin Gray y su hija, no pueden desaparecer sin que se hagan preguntas.

—Calvin Gray no habrá desaparecido. Mañana regresará de una visita a algunos amigos de Tennessee y se sorprenderá ante el revuelo causado. Su hija habrá ido a visitar amistades en Nueva York... que poseen un departamento allí. A propósito... él habrá podido comunicarse con ella. Cuando se entere ella de que no se trata sino de una falsa alarma y que él está bien, ella le dirá que se dirige a Cuba con sus amigos. Desde allí volará

probablemente a Río de Janeiro. Acaso llegue a casarse y no regrese por algún tiempo.

Los ojos del Santo le miraron con frialdad.

—Y ciertamente Gray todo lo comprenderá.

—Así lo creo, después que yo haya tenido otra conversación con él. Me parece que hasta llegará a descubrir que hubo un fallo en su fórmula... y que se olvidará de todo.

—¿No os halláis interesados en ella?

—¡Oh, sí, desde luego tendrá que hablarnos de su fórmula! Puede ser valiosa algún día, si es que uno de nuestros químicos logra descubrirla. Pero, por el momento, míster Quennel está satisfecho con lo que tenemos.

—Gray no abrirá nunca la boca mientras tengáis su hija como rehén.

Devan se encogió de hombros.

—No necesito ser melodramático con usted. Bien sabe cómo son estas cosas. Ya puede imaginarse qué hará él.

El Santo lo sabía. Existía un heroísmo capaz de ser llevado a cabo por un individuo solitario, aun cuando eso podía ser quebrado eventualmente bajo un tratamiento científico implacable. Devan no era un delincuente común, ya que de lo contrario no habría podido ocupar ese puesto. Fácilmente habría podido pasar como un tipo educado en un colegio superior, aun cuando la mayor parte del tiempo la hubiera pasado en el campo de fútbol. Poseía una inteligencia definida. Realmente pertenecía al *entourage* de Quennel. Tenía bastante seso como para asimilar los argumentos intelectuales de su patrono. También creía en lo que estaba haciendo y se hallaba igualmente seguro de hallarse en lo cierto.

Y no cometería errores estúpidos. Simón no necesitaba presionarle para lograr mayores detalles.

Walter Devan sabría muy bien cómo terminar lo que había comenzado.

Únicamente bullía una cuestión en la mente del Santo.

—¿Qué pensará Andrea acerca de esto? —preguntó.

—Andrea no piensa nada —repuso Devan con naturalidad—. Ella hace de vez en cuando una tarea especial cuando Bart necesita que la haga. Probablemente él le dijo que usted estaba vinculado con alguien que estaba tratando de echar sombras sobre su negocio. No debió serle preciso decirle nada más. Pero es evidente que Andrea supo hacer algo con usted —agregó Devan, mirando al Santo con indecible candor—. Ya ve usted cómo son las cosas. Ella podría divertirse mucho.

—Siempre que yo me dispusiera a acceder —repuso el Santo.

Devan hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y al mismo tiempo con su cigarro.

—¿A qué ser tonto? No saldría ganando nada con eso. Pero no hay por qué enfadarse. Bart y yo apreciamos lo que ha hecho usted, y lo que está haciendo. La propuesta que le ha sido hecha está siempre en pie.

—Pero si yo me opongo...

—¿A qué pensar en eso? No tengo necesidad de decirle que ahora no podemos dejarle marchar así como así. Usted nos pertenece.

Simón miró la colilla de su cigarrillo. Como había sido advertido, no intentó levantarse y acercarse al cenicero que usaba Devan. Pisoteó el cigarrillo sobre la alfombra y encendió otro.

Había oído muchas veces la amenaza de muerte, pero nunca con tanta certidumbre y convicción. Ni siquiera se había dicho una palabra al respecto. Eso le causaba una sensación de helada inevitabilidad que ninguna otra cosa hubiera podido producirle.

Y sabía que Walter Devan se daba perfecta cuenta de ello. Ambos hablaban el mismo lenguaje tan de cerca, que habría sido una pérdida de tiempo ponerse a gritar...

Devan se puso de pie, sin abandonar la pistola.

—¿Por qué no se toma usted algunos minutos para pensarlo? —preguntó.

Se dirigió hacia la puerta por donde desapareciera el hombre grandote y al abrirla inclinó la cabeza hacia la otra.

—Calvin Gray y su hija se hallan en la pieza contigua —dijo Devan—. Puede saludarles, si le parece.

Simón Templar quedó solo.

Al cabo de un momento se puso de pie, echó un nuevo vistazo a su alrededor y se encaminó hacia la otra puerta.

Se abrió cuando probó la manija, y pasó al otro lado.

Era una estancia muy parecida a la que acababa de dejar. Madeline Gray y su padre estaban sentados el uno junto al otro sobre un diván próximo a la entrada. Madeline los presentó.

—¿Cómo está usted? —preguntó el Santo.

Ambos se dieron la mano. Una extraña formalidad y un extraño tributo a la continuación de las costumbres habituales.

La mano izquierda de Madeline Gray se posó sobre el brazo del Santo, y él sonrió al preguntar:

—¿Hasta qué punto estas puertas son a prueba de sonidos?

—Hemos oído claramente todo lo que han hablado —contestó ella.

—¿Qué es lo que ha dicho usted acerca de Imberline? —inquirió ella.

—Lo mataron anoche.

Les explicó todo acerca de los *dossiers* que estudiara y de su sesión con Fernack. Pasó lo más rápidamente que pudo sobre lo que le había pasado con Andrea Quennel. No podía olvidar que ésta intentó alejarle de la trampa sin decirle de qué se trataba. Notó que Madeline le estaba observando pensativamente.

—En cierto modo —dijo luego—, ustedes podrían decir que yo soy culpable de su muerte por haber sido muy listo... Los dos estuvieron muy equivocados acerca de él. De acuerdo con la evidencia, él era honesto. Por eso fui a verle como hombre honesto... para ver si podía conseguir que se pasara a nuestro lado. No pude lograrlo en cinco minutos, pues le llevaba mucho tiempo comprender nada que no fuera un proverbio... pero al menos me dije que yo acababa de ofrecer nuevas dificultades al Enemigo. Por desgracia, así fue. Pero yo ignoraba que él había visto a Quennel y a Devan esa misma noche. Y, aun después de tropezarme con Devan al salir del hotel, no pensé como debía. Supongo que ellos debieron tener la conferencia en Nueva York a causa de que en Washington se sentían muy vigilados. Sabían que el hielo era sumamente delgado y que además yo estaba encima, y, por tanto, era menester estar seguros de que podrían llevar a Imberline adonde quisieran. En lugar de eso, procedieron al revés. La sospecha había comenzado a penetrar en aquella mezcla inútil que él usaba como cerebro, y nada podía alejarla de allí. Cuando habló con Jetterick para verificarlo, ellos se dieron cuenta de que se encontraban frente a él. Probablemente apelaron a amenazas o soborno, pero él se mostró demasiado obstinado o estúpido para ser asustado o comprado... ahora no importa qué. No quedaba sino un medio para cerrarle la boca; y ellos se la cerraron.

—Pero todavía no sabemos cómo ha llegado usted aquí —dijo Madeline con vehemencia.

La mirada de Simón se volvió otra vez hacia la puerta. Pero ahora no importaba. Nada tenía que decir que no pudiera ser escuchado.

—Lo diré —repuso.

Se sentó en el otro diván y empezó a hablar con un acento de abandono que en verdad no era testimonio alguno de que sus nervios de acero también estuviesen laxos. Aquello era más bien la suprema conservación de energía de un tigre atrapado y listo para el ataque.

Trató de hablar lo mejor que pudo, y al acabar, Calvin Gray le preguntó:

—¿Cómo es posible que un hombre como Quennel pueda ser así?

Calvin era un hombre muy delgado y nervudo, con un mechón de cabellos blancos y ojos que parpadeaban con nerviosa frecuencia por detrás de unos lentes sin aro. Su acento sonó con un aire de perplejidad solemne, como si estuviese tratando una paradoja química.

El Santo se colocó una mano detrás de la cabeza y miró al techo.

—Sencillamente, porque es un hombre así. Porque es más peligroso que todo quintacolumnista imaginable o cualquier bandido sin alma. Porque sinceramente cree que él no es otra cosa que un ciudadano justo, importante y progresista. Porque él puede hablar desdeñosamente acerca de la Sociedad del Café y de los muchachos ociosos. Porque realmente se siente austeramente superior a ellos, y lo piensa así mientras habla de sus nuevos *ponies* de polo y las fiestas que ofrece para su hija, en las cuales se beben treinta cajones de champaña. «Ya están muertos, pero lo ignoran»... pero él es uno de ellos y tampoco lo sabe... porque él puede rechazar la especulación mientras se siente contento respecto a «los valores aumentados del capital»... Porque está muy orgulloso de su contribución al Esfuerzo de Guerra y no piensa en falsificar el registro de los automóviles de la familia para lograr más gasolina. Porque no le importa utilizar a un agente alemán como Morgen en lugar de entregarlo al F. B. I., no obstante lo cual se sentirá lleno de suma indignación si usted lo llama quintacolumnista... Porque odia al fascismo y dice ser un patriota americano, aunque crea en lo que él mismo llama la «estabilidad social» y «una clase ejecutiva fuerte y capaz» cuya divina misión es la de ofrecer la libertad y la democracia en dosis razonables al tonto y torpe proletariado... Porque está plenamente satisfecho de que los Grandes Negocios cooperen al esfuerzo de guerra, lo que no impide que esté dispuesto a sabotear un procedimiento rival que aceleraría y abarataría una producción muy vital, pero que le haría perder mucho de su dinero... Porque él construye casas modelo y organiza *teams* de *baseball* y equipos de costura con objeto de que sus empleados sean felices, a pesar de lo cual cree que los hombres como él deben tener una ley propia que sobrepase los derechos de los mortales comunes... Porque él es exactamente del mismo tipo que los hombres de Grandes Negocios que apoyaron a Hitler para preservar su propia clase de Estabilidad Social; porque él ha apoyado su propia clase de dictadura en este país, aunque bajo otro nombre, y todavía piensa qué hermosa cabeza liberal es la suya... Porque él mismo es todo un nazi, si bien nadie podrá achacárselo nunca, dado que ni siquiera él mismo ha empezado a darse cuenta.

Su voz parecía flotar en el aire tranquilamente, y, sin embargo, con un acento más hondo que el de cualquier escena dramática, de manera que



parecía como si hubiera algo de permanente en ella.

Calvin Gray se mesó los blancos cabellos, y dijo:

—Pero cuando se llega al crimen real...

—Quennel —le interrumpió el Santo— nunca ha llegado al crimen en su vida. Si él dice a Devan que usted y sus inventos son cosas malas y es necesario ponerles fin, no está sino dando su opinión. Si a usted le ocurren cosas, él simplemente se siente muy satisfecho por ello. Si le dice a Devan que trate de hablarme para que me olvide de usted y acepte un cargo en la *Quenco*, eso lo considera absolutamente legítimo. Si Devan lo consigue, tanto mejor. En caso contrario, si ocurre un accidente desgraciado que me elimina, para él será algo providencial... Lo mismo debió ser con Imberline. No dudo que Quennel se enojó al final y dejó que Devan diera toda clase de excusas. Desde luego, hubiese preferido que Devan lograra convencerle. Pero, puesto que Imberline se puso terco, sólo le quedó por pensar que eso le ahorraría muchas dificultades.

—Pero él le ha dicho que yo soy un farsante.

—Eso ha sido una maniobra diplomática. Y muy bien hecha. De no haberse tratado de mí, habría tenido éxito. Pero no ha sido así. De todos modos, eso él no lo ha considerado un crimen.

Calvin Gray movió la cabeza.

—Ese hombre debe estar loco. Su hipocresía es increíble.

—Está perfectamente cuerdo, y lo suyo no es hipocresía. Lo que ocurre es que no pregunta qué métodos emplea Devan y, por tanto, nada sabe. Probablemente podría justificarlos filosóficamente si tuviera que hacerlo, pero su gran mente se halla ocupada con otras cosas más importantes, y por tanto es mucho más simple no saber nada. Supongo que el mismo Hitler no sabía nada acerca de lo que ocurría con los prisioneros en Dachau.

Se produjo un silencio, un silencio extraño y profundo, que hizo que resultase fantástico el pensamiento de que ésta era una conversación profundamente filosófica desarrollada en una celda iluminada y confortable.

Fue Madeline quien los trajo a la realidad.

—¿No cree usted que Devan puede estar mintiendo? —preguntó.

—Ni por un momento —contestó suavemente el Santo—. No perdamos tiempo en engañarnos al respecto. Devan arreglará lo que deba arreglar, y hará un trabajo tan perfecto como podría hacerlo yo mismo.

Los ojos pardos de ella se abrieron significativamente.

—Me siento muy culpable por haberle arrastrado a esto.

—No se inquiete por eso —repuso él con voz suave—. Si no hubiese sido por esto, habría sido por alguna otra cosa.

Madeline paseó la mirada a su alrededor.

—¿No hay medio alguno para que podamos escapar de aquí?

Simón sonrió y se puso de pie.

—Si lo hubiera, yo no me hallaría aquí. Le repito que Walter no es un *amateur*.

Se acercó a la gran tronera que había en lo alto de la pared. Subiéndose a una silla, pudo ver que descendía hacia abajo, sobre el lado de afuera, y que más allá se hallaba un pesado postigo veneciano de acero. Dedujo que el refugio estaba construido sobre el costado de la colina que se deslizaba hacia el Sound, y que la tronera miraba hacia el lado de la cuesta, ofreciendo una ventilación natural, pero a salvo de la explosión de todo lo que no fuera un impacto directo contra ella. El postigo de acero estaba sólidamente sujeto en el hormigón, y después de echarle un vistazo se retiró con un encogimiento de hombros.

—¿Por qué no le dice a Quennel que está dispuesto a aceptar su oferta? —preguntó entonces Gray—. Luego podría tener una posibilidad...

—¿Cree usted que ellos no han pensado en eso? —replicó Simón con paciencia—. Estoy seguro de que Quennel ha hecho en serio la oferta; pero también estoy convencido de que no se dejará engañar. No sé qué prueba o seguridad querrá, pero es igual.

Se paró junto a Calvin Gray, sereno, inmóvil pero implacable.

—Este problema es suyo, no mío —dijo.

Madeline se sentó de nuevo al lado de su padre y le tomó la mano.

—No debes pensar en mí —le dijo—. No, padre.

—¿Cómo podría hacerlo?

—Si ustedes dos fueran torturados hasta arrancarles la vida —dijo inexorable el Santo—, ¿de qué serviría?

Calvin se cubrió los ojos.

—Devan me ha hablado esta tarde —dijo con voz ronca—. Me ha dicho... Si se tratara sólo de mí, podría resistir... Pero, Madeline. No soy lo bastante fuerte... ¿Y qué se ganaría con eso? De ese modo matarían el invento. De modo que, ¿por qué?... —Calló y luego se puso de pronto en pie—. No puedo comprenderlo. ¿No lo entiende usted? ¡No podría!

—Padre —dijo Madeline.

El Santo estuvo observándoles durante un instante, y luego se apartó.

Sobre un costado de los estantes, junto a los naipes de juego, se veía una libreta y un lápiz. Los cogió. En lo alto de la primera hoja escribió con letras mayúsculas: «Podemos ser oídos». Luego, debajo de ellas, escribió algunos renglones. Arrancó la hoja y dejó la libreta y el lápiz en su lugar.

Se volvió entonces hacia Calvin Gray, posó una mano en su hombro, y el anciano le miró con ojos ansiosos.

—El llorar no le beneficiará en nada. Ésta es todavía la guerra —dijo el Santo, y le entregó el papel que acababa de escribir.

La joven trató de inclinarse y ver; pero Simón la cogió por el brazo, la obligó a levantarse y la alejó unos pasos. La sostuvo por ambos codos y la miró con toda la fuerza de que era capaz.

—Yo tengo también algo de culpa —dijo—. Si yo no hubiese intervenido, tal vez no hubiera ido todo tan mal.

En ese instante se abrió la puerta y vieron avanzar a Walter Devan.

Parecía un gerente de ventas que acabara de salir de una conferencia en un momento delicado para atender una llamada telefónica.

—¿Y bien? —preguntó con viveza.

El Santo encendió otro cigarrillo.

—En cuanto a mí se refiere —dijo, sin la menor emoción—, mi contestación sigue siendo: «No».

—Igualmente es la mía —dijo Madeline con claridad.

—Lo siento —dijo Devan, y realmente pareció que estuviera apenado.

Luego miró a Calvin Gray.

Éste se levantó del diván. Estaba inseguro y con la cara contraída; los ojos le ardían.

—No es así la mía —dijo—. ¿Puede jurarme usted que si hago lo que me dice no le ocurrirá nada a Madeline?

—¡Padre! —exclamó ella.

—Sí, puedo —contestó Devan.

Las manos del anciano se retorcieron.

—Entonces... lo haré.

Devan le miró con una evidente satisfacción íntima.

—Le proporcionaré un poco de papel y lápiz para que escriba su procedimiento —le dijo con tono casi afable—. ¿Necesitará alguna otra cosa?

Gray movió negativamente la cabeza.

—No podría escribirlo. Resultaría demasiado complicado, y... yo ni siquiera sé si podría concentrarme lo suficiente... ¡Por favor!... ¿No podría

hacerlo usted más fácil? Míster Quennel fue un químico en su tiempo, ¿no es así? Lléveme a mi laboratorio. Yo se lo mostraré allí...

—¡Padre! —volvió a exclamar la joven con voz atormentada.

—Yo se lo mostraré —insistió Gray con una especie de tono histérico—. Él lo comprenderá. Lo tendrá todo él solo. Nada por escrito. Él y yo... y nadie más podrá saberlo jamás... y Madeline... ¿Lo promete usted?

—Vayamos a la casa para que hable usted con míster Quennel —dijo razonablemente Devan.

Tomó a Calvin Gray por un brazo y le condujo hacia la puerta. En ningún momento volvió la espalda hacia el Santo; casi parálticamente, su mano derecha se mantenía sobre el bulto del bolsillo de su americana.

Madeline Gray se movió en un impulso espasmódico para lanzarse detrás de él; pero el Santo la contuvo agarrándola por los hombros.

La puerta volvió a cerrarse.

La cara de Simón Templar parecía como de piedra.

—No podría usted hacer nada —dijo.

El silencio fue insoportable.

Y luego, con un movimiento irresistible, ella se zafó de él y se arrojó sobre el diván más cercano, con la cara hacia abajo, hundida entre las manos. Él podía ver su mano derecha, los pequeños dedos apretándose contra las sienes.

Al cabo de un momento encendió otro cigarrillo y se puso a caminar con lentitud de un lado a otro de la estancia.

Debieron transcurrir diez minutos antes que ella se volviera sobre su espalda y quedara así con un puño en la boca, mirando vagamente hacia el techo. Y entonces fue cuando él creyó que podía correr el riesgo de hablarle.

—Madeline —díjole muy quedamente.

Hizo una pausa.

—Pero él no ha debido hacerlo —repuso ella en voz baja también—. No ha debido hacerlo.

—Madeline —repitió él—, es probable que sea aquí donde caiga el telón para todos nosotros, pero no nos iremos solos. Yo le he dado una nota.

—Eso no representará ninguna diferencia.

—Espero que sí. Le he dicho qué debía hacer.

Ella se irguió con un sobresalto.

—Usted le ha dicho... ¿qué ha podido decirle?

—Le he dicho que todavía podíamos hacer algo para salir de esto. Le he dicho que lleve a Quennel al laboratorio y que, mientras simula estar

mostrándole su procedimiento, le ponga algunas cosas que estallen de pronto con gran estrépito. Le he dicho que eso no nos haría ningún bien, pero que al hacerlo arrastraría también a Quennel y posiblemente a Devan con él. Al final, eso puede ser muy importante. —La voz del Santo era muy queda, no más que un murmullo—. Yo lo he enviado a la muerte, Madeline, pero era lo mejor que podía hacer.

Madeline Gray se hallaba ahora de pie. Sus ojos estaban húmedos, pero sus labios se abrían en una especie de sonrisa no terrenal.

—¿Ha hecho usted eso? —repitió una y otra vez—. ¿Ha hecho usted eso? Simón Templar asintió con un movimiento de cabeza.

En ese momento se abrió la puerta y él se volvió con presteza.

Entró Andrea Quennel.

## IV

—Hola —murmuró.

Simón miró sus ojos pálidos y vacíos, que nada le decían todavía, y negligentemente se llevó una mano al bolsillo, diciendo afable:

—¡Hola, a usted!

—¿Qué es lo que están haciendo aquí?

—Ensayando una obra —contestó Simón.

—¿Por qué se hallan encerrados aquí?

El Santo no sabía aún cómo interpretarla.

—Hemos sabido que el productor Selznick andaba buscándonos —dijo—, y por eso hemos creído conveniente hacernos inaccesibles para conseguir que suba su oferta de pago.

—He creído que ocurría algo malo —dijo ella—. Siempre he notado que les suceden cosas raras a las gentes que de un modo u otro se cruzan en el camino de mi padre. Por lo general no me preocupo, porque no soy supersticiosa, pero me he inquietado por usted. Por eso he estado observando. He visto cuando lo han traído aquí. Eso ha sido después que le he advertido que tuviera cuidado, al salir yo del comedor.

—Sí, ya sé —murmuró el Santo lentamente.

—Más tarde, míster Devan ha salido de aquí con un hombre al que jamás había visto yo. Entonces he pensado que debía ver qué estaba ocurriendo; pero todavía había otro hombre junto a la puerta...

—¿Qué otro hombre?

—Uno bajo y fornido. Ha estado antes aquí, junto con otro más alto. Míster Devan ha dicho que eran vendedores. No me ha querido dejar entrar.

—¿Qué ha hecho usted entonces? —preguntó el Santo con curiosidad.

—Bueno, me he dicho que no había razón alguna para que no viniera a nuestro refugio antiaéreo, si así lo deseaba. He fingido haber perdido un anillo —agregó. Todavía mantenía su mano derecha por detrás, y ahora la sacó a la vista. En ella sostenía un pequeño martillo—. No podía saber con qué podía encontrarme y por eso he traído esto conmigo. Y al agacharme simulando que buscaba, le he golpeado en la cabeza y luego he venido aquí.

El Santo no hubiera podido reír. Ello llegaría más tarde... sí, quizá.

En ese instante no podía pensar en tal cosa. El increíble asomo de esperanza que llegaba con la intervención de Andrea, le martilleaba la mente. Y de pronto se encontró cogiendo a Andrea por los hombros con suma fiereza.

—¿Dónde está ahora su padre?

—Ha partido con míster Devan y ese otro hombre. Por eso me he inquietado, porque ha dicho que usted había recibido una llamada telefónica y ha tenido que partir, pero que esperaba volver y que por eso no se ha detenido a despedirse de mí. Pero a mí me ha parecido todo muy raro.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

Ella parpadeó ante el acero de sus dedos, y él apenas si lo notó.

—Unos quince minutos...

—¡Indíqueme dónde puedo hallar un automóvil!

La empujó hacia la puerta, y salió afuera antes que ella. Se halló en un corredor de hormigón. En un extremo del mismo arrancaba un tramo de escalones ascendentes. Subió por ellos a toda prisa y salió por una puerta de hierro. Casi tropezó con el cuerpo que había allí tendido.

Por la abertura llegaba luz suficiente para poder reconocer al sujeto que acompañaba a Karl Morgen cuando el asalto en Washington.

No acusaba señal de movimiento alguno, y parecía muy posible que el martillazo le hubiera fracturado el cráneo; mas para estar más seguro le asestó un fuerte golpe contra el suelo.

Echó a andar a lo largo del caminito pavimentado que conducía lejos del refugio, habituando sus ojos a la luz de las estrellas y de la luna, mientras oía a las dos jóvenes corriendo detrás suyo.

De pronto, ante él se produjo un rápido movimiento y alcanzó a ver una alta silueta angular contra el destello del firmamento, apenas una fracción de segundo antes que el rayo de una linterna brillara hacia él. Le erró por escasos

milímetros, debido a que se ocultó apresuradamente entre unos arbustos que bordeaban el sendero. El hombre se acercó sin hacer mucho ruido al andar, y apagando la luz por un momento se detuvo al llegar al nivel del Santo. En ese mismo instante, Simón se movió sin ruido alguno, su brazo izquierdo rodeó el cuello del hombre y le apretó la laringe con el hueco del codo, cortándole la voz y el aliento mientras le hablaba al oído.

—Puedes reservar también esto para mí, compañero —le dijo, y luego lo volvió velozmente y le golpeó con el canto de la mano justamente en la base del *septum*. Lo arrojó inerte entre los arbustos en el momento que las dos jóvenes llegaban a su lado.

Siguieron avanzando por los sinuosos senderos. Llegaron a un jardín hundido, lo cruzaron y volvieron a subir de nuevo, para llegar después junto a un grupo de árboles. La casa se elevaba enorme y silente en la obscuridad, con todas sus cortinas de obscurecimiento bajadas. Corrieron hacia ella; y en el camino de enfrente, brillando ligeramente a la luz de la luna, Simón vio el automóvil de Madeline Gray estacionado en el mismo lugar donde lo dejara al llegar.

Abrió la portezuela y Madeline casi cayó sobre el asiento; un instante más tarde, Andrea estaba junto a la portezuela.

Tenía la cara pálida y era como una mancha borrosa en la penumbra junto a él.

—¿Quiere decirme que significa todo esto? —preguntó con un tono de desesperación.

Simón se sintió contento de que ella no pudiese ver la máscara involuntaria que contraía su cara. Eran muchas las cosas que faltaban por decir todavía, tantas que sería absolutamente imposible decirlas ahora.

—Haré todo lo posible para que sea su padre quien se lo explique todo —contestó.

Se acomodó detrás del volante y cerró la portezuela antes que ella hubiese podido decir más. Pisó el pedal de arranque y lanzó el coche como un corcel de carrera a través del portón, dejándola plantada en donde se hallaba.

Fue una suerte que él mismo llegara solo a casa de Quennel y que tuviera memoria de las señales del camino y un sentido de la dirección que habría envidiado una paloma mensajera. Pero después el coche corría por el camino costero, más allá de Campo Beach, y dobló a lo largo del borde de los pantanos junto al estuario del Saugatuck. Luego maniobró el vehículo hacia la izquierda a toda velocidad sobre el puente tendido a través de la parte más ancha de la península; luego otra vez hacia la derecha, rumbo al Norte, para

aminorar un poco, contra su voluntad, al llegar a los suburbios de la ciudad de Westport.

Al avistar la luz verde del tránsito, volvió a acelerar otra vez sobre el camino que sigue paralelo a la orilla occidental del río, para llegar una milla y media más allá al Merritt Parkway.

Estaba ya casi en el Parkway cuando Madeline dijo:

—¿No hubiera sido mejor telefonear?

—Ellos no le habrían dejado hablar. Además, es posible que estén llegando.

—Pero la policía...

Simón movió la cabeza.

—Con todas las cosas que hubiera tenido que explicar para convencerles, ¿cree que habría conseguido hacerles mover con bastante rapidez? No. Éste es lo mismo que nuestro viaje de Washington. Acaso peor. Pero esta vez no creo que lleguemos demasiado tarde.

Ella se mantuvo tensa e inmóvil en su asiento. Luego se inclinó un poco hacia delante, como si al hacerlo pudiera dar mayor velocidad al automóvil.

—¿Cree que tenemos alguna posibilidad? —inquirió Madeline con ansiedad.

—Estamos tratando de tenerla.

Corrían por el Parkway a más de ochenta y cinco millas, y sin embargo, el Santo apenas rozaba el volante. Se valía de una sola mano, mientras con la otra apretaba el encendedor eléctrico y, sacudiendo el paquete que le arrojara antes Devan, hacía salir un cigarrillo y lo colocaba entre sus labios.

Poco después volvió a hablar ella, como si el hacerlo pudiera ser mejor que estar escuchando el incesante tictac del terror.

—¿Cuánto es lo que sabe Andrea?

—Creo que es bastante tonta —contestó él sin vehemencia—. Devan ha dicho que lo era. Ellos no han hecho sino valerse de su torpeza. Y lo mismo he hecho yo. Estando en Washington traté de hacerle creer que me tenía dominado, porque pensé que podría servirme de contacto útil. Y así ha sido.

—Pero ahora usted sabe por qué causa le pidió que viniera hoy aquí.

—Sé por qué me lo pidió en primer lugar. Ellos le contaron una historia, seguros de que no les costaría trabajo convencerla. Es posible que ella nunca haya sido tan monumentalmente tonta, pero sabe cómo dejar su cerebro a un lado. Para ellos eso era la defensa más fácil de su propia clase de Estabilidad Social... Sólo que he sido yo quien me he invitado a la casa.

—¡Y ella no ha hecho nada para evitarlo!



—Ella sabía que yo estaba enterado de adónde venía. Anoche trató de impedírmelo, cuando yo no lo sabía. Acaso haya pensado que yo tenía todos los triunfos debajo de mi manga, o de lo contrario no me habría animado a venir a la casa como lo ha hecho. Es posible que ella haya cambiado nuevamente de posición y se haya sentido contenta al verme salvar el cuello. También puede ser que su mente haya vuelto a quedar como dormida. No lo sé. Esa mujer ha podido hacer muchas cosas en su vida que no sería posible explicar fácilmente.

—Puede que esté enamorada de usted... —dijo Madeline—. Yo he oído toda su historia y también he podido verla.

El Santo dejó que el humo del cigarrillo escapara de sus labios. No apartaba por un momento los ojos del camino.

—No he sido yo quien la ha hecho proceder así —repuso—. El hecho es que esta noche ha salvado nuestras vidas, sabiéndolo o no. No podemos olvidarlo nunca —agregó. A veces se presentaban cosas que costaba mucho ponerlas en palabras—. Me temo que las cosas le van a ser muy difíciles.

Ahora avanzaban por Talmadge Hill, descendiendo y subiendo por el camino, mientras el motor zumbaba, los neumáticos chirriaban sobre el suelo y el viento silbaba junto a las ventanillas, casi como si fueran volando. El sentido de la velocidad era aminorado en parte por la suavidad de la carrera y el aislamiento y la soledad que los rodeaba, con nada más que el camino que se tendía por delante y las luces de cola de otros automóviles que eran alcanzados y dejados atrás como orugas.

Mientras conducía, Simón iba pensando que ésta era una de esas veces en que nada le importaría si toda una patrulla de motoristas se lanzaba detrás de él. Justamente a causa de ello tenía la seguridad de que no había ninguno en toda la zona. Y así fue.

Cuando se aproximaban al recodo que debía doblar, apretó los frenos, maniobró el volante y el motor zumbó más fuerte. El vehículo se desvió por una brecha del camino, justamente ante las luces de un inofensivo viajero que probablemente perdió dos libras de peso mientras Simón balanceaba su vehículo contra su propio impulso y lo lanzaba por el sendero sinuoso que conducía hacia la vivienda de Calvin Gray.

Fue entonces cuando ella preguntó:

—¿Tiene usted una pistola o alguna cosa?

—Se la he quitado a Karl. Ese hombre me debía algo —contestó Simón, y no perdió tiempo en dar más explicaciones acerca de su encuentro con Karl Morgen.

Llegaban ya a la entrada de la casa. Apagó las luces y detuvo el coche a pocos metros de la entrada de piedra.

Saltó al suelo.

—Por aquí —dijo, y la hizo pasar por la misma portezuela. Luego la cerró sin producir el menor ruido.

Un instante después caminaban a buen paso por el sendero. Un gran silencio los envolvía ahora. Él se dio cuenta de que durante el viaje sus oídos habían estado aguzados para oír la conmoción de un estallido seguido por el resplandor de una luz enorme que habría bastado para decirle que llegaban con retraso.

Todavía podía producirse a cada instante, pero hasta ahora nada había sucedido. La única luz que brillaba era la muy débil de una luna plateada.

Se detuvieron antes de llegar a la casa.

—Usted esperará aquí. Tírese al suelo y no se mueva.

—Quiero ir con usted.

—No podría hacer nada. Y haría ruidos que yo sé evitar. Si ocurre algo, alguien tendrá que referir lo sucedido.

Le dio un ligero beso en la cara, y acto seguido partió. Apenas si se había detenido unos instantes.

Como una sombra llegó hasta la puerta del laboratorio, y movió el picaporte sin hacer ruido alguno, usando su mano izquierda, mientras con la derecha sacaba la pistola del bolsillo. Sus nervios parecían hilos de hielo; era como si el tiempo se hubiese detenido en su avance.

Entonces pensó que sería extraño morir en esa forma, porque uno jamás podría saber cómo moriría. Ni siquiera tendría tiempo para oír o sentir nada. Se produciría una especie de silencio y de *shock* insensato que le quitaría a uno el interior de la mente y lo haría estallar. Por un instante estaría en un lugar y al siguiente ya no se estaría en él, pero ello no significaría nada, porque uno no podría saberlo nunca.

Mientras avanzaba a través del pequeño vestíbulo, pudo ver a los tres hombres junto al largo banco de trabajo en donde se encontraba el aparato de goma. Alcanzó a ver a Hobart Quennel absorto en lo que miraba, a Walter Devan con una mano en el bolsillo de la americana, y las manos delgadas de Calvin Gray moviéndose junto a un gran frasco de vidrio con un líquido de color de paja. Estaba a punto de cogerlo.

El Santo se detuvo con la pistola levantada, y trató de hacer flotar su voz en el aire como una pluma, en gran parte para que llegara a los oídos de

Calvin Gray sin producirse ningún sacudimiento que pudiese precipitar el desastre.

—Lo siento, amigos —murmuró—, pero creo que hemos llegado al final. ¡No se muevan y arriba esas manos con lentitud!

Quennel y Devan empezaron a volverse hacia él, y luego obedecieron al ver la pistola que tenía en la mano. Pero en realidad él apenas les prestó atención. Sus ojos miraban a Calvin Gray. Le pareció como si hubiese cesado de respirar tiempo atrás.

Calvin Gray dejó el frasco sobre la mesa, como si hubiese sido un huevo de cáscara endeble, y se sacudió las manos.

—Me alegro que no me haya asustado usted —dijo—. Ese frasco está lleno de nitroglicerina y yo estaba a punto de dejarlo caer.

## Capítulo VII

### DE CÓMO SIMÓN TEMPLAR SE SALIÓ CON LA SUYA

Jetterick, el hombre del F. B. I., trató de arreglar el torcido cigarrillo, y dijo:  
—Una cosa que me intriga es cómo Gray ha podido maniobrar ante Quennel. Hay que tener en cuenta que éste es un químico.

—Que yo sepa —repuso el Santo—, sólo trabajó en un comercio de drogas. Abandonó pronto esas labores para ser un hombre de negocios. Y en el laboratorio había una gran cantidad de frascos sin etiqueta. Los únicos que sabían que estaban allí eran Gray y su hija. Además, una solución se parece mucho a otra, al menos, al primer vistazo. Quennel sólo se hallaba interesado en lo que se le estaba diciendo... De todas maneras, ahora no importa mucho. Yo no me refería a eso.

—¿Y la hija de Quennel? —preguntó Jetterick.

Simón Templar miró por la ventana hacia la obscuridad de afuera.

—Vea qué tiene que decir ella, que yo trataré de confirmarlo en donde pueda —contestó, y su voz fue completamente natural, acaso demasiado escrupulosamente natural—. Seguramente le dirá que se ha encontrado en un momento crítico, tratando de ser leal con su padre y al mismo tiempo queriendo seguir... otras influencias. Pero a su manera intentó alejarme de aquella trampa respecto a Imberline. Yo no creo que usted pueda considerarla como cómplice del hecho. No creo que ella supiera que Imberline estaba destinado a hacer el gran viaje. Posiblemente ni siquiera lo sabían Quennel y Devan. Ella oyó algo que le pareció suficiente como para estar segura de que el *Savoy Place* era un lugar poco conveniente para que yo fuese allí. Y esta noche también ha sido ella quien nos ha librado de todo. A no ser por eso, ahora ninguno de nosotros podríamos estar hablando aquí. Haga lo que le dicte el deber; pero me gustaría verla salir de este enredo en la mejor forma posible.

Recordó sus labios, sus ojos y sus blancos hombros.

La cara taciturna de Jetterick se volvió hacia él.

—Si sirve su declaración, el caso estará listo.

—Servirá. Y el caso estará completo. Quennel puede haber sido un brillante abogado, pero tendrá que ser más que brillante para zafarse de esto... Me alegro que todo haya acabado así y no en otra forma... y eso por más de una razón. Un poco de aire fresco sobre el particular no hará ningún mal —dijo Simón, poniéndose de pie—. Volveré con usted a New Haven y le ayudaré a llenar los claros en el cuadro. Y desde alguna parte tendré que telefonar a un tal Hamilton, pues sufriría mucho si mañana tuviera que enterarse de todo esto por los diarios matutinos.

—Venga a verme mañana a la hora que quiera —dijo Jetterick con afabilidad—. Ha pasado usted por momentos muy feos, y creo que un poco de descanso no le sentará mal.

—Hagamos que sea esta misma noche —repuso el Santo con toda calma.

Vació el cenicero en la estufa y se arregló la americana. Para él fue como si todo empezara.

—Todavía no ha terminado la guerra —añadió— y no puedo estar seguro acerca del mañana.

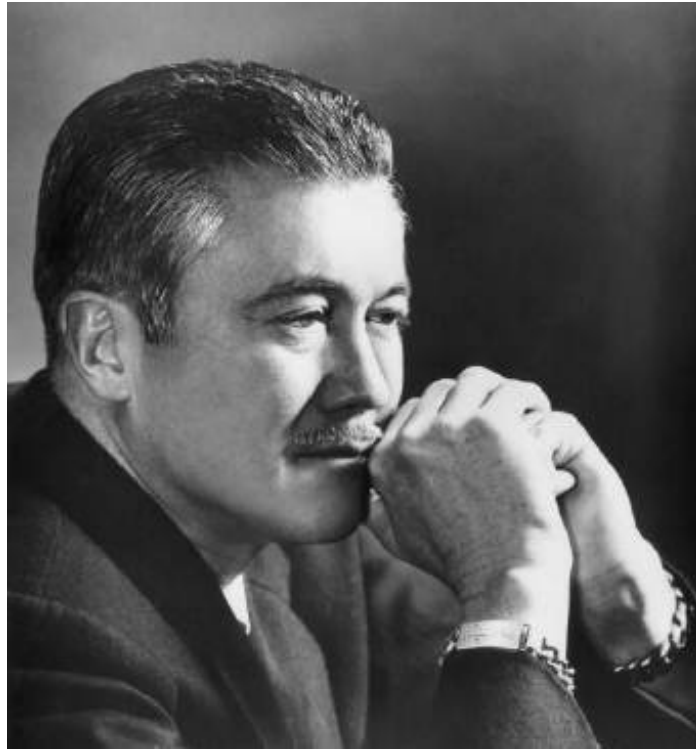
Salió de la habitación y, al ver a Calvin Gray, le dio las buenas noches. Fue Madeline quien le acompañó hasta el automóvil.

—¿Verdad que regresará usted? —preguntó.

—Espero que dentro de poco.

Tenía tantas cosas en la cabeza, que no supo qué otra contestación darle. Se instaló al lado del hombre del F. B. I. y miró fijamente hacia delante, mientras el camino iba tragándose los a medida que avanzaban. Quería creer que acaso pudiera regresar algún día. Nada perdía con desearlo así.

F I N



LESLIE CHARTERIS (1907-1993), nacido Leslie Charles Bowyer Yin, fue un autor británico principalmente de los géneros de misterio y ficción, así como guionista. Es conocido sobre todo por sus muchos libros en los que hacía crónica de las aventuras de Simón Templar, alias «El Santo».

La biografía personal de Charteris parece sacada de una de sus novelas o colecciones de cuentos cortos. Su padre era un médico chino de rancia ascendencia noble, descendiente directo de la dinastía de emperadores Chang, y su madre una bella mujer inglesa. Antes de aprender inglés, ya hablaba malayo y algunos dialectos chinos. Durante su larga vida, Charteris desempeñó los más variados oficios, como pescador de perlas, buscador de oro, plantador de caucho, minero, conductor de autobuses, policía, camarero, jugador profesional de cartas y en los años treinta, guionista en Hollywood. Sus novelas están traducidas a más de 15 lenguas.

# Notas

[1] *Work Public Bureau*, Oficina de Trabajos Públicos. (N. del T.) <<



[2] Distrito de Columbia. (*N. del T.*) <<

[3] Hoover, jefe del F. B. I. (*N. del T.*) <<

[4] Hoover, jefe del F. B. I. (*N. del T.*) <<

[5] *Boomerang*: arma arrojadiza de los indígenas de Australia. (*N. del T.*) <<